
Grupo Editorial
Portal
La
EMBARAZADA
rechazada por el
TURCO
LA DINASTÍA ARSLAN • LIBRO 1
Bestseller internacional
JÉSSICA MACEDO

Best-seller Internacional

JÉSSICA MACEDO

La MUJER embarazada rechazada por el TURCO

LA DYNASTIE ARSLAN • LIBRO 1

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño: Graphic Jéssica Macedo

Revista: Grupo Editorial Portal

Traductor: Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen realmente o existieron en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A Gabriela, mi querida lectora ❤

Resumen

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52

Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Epílogo
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Emir Arslan era el implacable CEO del poderoso Holding Arslan. Era un hombre hecho para el poder, entrenado para no sentir, rodeado de juegos políticos, acuerdos silenciosos y herencias de sangre. Sin embargo, cuando Gabriela Kaya se cruzó en su camino, su control se fue a la ruina y una decisión impensada puso en riesgo el imperio que él había jurado proteger.

Emir se negó a escuchar cuando ella le reveló que estaba embarazada. La rechazó con su estilo frío, despiadado y dispuesto a borrar cualquier amenaza contra su reputación.

Meses después, sola y herida, Gabriela regresó a la ciudad donde había jurado no volver a pisar jamás, no por él, sino por quien realmente importaba: su hijo.

Frente a un diagnóstico devastador, tuvo que acudir al hombre que más odiaba para salvar la vida del niño. Y entonces, la única salida resultó ser tan improbable como cruel: un segundo hijo. La única solución que los atrapó en una mentira con sabor a verdad.



Gabriela KAYA

Capítulo 1

El sonido de mis tacones resonaba demasiado fuerte sobre el mármol brillante de la entrada. Cada paso parecía anunciar que yo no pertenecía a ese mundo, como una alarma invisible activándose en cámara lenta. Ajusté el tirante del vestido negro alquilado y respiré hondo, percibiendo el aroma del perfume caro que flotaba en el aire: floral, dulce y asfixiante. La puerta de vidrio se abrió frente a mí, y una ráfaga de aire frío, cuidadosamente climatizado, se deslizó por mi piel como una serpiente susurrando: *no perteneces aquí.*

El salón principal era absurdo. Candelabros de cristal colgaban del techo dorado, proyectando luces centelleantes sobre los invitados. Una alfombra gruesa y suave silenciaba los pasos de la élite turca, que se movía con una elegancia ensayada entre copas de champaña y sonrisas estratégicamente calculadas. Todo era tan pulido, tan impecable, que me sentí como una grieta en el barniz de ese universo.

Derya había insistido en que viniera. *"Es solo una gala benéfica, Gabi. Una oportunidad perfecta para hacer contactos. Las periodistas como tú tienen que estar en estos lugares".* Yo sabía que quería ayudar, pero la sensación de estar fuera de lugar era aplastante. Cada rostro desconocido parecía medirme, juzgarme, evaluar mi presencia como si intentara adivinar por qué resquicio del sistema me había colado.

El vestido, a pesar de ser sencillo, se ajustaba bien a mi cuerpo, y el labial rojo que Derya me había prestado añadía una osadía que yo no sentía. Aun así, había una tensión bajo mi piel, como si estuviera a punto de ser expuesta en cualquier momento, como si alguien fuera a gritar *"¡ella no pertenece aquí!"* y todos se giraran a mirarme.

Pasé junto a una bandeja con copas de champaña, pero no tomé ninguna. Mis manos temblaban demasiado. El corazón me latía con fuerza en el pecho, impulsado no solo por los nervios, sino por la evidente constatación de que estaba a punto de cruzar la línea entre el mundo que conocía y el que, hasta ese momento, solo había observado desde lejos.

No sabía que esa línea, una vez cruzada, no tendría regreso.

Buscaba a Derya entre la multitud cuando el sonido de unas risas femeninas agudas llamó mi atención hacia el ala derecha del salón. Un grupo de mujeres deslumbrantes rodeaba a alguien que parecía ser el centro de todas las miradas. Estaba de espaldas, pero su postura revelaba que sabía exactamente el poder que ejercía sobre el ambiente: hombros firmes, manos en los bolsillos del traje a medida, la cabeza ligeramente inclinada, como si contara un secreto a alguien que rogaba por escucharlo.

Derya apareció a mi lado, radiante, con una copa en la mano y un brillo en los ojos que conocía bien, ese brillo que solía anunciar malas ideas.

—¡Por fin! —dijo, tirando de mi brazo—. Ven, te voy a presentar a alguien que va a hacer que te olvides de que querías

huir de aquí.

Me llevó casi sin darme tiempo de reaccionar, cruzando el salón como si entrara a un escenario sin libreto. El sonido ambiente se volvió apagado, como si mi cuerpo se hubiera sumergido en una burbuja. Cuando me detuve frente a él, se giró…

Por un instante, todo se detuvo.

Era imposible describirlo con justicia. Era el tipo de hombre que hacía que el aire se volviera denso a su alrededor. Alto, piel morena clara, cabello oscuro peinado con precisión, la barba bien cuidada enmarcando una mandíbula fuerte. Pero fueron sus ojos los que me atraparon. Un tono oscuro, casi negro, que no solo miraba, sino que analizaba, como si pudiera atravesar todas mis capas con una sola mirada.

—Emir Arslan —dijo Derya con orgullo, como quien presenta un trofeo—. Esta es mi amiga Gabriela.

Él no extendió la mano. Solo me observó por un segundo que se sintió demasiado largo, y luego sonrió: una sonrisa ladeada, segura de sí misma, el tipo de sonrisa que sabe provocar reacciones.

—Gabriela… —pronunció mi nombre como si lo saboreara—. Un nombre fuerte. Eres periodista, ¿cierto?

La pregunta me tomó por sorpresa. No esperaba ser reconocida allí, mucho menos con ese tono de voz: ronco, pausado, cargado de algo que no podía nombrar.

Asentí con la cabeza, intentando mantener la compostura.

—Freelance. Aún intentando sobrevivir en este medio.

—Sobrevivir requiere inteligencia. —Se acercó un centímetro. No lo suficiente para invadir mi espacio, pero sí lo bastante para que dejara de respirar por un momento—. Y coraje.

Sentí mi cuerpo reaccionar antes que mi mente. La piel erizada, el estómago tenso y el corazón latiendo en mi cuello.

Debería haberme alejado, pero no pude.

Ese hombre exudaba peligro y, aun así, yo quería seguir escuchándolo.

Me obligaba a desviar la mirada, a concentrarme en otra cosa que no fueran esos ojos oscuros sujetándome en el lugar como si tuvieran el poder de doblegar voluntades. Pero Emir no apartaba la vista. Me observaba con una intensidad incómoda, como si ya supiera quién era yo y cómo funcionaba, incluso sin conocerme.

Derya, siempre atenta al ambiente, sonrió y desapareció entre los invitados con una excusa barata sobre encontrar a otro amigo. Me dejó sola con él, en medio de una conversación que apenas había comenzado, pero que ardía como si fuera antigua.

—¿Y qué hace una periodista en un evento como este? —preguntó, sin ironía. Su voz era baja y firme, pero arrastraba un cierto desafío oculto.

—Lo mismo que todo el mundo. Observa, bebe de más y trata de salir con alguna ventaja —respondí más rápido de lo que debía, con una risa nerviosa que intenté disimular como sarcasmo.

Su sonrisa se amplió, divertida.

—Sincera. Eso es… raro.

Odiaba ese tipo de juego. El encanto afilado, las dobles intenciones, la mirada que parecía desnudarme sin mover un solo músculo. Pero lo peor era que funcionaba. Sentía la tensión crecer entre nosotros como electricidad estática. Bastaba un solo roce para que explotara.

—¿Y qué hace un Arslan en una gala benéfica? ¿Lavando imagen? —Devolví el golpe con una sonrisa de medio lado. Mis ojos lo desafiaron antes de que el sentido común pudiera detenerme.

Por un segundo, pensé que se ofendería. Pero se rió. Un sonido grave, bajo, cargado de sorpresa e interés.

—Tienes agallas, Gabriela. —Se inclinó levemente, y su perfume, amaderado y cálido, invadió mis sentidos—. Eso puede ser peligroso, ¿lo sabías?

—Solo si tengo algo que perder.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, sin decir nada. La tensión entre nosotros era densa. El salón, con toda su sofisticación y sonrisas ensayadas, desapareció. Nada ahí parecía importar más que esa mirada.

Él extendió la mano, esta vez con calma, como si supiera que el gesto era más simbólico que necesario.

—Ven. Vamos a bailar.

Respiré hondo y, contra toda lógica, acepté su mano.

Fue un gesto simple, casi automático, pero cuando nuestros dedos se tocaron, algo recorrió mi piel como una descarga eléctrica. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, los vellos de mi brazo se erizaron y el corazón tropezó dentro de mi pecho.

Él me guió con firmeza por el salón, abriendo camino entre los invitados sin necesidad de decir una palabra. Las personas se apartaban con miradas respetuosas, algunas curiosas. Noté que muchas de esas mujeres elegantemente vestidas observaban la escena con un tipo específico de desaprobación. Un juicio silencioso, como si no comprendieran qué hacía una desconocida, una intrusa, al lado de Emir Arslan.

La pista de baile era amplia, iluminada suavemente por luces ámbar que imitaban el parpadeo de velas. Un cuarteto de cuerdas tocaba una versión lenta de una canción que no reconocía, pero que envolvía el ambiente en una atmósfera casi onírica.

Tiró de mí para acercarme, posicionando una mano firme en mi cintura, mientras sostenía mi otra mano con elegancia. Traté de mantener la postura, sin embargo, mis sentidos estaban colapsando. Cada punto de contacto entre nosotros era como un recordatorio a

gritos de que estaba peligrosamente cerca de algo que no sabía cómo controlar.

—¿Siempre aceptas invitaciones de extraños? —preguntó, con una voz baja, rasposa y tan cercana que sentí la vibración de su pecho contra el mío.

—Solo cuando el extraño parece más peligroso que aburrido —respondí, intentando mantener el tono provocador, pero mi voz salió más suave de lo que esperaba.

Él sonrió. Esa maldita sonrisa de lado que parecía saber demasiado.

—¿Y yo parezco peligroso?

—Pareces todo, menos aburrido.

La música nos envolvió mientras bailábamos. No había pasos marcados ni coreografía ensayada. Era como si nuestros cuerpos hubieran entrado en un ritmo propio, íntimo, guiado por una tensión que no necesitaba palabras. Me permití relajarme, por un momento, dejarme llevar...

Había una intensidad silenciosa en él. No era el tipo de hombre que se exhibía. Era el tipo que hacía que los demás se doblegaran. Por alguna razón que no lograba explicar, él me prestaba atención con ojos que parecían ver más allá de las capas, más allá de la máscara.

La música terminó lentamente, pero ninguno de los dos se movió. Nos quedamos allí, parados en medio de la pista, como si el mundo entero hubiera desaparecido y quedara solo la electricidad pulsando entre nuestros cuerpos.

Emir me miraba con una intensidad que me hizo perder el aliento. No era deseo crudo, aunque también había eso. Era algo más profundo, más inquietante, como si estuviera tratando de descifrar cada parte de mí sin decir nada. Como si yo fuera una pieza que no encajaba en su rompecabezas... y eso lo fascinara.

—Bailas bien —dijo, finalmente, con ese tono arrastrado y casi perezoso, como si cada palabra tuviera el peso exacto que quería transmitir.

—Sobrevivo —respondí. —No suelo asistir a este tipo de fiestas.

—Me di cuenta.

La sinceridad cortante de su respuesta me hizo arquear una ceja. Sin embargo, no había burla en su voz. Solo comprensión, y quizás un toque de algo que parecía admiración... o desafío.

Él me condujo fuera de la pista, aún con la mano en mi cintura, y se detuvo en un rincón más discreto, cerca de una columna de mármol decorada con follaje.

La música comenzaba de nuevo, pero el aire a nuestro alrededor parecía más denso.

—No debería estar interesada en ti —solté, antes de pensar. La frase escapó como un secreto susurrado.

Él inclinó la cabeza, mostrando una sonrisa leve.

—Pero lo estás...

No era una pregunta. Era un veredicto.

No pude responder. Todo dentro de mí gritaba que ese hombre era un problema. Que había peligro en sus ojos, en sus palabras medidas, en la forma en que me hacía sentir tan viva y tan vulnerable al mismo tiempo.

Se acercó un paso más. Estábamos a pocos centímetros. Su perfume, su presencia, su silencio... todo en él era una trampa.

—No deberías jugar con fuego, Gabriela —murmuró, con los ojos fijos en los míos.

—Tal vez nací en él —susurré de vuelta, con la voz casi quebrada.

Entonces ocurrió.

No fue un beso pedido. No fue suave, ni tímido.

Fue un choque, un colapso de voluntades tan violento que mi cuerpo se arqueó incluso antes de que sus labios encontraran los míos. Me agarró, enterrando una mano en mi cabello, tirando con suficiente fuerza como para dejarme sin aliento, mientras la otra bajaba por mi columna, presionándome contra él hasta que sentí cada línea de su cuerpo quemando a través de la ropa.

Entonces ocurrió...

Como si quisiera arrancar todos mis secretos del sabor de mi boca. Su lengua invadió la mía con una posesión que no pedía permiso, solo tomaba, explorando, provocando, hasta que gemí contra sus labios. Mis manos se aferraron a él y clavé las uñas en sus hombros, intentando acercarlo más, como si la distancia entre nuestra piel fuera insoportable.

Cedi como si no tuviera opción. Como si, en ese momento, nada más existiera aparte del calor de su boca, de la tensión de nuestros cuerpos moldeándose el uno al otro, de la rendición inevitable mientras él me dominaba y yo lo devoraba de vuelta.

Cuando se alejó, el mundo aún giraba despacio. Mis labios estaban hinchados y mis piernas, temblorosas. Y en el aire, solo el sonido pesado de nuestra respiración y el eco de un pensamiento: *quiero más.*

—Esto... fue un error —dijo, sin emoción aparente, y sus ojos oscuros se volvieron más fríos de repente.

Antes de que pudiera reaccionar, se dio la vuelta y desapareció entre los invitados.

Me quedé allí, sola, con el corazón disparado y los labios aún ardiendo, como si un huracán hubiera pasado por mí y me hubiera dejado en ruinas. Sin embargo, algo dentro de mí decía que eso era solo el principio.



Emir
ARSLAN

Capítulo 2

Estaba saliendo del hotel cuando la vi de nuevo. La misma mujer que me había dejado sin aliento en la pista de baile y me había dejado en silencio después del beso más instintivo que había dado en años.

Gabriela...

Su nombre se había quedado atascado en algún lugar entre mi garganta y mi pecho, como algo que no podía tragar, pero tampoco escupir. Un sabor que me molestaba por seguir allí, demasiado intenso.

Se detuvo cerca del portero, con el cuerpo tenso y la expresión indescriptible. Vi cuando sus ojos se encontraron con los míos y algo en el mundo dejó de girar.

Fui hacia ella sin pensarlo. No por educación. Mucho menos por arrepentimiento. Simplemente porque no podía no ir.

—¡Gabriela!

Ella giró el rostro lentamente, como si mi nombre tuviera peso. La mandíbula ligeramente tensa, la mirada contenida, herida y afilada.

—Emir… —respondió, secamente.

Quedamos en silencio por un momento. Debía decir algo. Cualquier cosa. Tal vez una disculpa. O una mentira elegante. Pero yo era un hombre que prefería el silencio a la falsedad.

—Te llevaré adonde necesites —dije, al final. Sonó más como una orden que como una invitación.

Ella vaciló. Por un instante, pensé que me rechazaría. Entonces, lanzó el cabello hacia atrás, con esa actitud desafiante que me hacía querer acercarla y quitarle cada capa de orgullo.

—Solo si puedo elegir la música —respondió.

Sonreí.

Cuando abrí la puerta de mi auto, supe que esa noche todavía estaba lejos de terminar.

Gabriela subió al vehículo sin decir nada más. Cruzó las piernas, miró por la ventana y se quedó en silencio, como si el mundo exterior fuera más interesante que cualquier cosa que yo pudiera ofrecer. Pero yo lo sabía. Su silencio no era desinterés. Era control. Se negaba a ser una más. Se negaba a ser fácil y eso me volvía loco.

—Puedes conducir sin rumbo —dijo, de repente—. Solo... ve.

Arranqué el auto en silencio, discreto como siempre. Dentro del vehículo, estábamos solo nosotros dos y una tensión que ocupaba cada centímetro del espacio entre nosotros. Miré de reojo. El vestido de ella se había subido un poco. Las piernas cruzadas, el rostro ligeramente inclinado. Un detalle y perdería la cabeza.

—¿Siempre te vas después de besar a una mujer? —soltó, sin mirarme.

—Solo cuando el beso me desarma.

Ella giró lentamente el rostro y sus ojos oscuros brillaron a la luz tenue de la ciudad, mirándome con algo entre rabia y deseo.

—¿Entonces eres un cobarde?

Sonreí, pero había dureza en el fondo de mi pecho.

—Soy peligroso, Gabriela... No cobarde...

—¡Demuéstralo! —dijo con firmeza, sin dudar. Como si me desafiara a hacer lo que ya estábamos a punto de hacer. Como si dijera: *tócame, pero ten en cuenta que no soy tuya.*

El motor se silenció, pero la sangre rugía en mis oídos. Bajé primero y abrí la puerta de ella. Gabriela salió, lenta, deliberada, clavando sus ojos en los míos como un desafío mudo. No dijo una palabra. No hacía falta.

Entramos al asiento trasero, con el espacio apretado que nos obligaba a apoyarnos el uno en el otro y a chocar nuestras piernas. Cerré la puerta con un golpe y el mundo afuera dejó de existir. Solo quedó el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, el aire cargado de deseo y tensión acumulada.

Me acerqué despacio, casi cruel en la demora. Toqué su rostro, siguiendo la línea de su mandíbula antes de agarrar su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás. Ella no retrocedió. Al contrario, sus labios se entreabrieron, en una invitación, casi una provocación.

El beso vino brutal.

Nada de delicadeza ni sutileza. Mi boca dominó la suya con un hambre que rozaba la violencia, invadiéndola con mi lengua, explorando, saboreando cada gemido que ella soltaba. Ella me tiró

de la solapa del saco, apretando la tela como si quisiera rasgarla, y yo respondí mordiendo su labio inferior, haciéndola jadear.

Sus manos estaban por todos lados, agarrando mi cuello, arañando mi espalda y clavando las uñas en mi carne como si quisiera dejar marcas permanentes. La empujé contra el asiento, presionando mi cuerpo sobre el suyo, colocando una pierna entre las suyas, presionando contra su vulva ya húmeda. Ella arqueó el cuerpo, dejando escapar un gemido bajo cuando deslicé mi mano por su cuello, sus tetas, hasta agarrar uno de sus senos por encima del vestido, apretándolo con fuerza.

—¿De verdad quieres esto? —pregunté contra sus labios.

Ella respondió tirando de mi camisa, sacándola de los pantalones, escalando mi torso con sus manos calientes antes de bajar hasta mi cinturón, abriéndolo con movimientos ágiles.

No esperé más.

El vestido de ella resbaló por sus hombros, revelando sus tetas firmes y sus pezones ya duros. Me incliné, atrapando una de ellas entre mis labios, chupando con fuerza, mientras mi mano libre bajaba por su cuerpo, recorriendo su abdomen, hasta encontrar la humedad entre sus piernas. Ella gimió fuerte cuando mis dedos rozaron su clítoris, dibujando círculos lentamente antes de presionar con firmeza.

—Estás tan mojada... —murmuré, observando cómo su rostro se retorcía de placer.

Ella no respondió con palabras. En lugar de eso, me empujó hacia atrás y bajó, recorriendo mi pecho con los labios, mi abdomen, hasta mi cintura. Sus dedos abrieron mi cremallera, bajando mis pantalones y mi ropa interior lo suficiente para liberar mi verga ya erecta... luego me la tragó.

Caliente, húmeda, succionando con una mezcla de rabia y deseo que casi me hace explotar allí mismo. Mi mano se hundió en su cabello, guiando el ritmo, pero ella tomó el control, hundiéndose

hasta la garganta, con sus ojos llorosos, pero manteniendo el contacto visual con los míos, desafiantes e implacables.

La tomé de vuelta, incapaz de aguantar más. La giré de espaldas, empujándola contra el asiento, enroscando mi mano en su cabello mientras con la otra abría sus piernas.

—¿La quieres? —repetí, frotando la cabeza de mi verga contra su clítoris, haciéndola temblar.

—Deja de hablar y métemela—susurró, jadeante.

Obedecí.

Entré de una vez, hundiéndome hasta el fondo, sintiendo su cuerpo contraerse alrededor de mí, apretando como un puño. Ella gritó, aferrándose al asiento, pero no le di tregua. Tiré de su cabello hacia atrás, exponiendo su cuello, mordiendo su piel mientras comenzaba a moverme, con estocadas cada vez más profundas que la anterior.

—Así... así... —gimió, en un susurro entrecortado, mientras nuestros cuerpos chocaban.

Mi mano bajó, encontrando su clítoris nuevamente, frotándolo en círculos rápidos mientras le metía la verga con fuerza casi animal. Sus gemidos se hicieron más altos, más desesperados, hasta que su cuerpo se tensó, contrayéndose alrededor de mí mientras llegaba al orgasmo.

No paré. Sujeté sus caderas con fuerza, tirando de ella hacia mí con cada embestida, hasta que la tensión explotó en un rugido amortiguado contra su hombro. Sentí mi cuerpo temblar mientras la llenaba completamente.

Quedamos así por un momento, aún conectados, respirando agitadamente y sudando.

Ella se recostó en el asiento, giró el rostro y, por un instante, el orgullo volvió a sus ojos, con una pizca de culpa.

Pero yo lo sabía.

Ella quería más y yo también.

Gabriela respiraba pesadamente a mi lado, con el cabello desordenado cayendo sobre sus hombros y las marcas rojas que había dejado en su piel aún brillando bajo la luz tenue de la calle que atravesaba el vidrio empañado. Me recosté en el asiento, cerrando el cinturón de los pantalones lentamente, con un movimiento deliberado, casi indiferente.

Ella no dijo nada, y pude sentir que su silencio estaba lleno de expectativas. Tal vez esperaba algún gesto de cariño o un comentario elogioso sobre lo que acabábamos de hacer. Pero yo no era ese hombre. Nunca lo fui.

—Te llevo a tu casa —dije, ajustándome la camisa como si estuviera terminando otro compromiso aburrido.

Ella me miró, con una expresión de sorpresa que rápidamente se transformó en una mirada fría y rígida. Gabriela levantó el mentón, con su dignidad herida, pero aún luchando por mantener la compostura.

—No te molestes. Ya conozco el camino a mi casa —respondió con voz controlada, recogiendo el vestido que aún estaba parcialmente caído, cubriéndose rápidamente.

La observé mientras se arreglaba apresuradamente, evitando mirarme. Tal vez debería haber dicho algo más amable, o fingir interés por cortesía, pero esa nunca fue mi forma de actuar. La amabilidad crea expectativas y yo no ofrezco promesas falsas.

Cuando terminó, la tensión en el aire seguía siendo intensa. Gabriela abrió la puerta del auto, preparándose para salir, pero vaciló por un segundo, como si esperara algo. Una palabra o un gesto...

Permanecí inmóvil, mirándola con la indiferencia calculada que había perfeccionado a lo largo de los años.

—Buenas noches, Gabriela —dije calmado, dando por terminada la conversación.

Ella apretó los labios, tragándose cualquier respuesta que iba a dar, y salió del auto con un movimiento firme, sin mirar atrás.

Cuando la puerta se cerró con un golpe seco, me recosté en el asiento, respirando hondo. Esa noche había sido un error delicioso, una línea cruzada que no repetiría.

Después de todo, yo era Emir Arslan y no me ataba a nadie.



Gabriela KAYA

Capítulo 3

El taxi me dejó en la puerta del apartamento de Derya casi media hora después. Apenas podía pensar con claridad, todavía tomada por una mezcla amarga de vergüenza, rabia y deseo no resuelto. Cada recuerdo de las manos de Emir sobre mi cuerpo traía un calor incómodo que intentaba sofocar a toda costa.

Abrí la puerta despacio, con la esperanza de pasar desapercibida, pero Derya ya estaba allí, sentada en el sofá con una expresión de quien me esperaba desde hacía tiempo.

—¡Por fin! —dijo ella, riendo mientras se acomodaba en el sofá—. Sabía que ibas a disfrutar de esa fiesta más de lo que admitiste.

Sentí mi rostro calentarse.

—¿De qué hablas? —pregunté, fingiendo inocencia mientras me quitaba los tacones, intentando esconder mis manos que aún temblaban un poco.

Derya puso los ojos en blanco, divertida.

—Ah, por favor, Gabi. Los vi a los dos en la fiesta. Ese beso no tenía nada de inocente. —Sonrió, llena de significados—. Conociendo a Emir Arslan, dudo mucho que se detuviera ahí.

Tragué saliva, evitando su mirada.

—No pasó nada grave —dije, tratando de sonar convincente mientras caminaba hacia la cocina—. Solo fue un beso tonto. Emir no es más que un conquistador barato.

Ella se rió de nuevo, moviendo la cabeza con una expresión que decía que no creía ni una palabra de lo que decía.

—Claro. Un beso tonto. Es exactamente por eso que estás roja hasta ahora y con esa cara de quien acaba de cometer un crimen.

Me detuve frente al lavabo, respirando hondo, sin mirarla.

—No tengo nada que contar, Derya. —Mi voz salió más dura de lo que pensaba.

Ella permaneció en silencio unos segundos antes de suspirar, casi con pena.

—Ten cuidado, amiga. Emir no es el tipo de hombre que se enamora. Es el tipo de sujeto que destruye corazones sin darse cuenta de que lo está haciendo.

Cerré los ojos por un momento, tratando de alejar la sensación que esas palabras despertaron en mí. Ya lo sabía desde el primer momento, pero ahora, tal vez, era demasiado tarde.

Dejé a Derya en la sala y seguí en silencio hasta mi cuarto, cerrando la puerta lentamente. La cama, que normalmente era acogedora, parecía demasiado fría esa noche. Me acosté, mirando el techo oscuro, con el cuerpo inquieto y la mente incapaz de encontrar paz.

Sabía exactamente en qué me había metido.

No era ingenua. Desde que llegué a Estambul, los rumores sobre los Arslan circulaban como susurros de alerta en las sombras de la ciudad. Historias sobre negocios dudosos, enemigos que desaparecían misteriosamente, escándalos cuidadosamente silenciados por el poder y el dinero. Eran una familia peligrosa y hasta los más valientes evitaban cruzarse en su camino.

En la primera noche frente a uno de ellos, ahí estaba yo, rompiendo la regla más básica.

Peor aún: justo con Emir Arslan, el más famoso de todos. Seductor, arrogante e implacable... Él coleccionaba mujeres como quien colecciona números, un juego en el que yo había entrado voluntariamente.

Suspiré, pasándome las manos por la cara, frustrada con mi propia impulsividad. Ese beso, la intensidad del sexo, la manera en que me tocó... nada de eso debería importarme ahora. Necesitaba borrar a ese hombre de mi memoria antes de que fuera demasiado tarde.

Pero cuanto más intentaba olvidar, más se intensificaban las imágenes, quemando bajo mi piel, recordándome la vergüenza de haber cedido tan fácilmente y tan rápido.

Olvida a Emir Arslan, repetí mentalmente, firme y decidida. No valía la pena el riesgo, no valía el dolor inevitable que vendría después.

Sin embargo, a pesar de saber todo esto, cuando finalmente logré cerrar los ojos, aún sentía su sabor en mi boca y la presión de sus dedos marcados en mi piel. Algo me decía que, aunque intentara olvidar, Emir ya había dejado una marca imposible de borrar.



Emir
ARSLAN

Capítulo 4

El sol apenas había comenzado a invadir la enorme sala de comedor de la mansión Arslan, pero la mesa ya estaba puesta como siempre: exagerada, imponente y llena de platos que nadie realmente tocaría. Entré al salón, ajustando las mangas de la camisa blanca, sintiendo un malestar persistente después de la noche anterior. Gabriela seguía pegada a mi piel como un perfume difícil de olvidar.

Mi padre, Burak Arslan, ya estaba en la cabecera de la mesa, con su postura siempre rígida y la mirada autoritaria. Mi madre, Hande, estaba a su lado, impecablemente vestida, con una expresión que mezclaba una gentileza superficial y una advertencia silenciosa para que nadie la desafiara.

Mis hermanos llegaron poco después. Cem apareció primero, siempre serio y reservado, saludando a todos con un breve gesto antes de ocupar su lugar. Baran, el más joven y más impredecible de

nosotros, entró después, con su mirada inquieta de siempre, saludando solo a mi madre con una sonrisa burlona.

Por último, llegaron mis hermanas: Nedja, elegante y fría como una estatua de mármol, y Mirelle, que sonreía demasiado, hablaba demasiado y fingía inocencia mejor que nadie.

—Buenos días, familia —dijo Mirelle, sentándose a mi lado y lanzándome una mirada de reojo, divertida y maliciosa—. Emir parece agotado hoy. ¿Fue una noche larga, hermano?

Ignoré la provocación, sirviéndome café sin levantar la vista.

—Emir siempre está agotado —respondió Nedja con una sonrisa venenosa—. El peso de ser el favorito de la familia no debe ser fácil.

—Basta, ustedes dos —interrumpió mi madre con voz calmada, pero cortante, mientras me miraba directamente—. Emir, escuché que te fuiste temprano de la fiesta anoche. ¿Pasó algo importante?

—Nada que merezca atención —respondí secamente, mirándola con firmeza. Conocía ese tono, lleno de expectativas y reproches disfrazados.

—¿Nada? —murmuró Cem, con una mirada astuta por encima de la taza—. Supe que te fuiste acompañado de una mujer que nadie conoce. No parece tan trivial.

Sentí las miradas de todos converger en mí. *¡Mierda!*

—No sabía que ahora te interesaban los chismes, Cem —repliqué fríamente—. No es propio de ti.

—Y tú deberías interesarte menos por desconocidas, hijo —intervino mi padre, firme, autoritario—. No necesito recordarte que cada uno de tus pasos está vigilado en esta ciudad.

Sostuve su mirada sin apartarme. Él quería controlarnos a todos; y a mí especialmente. Cualquier error era una amenaza para

el imperio que había construido.

—No hace falta que me lo recuerdes —afirmé—. Tengo todo bajo control.

Mi padre permaneció en silencio, pero sus ojos decían lo contrario. Baran se rió bajo, casi como si estuviera disfrutando de la tensión.

—Claro que tienes —dijo Nedja, irónica, removiendo la comida con desinterés—. Hasta el día en que dejes de tenerlo.

Suspiré, molesto. El desayuno en la familia Arslan nunca era pacífico. Cada palabra era un golpe y cada mirada, una advertencia. Sabía que debía estar siempre listo para defenderme.

Sin embargo, en ese momento, mientras el silencio incómodo se instalaba, solo podía pensar que Gabriela Kaya era un problema que no había anticipado. Un problema que debía resolver antes de que mi familia decidiera hacerlo por mí... y eso nunca terminaba bien.

Salí de la mansión respirando profundamente, tratando de quitarme la tensión que siempre dejaba el desayuno. Cada encuentro familiar era un recordatorio constante de que, a pesar de todo mi poder, aún era solo una pieza en el tablero de Burak Arslan.

El chofer ya me esperaba en la entrada y abrió la puerta del coche tan pronto como me vio salir. Entré sin decir una palabra, ajustando las mangas del traje mientras el coche se dirigía al corazón financiero de Estambul, donde se encontraba la sede de Arslan Holding.

Durante el trayecto, observaba la ciudad pasar por la ventana. Personas comunes viviendo sus vidas normales, ajenas al juego de poder que ocurría por encima de ellas. A veces envidiaba la simplicidad de sus existencias. Yo nunca tuve ese lujo. Desde pequeño, mi nombre ya estaba asociado con cifras y contratos, no con sueños o decisiones personales.

El coche paró frente al imponente edificio de la empresa, una torre de vidrio y acero que se erguía sobre Estambul como una fortaleza. Cada paso que daba hasta mi oficina era acompañado de saludos respetuosos y miradas discretas, pero curiosas.

Al entrar en mi despacho, ya encontré a Galip, mi brazo derecho, esperando con una pila de documentos en las manos.

—Buenos días, Emir. Tenemos algunos problemas que resolver hoy —anunció con su tono directo de siempre, colocando los papeles sobre la mesa—. Y algunas llamadas que necesitas devolver urgentemente.

Me senté en la silla detrás de la mesa, masajeando las sienes.

—¿Cuándo no tenemos problemas que resolver?

Soltó una risa corta, casi un suspiro.

—Tu padre quiere respuestas sobre la adquisición del terreno cerca del Bósforo. Anton ya empezó las negociaciones, pero el dueño está dificultando el proceso.

Asentí, manteniendo una expresión neutra. Las negociaciones difíciles eran rutina, pero con mi padre involucrado directamente, no había margen para el error.

—¿Y las demás llamadas?

—Nada que no puedas manejar rápidamente —respondió Galip, entregándome los informes—. Excepto una... Una periodista llamada Gabriela Kaya ha llamado varias veces desde temprano, pidiendo hablar directamente contigo.

El nombre de ella me golpeó el pecho como una flecha. Mantuve la expresión controlada, pero mi corazón aceleró sin mi permiso.

—¿Y qué le dijiste?

—Que la llamarías tan pronto como pudieras —respondió, arqueando una ceja sutilmente. Galip nunca cuestionaba mis

decisiones directamente, pero su mirada era suficiente para expresar dudas.

—Lo resuelvo después —dije con firmeza, ignorando su mirada curiosa.

Asintió, comprendiendo el mensaje.

Cuando me quedé solo, me recosté en la silla, apretando el puño cerrado sobre la mesa. Gabriela estaba metiéndose en aguas demasiado peligrosas al buscarme. Esto debía terminar antes de que mi familia lo descubriera y lo usara en mi contra.

El teléfono sonó nuevamente, interrumpiendo mis pensamientos. Respire hondo y contesté, sabiendo que a partir de ese momento no habría espacio para distracciones ni debilidades.

—¿Emir? —La voz de ella sonó insegura, pero decidida.

Esa voz despertó algo dentro de mí que preferiría no sentir.

—Gabriela —respondí fríamente, sin dejar lugar a interpretaciones equivocadas—. Llamaste varias veces. ¿Qué quieres?

Guardó silencio por un segundo, sorprendida por mi tono áspero, pero pronto se recompuso.

—Quería hablar contigo sobre lo de anoche —comenzó, tratando de sonar firme, pero con una leve tartamudez que delataba inseguridad—. Creo que las cosas quedaron algo confusas.

—No quedaron confusas, Gabriela —la interrumpí de forma seca, yendo directo al grano—. Fue exactamente lo que pareció ser: solo un momento. Nada más.

Ella guardó silencio, probablemente asimilando mis palabras. Continué antes de que pudiera responder.

—Estuvo bueno, pero no se repetirá —dije con firmeza. No tenía tiempo ni interés en relaciones que no aportaban beneficios concretos para mi familia.

La respiración de ella se hizo audible por el teléfono, pesada, indignada. Yo sabía que estaba siendo cruel, tal vez más de lo necesario, pero era la única forma de alejarla antes de que las cosas se complicaran aún más.

—Entiendo —respondió finalmente, con voz dura, claramente herida, pero tratando de ocultar el dolor—. Debí haber imaginado esto de ti. La culpa fue mía, por pensar que eras diferente.

Algo dentro de mí se estremeció con sus palabras, pero mantuve mi postura firme.

—Sí, ya pasó —respondí con frialdad, cerrando la conversación de una vez—. Adiós, Gabriela.

Colgué antes de que pudiera decir algo más y tiré el teléfono sobre la mesa, frustrado con la irritación que crecía en mí. Alejarla era lo correcto. Gabriela Kaya era demasiado peligrosa, una distracción que no podía permitirme.

Pero, ¿por qué, entonces, seguía sintiendo esa sensación amarga en el pecho, como si hubiera perdido algo demasiado importante?



Gabriela KAYA

Capítulo 5

Colgué el teléfono con tanta fuerza que el aparato casi se me escapó de las manos, golpeando la mesa. Mi rostro ardía, no solo de vergüenza, sino de rabia, principalmente hacia mí misma.

¿Cómo pude haber sido tan idiota como para llamar a Emir Arslan?

Me levanté del sofá y comencé a caminar de un lado a otro en la pequeña sala del apartamento de Derya. El silencio me ahogaba, dejándome demasiado espacio para la humillación que latía dentro de mi pecho. Había intentado hacer como si no me importara, como si todo no fuera más que un momento insignificante, pero escuchar a Emir decir esas palabras tan frías, tan crueles, me hizo sentir como si me hubieran dado una bofetada en la cara.

Nunca había sido ingenua con hombres como él. Emir era la definición de hombre peligroso, arrogante e inalcanzable... ese tipo

que solo veía a las personas como medios para sus propios fines. Aun así, por un único instante, creí que podría ser diferente. Que tal vez él podría haber visto algo más en mí.

¡Qué estúpida!

Suspiré hondo, intentando recomponerme mientras miraba mi reflejo en el espejo que decoraba la pared. La mujer allí era fuerte, decidida, demasiado valiente como para dejarse afectar por un hombre como él. Necesitaba volver a ser ella.

No lo llamaría más. No daría ni un solo paso hacia él. Emir Arslan había dejado claro cuál era mi lugar en su lista de prioridades: ninguno.

—Olvídate de Emir —murmuré para mí misma, con rabia, como si pudiera ordenar a mis propios sentimientos que me obedecieran.

Pero mientras repetía esas palabras como un mantra, sabía que no era tan sencillo. Lo que más me molestaba era la sensación persistente de que, a pesar de todo, Emir ya había entrado en algún lugar demasiado profundo dentro de mí y necesitaba arrancarlo de allí antes de que el daño fuera irreversible.

Me senté frente al ordenador e intenté concentrarme en el artículo que tenía que entregar. Mis manos flotaban sobre el teclado, inmóviles, mientras mi mente se negaba a cooperar, insistiendo en revivir cada palabra cruel dicha por Emir en esa llamada.

Fue solo un momento. No se repetirá.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de alejar ese tono frío, indiferente, que hacía que mi orgullo ardiera como fuego. Nunca había sido una mujer que aceptara ser descartada tan fácilmente. Nunca me había permitido caer en el juego vacío de un hombre arrogante. Sin embargo, Emir no era un hombre cualquiera...

Respiré hondo, tecleando algunas palabras sin mucha convicción, borrándolas enseguida. Odiaba admitirlo, pero estaba

profundamente humillada por haber permitido que me usara de esa forma, por haberme convertido en solo una conquista más en su catálogo personal.

Odiaba aún más la sensación de que, a pesar de saber todo eso, había una parte irracional de mí que deseaba secretamente que él me llamara, pidiendo disculpas, explicándose o haciendo algo que demostrara que yo estaba equivocada.

Sacudí la cabeza, irritada conmigo misma.

—¡Idiota! —murmuré, frustrada, golpeando suavemente la mesa, como si pudiera arrancar ese sentimiento a la fuerza.

Yo era mejor que eso. Siempre había sido mejor que eso. No podía dejarme vencer por un hombre que claramente no merecía ni un solo pensamiento mío. Mi orgullo debía ganar esa batalla y mi mente tenía que volver al trabajo.

Forzando una concentración que no sentía, comencé a escribir nuevamente, intentando hacer como si todo estuviera bien, como si Emir Arslan no me hubiera tocado tan profundamente, dejando una marca invisible que aún sentía arder. Pero, en el fondo, sabía que mentirme a mí misma era inútil.

Ya estaba herida, y solo quedaba aceptar que la cicatriz se quedaría conmigo, un recordatorio constante de mi propia estupidez.



Capítulo 6

Mi rutina nunca fue sencilla. Nacer con el apellido Arslan significaba vivir bajo constante vigilancia, no solo de la prensa y la alta sociedad, sino también de aquellos que esperaban un error para usarlo en nuestra contra. El hecho de que mi padre fuera el alcalde de Estambul multiplicaba las miradas y aumentaba el peso del apellido que llevaba.

Después de dejar la empresa, mi agenda estaba llena de compromisos. Almuerzos con inversionistas, reuniones con empresarios, inauguraciones y eventos benéficos: cada encuentro era una actuación cuidadosamente ensayada, donde representaba no solo a mí mismo, sino a toda la familia.

La sociedad veía a los Arslan con una mezcla de admiración y miedo. Éramos poderosos, influyentes e intocables. El poder político de mi padre, aliado a nuestra riqueza y la influencia en los negocios, nos convertía en una familia que todos querían tener cerca, pero de

la cual nadie quería realmente acercarse demasiado. No éramos solo poderosos; éramos peligrosos.

Había aprendido temprano que no podía confiar plenamente en nadie más que en mis hermanos, e incluso ellos tenían sus propios intereses. Cem era reservado y confiable, pero su lealtad pertenecía primero al apellido Arslan, luego a mí. Baran era impredecible, con un gusto peligroso por arriesgarse. Mis hermanas Nedja y Mirelle manipulaban las reglas sociales con maestría, jugando con intrigas y chismes de tal manera que a veces ni yo sabía de qué lado realmente estaban.

Esa tarde, durante un evento benéfico en el centro cultural de la ciudad, saludé a empresarios influyentes y políticos importantes con sonrisas calculadas y apretones de manos firmes. Todos los presentes eran actores en ese teatro de poder; cada gesto, cada palabra tenía segundas y terceras intenciones.

—Emir —me llamó una voz femenina a mi lado.

Me giré y encontré a Yasemin Durmaz, hija de uno de los hombres más ricos de Turquía. Sonreía con una confianza seductora, ofreciendo su mano con elegancia.

—Yasemin —saludé educadamente, besando rápidamente su mano—. Hace tiempo que no nos vemos.

—Estás demasiado ocupado —respondió, manteniendo la sonrisa—. Demasiado ocupado incluso para devolver una llamada.

Sonreí educadamente, notando el leve reproche en su voz. Yasemin era el tipo de mujer que mi familia aprobaría sin cuestionamientos: poderosa, influyente y de buena estirpe. Exactamente el perfil que cabía en mi vida, trayendo beneficios estratégicos y sin complicaciones innecesarias.

—Tengo muchas responsabilidades —respondí con fría educación—. Ya sabes cómo es.

Asintió, comprensiva, pero sus ojos brillaron con un desafío silencioso.

—Claro que entiendo. Pero ten cuidado, Emir. Demasiadas responsabilidades terminarán por ahogarte.

Se alejó, dejándome con esas palabras resonando en mi mente. Suspiré, pasándome la mano por la cara con impaciencia. Mi vida era una jaula dorada: poderosa, lujosa, pero a veces demasiado pequeña para el peso que llevaba sobre mis hombros.

Aún así, sabía exactamente cuál era mi lugar: al frente de los Arslan, protegiendo nuestro legado y manteniendo intacto el imperio construido por mi padre.

Y así sería siempre.

Al final del evento benéfico, regresé directamente a la oficina, donde Galip ya me esperaba con nuevas actualizaciones y reportes urgentes. Mi mano derecha nunca descansaba; era un reflejo directo del ritmo acelerado que imponía a todos a mi alrededor.

—Emir, tu padre llamó. Quiere una reunión contigo y Cem esta noche —informó, manteniendo su tono habitual, directo y práctico.

Suspiré, presionándome las sienes con los dedos. Las reuniones de última hora con mi padre nunca eran una buena señal.

—¿De qué se trata esta vez?

Galip vaciló, eligiendo cuidadosamente las palabras antes de responder.

—Problemas con las licitaciones en el nuevo distrito comercial. Parece que algunos políticos empezaron a cuestionar los contratos firmados.

Rodé los ojos, molesto. Siempre había problemas con las licitaciones. Los negocios que involucraban a la alcaldía de Estambul siempre estaban rodeados de intereses, favores y disputas. La

posición de mi padre como alcalde aseguraba influencia, pero también creaba enemigos que necesitábamos gestionar constantemente.

—Prepara los documentos y pon a Cem al tanto —dije secamente—. No quiero ser sorprendido durante la reunión.

Galip asintió rápidamente, saliendo de mi oficina para cumplir las órdenes. Me levanté y caminé hacia la ventana, observando Estambul abajo. Una ciudad que llevaba nuestro nombre en cada esquina, que reflejaba nuestra influencia, nuestro poder... pero, cuanto mayor era el poder, mayores eran los riesgos y las responsabilidades.

Mi padre había construido un imperio sólido y esperaba que yo continuara su legado sin errores, fallas ni debilidades. Cumplía esa tarea con precisión quirúrgica, suprimiendo cualquier distracción o sentimiento que amenazara mi capacidad de juzgar fríamente.

A veces era agotador mantener esa fachada impenetrable, pero era el precio que estaba dispuesto a pagar. El apellido Arslan venía antes que mis deseos personales, antes que cualquier impulso momentáneo. Nunca permitía que nada escapara de mi control.

Mi teléfono volvió a sonar, interrumpiendo mis pensamientos. Contesté sin mirar quién era, impaciente.

—Hola.

—Emir —dijo la voz de Cem, firme y tranquila como siempre —. Nuestro padre adelantó la reunión. Quiere vernos en una hora. Parece urgente.

—Entendido —respondí, controlando la irritación en mi voz—. Voy para allá.

Colgué el teléfono, ajusté mi traje y me preparé mentalmente para enfrentar otra batalla política dentro de mi propia familia.

En ese juego, yo era implacable. Sabía exactamente qué debía hacer para mantener a los Arslan en la cima, incluso si eso

costaba demasiado.

Pero, al final, era el precio que siempre pagaba sin dudar.

La reunión había sido convocada en la mansión principal de la familia. Al llegar, Cem ya me esperaba en la puerta, con la expresión seria e impasible de siempre. Lo saludé con un breve gesto, sin palabras innecesarias, y entramos juntos a la casa.

Mi padre nos esperaba en su oficina privada, una sala amplia e imponente decorada con madera oscura y antigüedades. Estaba sentado detrás de su enorme escritorio, con papeles esparcidos frente a él y un cigarro entre los dedos. La densa humareda flotaba en el aire, haciendo que el ambiente fuera aún más pesado.

—Siéntense —ordenó, sin levantar la vista de los documentos. Su voz cargaba el peso de la autoridad acumulada a lo largo de los años.

Nos sentamos en silencio, esperando a que hablara. Así era como a mi padre le gustaba: controlando cada detalle, imponiendo respeto mediante el silencio y las pausas que hacían que cada palabra sonara aún más contundente.

—Tenemos problemas con las licitaciones —dijo finalmente, mirándonos con firmeza—. Algunos concejales decidieron cuestionar los contratos, acusando a nuestra familia de favoritismo.

Cem cruzó los brazos, manteniendo la calma habitual.

—Nada de eso es nuevo. ¿Cuál es el verdadero motivo de esta reunión?

Mi padre sonrió, casi cruel en su ironía.

—Es lo suficientemente nuevo como para poner en riesgo nuestros próximos proyectos. Estos políticos están ganando confianza y alguien dentro de la alcaldía podría estar fomentando esto. Necesitamos resolverlo antes de que se convierta en un escándalo.

Giró la mirada directamente hacia mí, evaluándome con intensidad.

—Emir, necesito que descubras quién está detrás de esto. No quiero solo nombres, quiero una solución definitiva.

Asentí una sola vez, entendiendo perfectamente el mensaje detrás de sus palabras cuidadosamente elegidas. Mi padre no aceptaba traición, ni mostraba piedad ante amenazas contra su familia o su poder.

—Me encargaré personalmente de esto —respondí con voz firme, dejando claro que el asunto quedaba cerrado.

—¡Perfecto! —Se recostó en la silla, satisfecho con mi respuesta—. Cem, quiero que refuerces nuestra seguridad interna. No podemos correr riesgos innecesarios.

Cem asintió en silencio, con su expresión inalterada, casi como si hubiera estado esperando exactamente esa orden. Mi hermano nunca mostraba sus emociones, pero sabía que también sentía el peso constante de la responsabilidad sobre sus hombros.

—¿Algo más? —pregunté, preparado para cerrar la reunión.

Mi padre me miró profundamente, como si intentara leer mis pensamientos más secretos.

—Solo recuerden una cosa: un paso en falso y todo nuestro legado puede desmoronarse. Nunca olviden quiénes son.

Nos despidió con un gesto, volviendo a ver los documentos sobre su escritorio. Cem y yo nos levantamos y salimos de la oficina en silencio, cada uno pensando en los próximos movimientos que tendríamos que hacer para proteger a nuestra familia.

Fuera de la sala, Cem finalmente habló, en voz baja y directa.

—Esto se está complicando. Ten cuidado de no cometer errores, Emir.

Sonreí de manera fría y decidida.

—No te preocupes, hermano. Yo nunca cometo errores.

Pero mientras decía esto, me di cuenta de que, en ese juego peligroso, cometer errores era una posibilidad que ni siquiera podía admitir. La familia Arslan dependía de mi frialdad y precisión, y no los iba a decepcionar.



Gabriela KAYA

Capítulo 7

Semanas después...

Mis manos temblaban mientras miraba las dos líneas rosas, claramente visibles en la prueba de embarazo. Mi respiración se sentía atrapada en mi garganta, el silencio del pequeño baño era casi asfixiante.

Embarazada...

La palabra giraba en mi cabeza sin parar, dejándome mareada. Caí lentamente hasta sentarme en el suelo frío, tratando de calmar el torbellino dentro de mí. Esto no podía estar pasando. No a mí. No ahora. Y, sobre todo, no con él.

Emir Arslan...

Su nombre me golpeó con fuerza, trayendo todas las memorias que había luchado tanto por olvidar en los últimos meses. El rostro arrogante, el toque firme de sus manos, la forma en que

me despidió sin ninguna consideración... todo eso parecía aún más doloroso en ese momento. Yo había sido solo una conquista más, descartable para Emir. Pero, a diferencia de todas las demás, yo ahora estaba unida a él de manera definitiva.

Las lágrimas empezaron a deslizarse silenciosas por mi rostro, y me las limpié con rabia, sintiéndome estúpida y vulnerable. Debería haber sido más cuidadosa, más responsable. *¿Cómo dejé que esto pasara?*

Me levanté lentamente, me lavé la cara y me miré al espejo. La mujer que me devolvía la mirada parecía frágil y asustada, pero necesitaba encontrar fuerzas para enfrentar la realidad: estaba esperando un hijo de un hombre que no se preocupaba por mí.

No podía simplemente esconder esto. No sería justo, ni conmigo ni con el niño que crecía dentro de mí. Por más que doliera, Emir debía saberlo. Tenía derecho a saberlo.

Mi mente estaba llena de dudas. *¿Cómo reaccionaría él?* Probablemente no bien. Pero no podía huir de esta responsabilidad. No podía ser cobarde frente a la situación que yo misma había creado.

Respiré hondo, reuniendo valor, mientras pasaba suavemente la mano por mi vientre. Enfrentaría a Emir, aunque eso significara exponerme al rechazo que ya preveía.

Era lo correcto. Y lo haría, no importaba el precio que tuviera que pagar.

Pasé el resto del día sentada en el sofá, con el celular en la mano, mirando la pantalla como si esta fuera a darme respuestas. Marcaba el número de Emir, borraba. Marcaba de nuevo. Respiraba hondo. Borraba otra vez.

Cada parte de mí gritaba para que no lo hiciera. Pero había algo más grande dentro de mí, que me exigía que fuera más allá del orgullo y el dolor. Él necesitaba saberlo.

Finalmente, con el corazón a mil, presioné el botón de llamada.

Sonó tres veces. Cuatro. Cinco. Hasta que cayó en el buzón de voz.

Colgué, tratando de ignorar el nudo que se formaba en mi garganta.

Esperé unos minutos y volví a intentarlo. Esta vez, alguien contestó.

—Oficina Arslan Holding, buenas tardes —dijo una voz femenina, fría y profesional.

—Hola. Yo... necesito hablar con Emir Arslan. Es urgente y personal. —Mis palabras salieron rápido, con más ansiedad de la que quisiera mostrar.

Hubo una breve pausa y el tono de la secretaria cambió sutilmente.

—El señor Emir no está disponible en este momento. ¿Puedo tomar su nombre y recado?

—Soy Gabriela Kaya. Él sabe quién soy. Por favor, dígale que es urgente.

—Lo siento, señorita Kaya. El señor Emir no atiende llamadas personales durante el horario de oficina.

—Entonces, dígale que es sobre... sobre algo que él necesita saber. Algo importante. —La desesperación comenzaba a infiltrarse en mi voz, y odiaba eso—. Solo pídale que me devuelva la llamada. Por favor.

La mujer soltó un suspiro discreto, como si ya estuviera acostumbrada a mujeres insistentes.

—Anotado. ¡Buenas tardes!

Y la línea se cortó...

Me quedé con el teléfono en el regazo, sintiendo mi rostro arder de vergüenza y frustración. La forma en que dijo mi nombre... como si fuera solo una más. Solo una molestia en la rutina del señor Arslan. Podía imaginar lo que dirían de él si ella pasaba mi mensaje. O peor: tal vez ni lo pasara. Tal vez ya hubiera dado instrucciones para que nunca más atendiera mis llamadas.

La verdad dolió más de lo que esperaba. Estaba sola.

Me levanté lentamente, como si todo el peso de la situación se hubiera instalado en mis huesos. Por más que intentara convencerme de que estaba preparada, la realidad siempre parecía más dura cuando venía acompañada del desprecio.

Él no quería escucharme.

Pero eso no cambiaba lo que tenía que decir.

Si no atendería mis llamadas, tendría que enfrentarlo y asegurarme de que estuviera listo para escuchar.

—Él simplemente mandó a la secretaria a despacharme. Como si yo fuera... una cualquiera —dije, con la voz entrecortada, tratando de contener las lágrimas mientras caminaba de un lado a otro en el apartamento.

Derya me observaba desde el sofá, con las cejas levantadas y los brazos cruzados. Tenía esa mirada de quien quería decir: te lo dije. Pero se estaba conteniendo, al menos por ahora.

—Gabi, estás embarazada. No lo llamaste pidiéndole cariño —dijo, firme—. ¡Esto es serio! Él tiene que saberlo, le guste o no.

—Lo intenté, Derya. Llamé, supliqué para que hablaran con él. Me trataron como si fuera otra que no entendió el mensaje. Fue humillante.

—¿Y vas a dejarlo así?

Me detuve y me giré hacia ella.

—¿Crees que quiero esto? ¿Crees que es fácil? No quiero verle la cara. No después de lo que dijo. No después de cómo me trató.

—Gabriela, escucha lo que te estoy diciendo. Él tiene que saberlo. No lo estás haciendo por ti, ¿ok? Es por el bebé.

Esas palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

El bebé...

Eso era. Ya no se trataba solo de mi dolor, de mi orgullo o de mi decepción. Se trataba de una vida, que ya dependía de mí. Y aunque Emir fuera el idiota arrogante que siempre me advirtieron que evitara... él era el padre.

Respiré hondo y me dejé caer en el sofá a su lado, hundiendo mi rostro en las manos.

—¿Y si a él no le importa?

—Entonces que no le importe —respondió Derya, firme. —Pero va a tener que mirarte a los ojos y escuchar. Va a tener que lidiar con su propia cobardía... Tú vas a poder salir de ahí con la cabeza en alto, sabiendo que hiciste lo correcto.

Me quedé en silencio un rato, sintiendo el peso de la decisión formarse dentro de mí.

No quería enfrentarlo. No quería mirar esos ojos fríos, esa voz que me hacía sentir pequeña.

Pero Derya tenía razón.

Era hora de dejar el orgullo a un lado, ir tras él y poner la verdad frente a sus ojos, le gustara o no.



Emir
ARSLAN

Capítulo 8

Entré al edificio de Arslan Holding con la mente ya sumida en los informes que Galip me había enviado antes del amanecer. Había reuniones programadas con empresarios del extranjero, negociaciones delicadas que involucraban el nombre del municipio, y una nueva investigación sobre los terrenos en la zona portuaria. Cada paso que diera en ese edificio tenía que estar calculado y nada, absolutamente nada, podía distraerme.

Hasta que la vi.

Estaba parada justo después del torniquete de seguridad, como una estatua fuera de lugar en el inmaculado vestíbulo de mármol.

Gabriela...

Por un segundo, mis pasos vacilaron y mi cuerpo reaccionó con una tensión automática. El estómago se me apretó y los puños

se cerraron, como si mi instinto ya supiera que eso no era solo una visita.

Ella me vio y se acercó rápidamente. Había algo extraño en su mirada. Determinación mezclada con... ¿miedo?

Lo último que quería era una escena en público. Traté de ir directo al elevador, pero ella interceptó mi camino.

—Emir, necesitamos hablar.

—No aquí —gruñí, seco, manteniendo la mirada firme—. Este no es el lugar para este tipo de... cosas.

—Intenté hablar contigo, pero tu equipo me bloqueó. Así que ahora vas a escucharme —dijo, con la voz temblando al final, pero manteniéndose firme.

Suspiré con impaciencia, listo para cortar el asunto allí mismo, cuando ella soltó unas palabras electrificantes.

—Estoy embarazada.

Por un instante, el suelo pareció vacilar bajo mis pies.

Las palabras resonaron como un trueno silencioso en el impecable vestíbulo. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Mi cuerpo se paralizó. Pero mi rostro... no. Siguió igual, controlado, mostrando la típica frialdad indiferente.

—Eso es ridículo —dije, las palabras salieron frías y afiladas—. ¿Crees que puedes aparecer aquí con ese tipo de cuento? ¿Qué quieres? ¿Un escándalo? ¿Dinero? ¿Un puesto en el árbol genealógico de mi familia?

Ella parpadeó, como si hubiera recibido una bofetada, pero se quedó allí, firme.

—No quiero nada de ti, Emir. Solo pensé que tenías el derecho de saberlo.

—Y yo pensé que eras lo suficientemente inteligente como para entender lo que eso fue. Un momento. Un error. Nada más.

Me giré sin decir nada más y entré al elevador, sintiendo sus ojos quemando mi espalda. Incluso cuando las puertas se cerraron, su imagen quedó atrapada en mi mente.

Pero eso no cambiaba nada.

Gabriela Kaya podría estar embarazada.

Pero eso... no era mi problema.

Las puertas del elevador se cerraron, pero mi mente seguía dando vueltas.

Embarazada...

La palabra rondaba mis pensamientos como una amenaza silenciosa. Me negué a creerlo de inmediato. *¿Gabriela? ¿Ella?* Me había parecido diferente al resto. Más altiva, más... orgullosa. Pero al final, era una más. Otra que cruzaba mi camino esperando llevarse algo a cambio.

Esta vez, el precio era alto.

Entré a mi oficina sin saludar a nadie, arrojando la carpeta sobre la mesa con fuerza. Me pasé la mano por la cara, molesto, tratando de alejar la tensión que comenzaba a acumularse en mi pecho. Esto no podía estar pasando. No en ese momento, con todo lo que tenía que manejar.

Mi cabeza estaba llena de problemas reales. Empresarios tratando de obstruir nuestras negociaciones, periodistas buscando escándalos en el municipio, contratos políticos que requerían mi presencia e influencia. No podía darme el lujo de perder tiempo con ex-amantes arrepentidas y sus juegos emocionales.

Gabriela no era especial. Ninguna de ellas lo era.

—Emir —dijo Galip, entrando poco después, siempre atento a mi estado de ánimo—. ¿Está todo bien?

—No —respondí seco, tirando la silla hacia atrás—. Necesito que resuelvas algo por mí.

Él esperó, en silencio, como siempre.

—Gabriela Kaya. Está abajo, o debería estarlo. Ve a verla, ofrécele lo que sea necesario. Discretamente. Pero deja claro que no quiero problemas. Ninguno. —Cruce los brazos y lo miré con frialdad —. Si está buscando atención, que se lleve un cheque y se acabe esto.

Galip asintió, sin cuestionar.

—Entendido. ¿Y si se niega?

—Entonces usa el lenguaje que sea necesario para que entienda con quién está tratando. —Me incliné hacia adelante en la silla—. No va a destruir el nombre Arslan por un embarazo oportunista.

Galip se dio la vuelta para salir, y yo volví mi atención a los contratos sobre la mesa. Papeles, números, poder... cosas reales que podía controlar.

Lo que fuera que Gabriela representara, allí se acabaría. Porque ya había decidido: no tendría cabida en mi vida.



Gabriela KAYA

Capítulo 9

Salí del edificio de Arslan Holding con el cuerpo tenso, el corazón hecho pedazos y la dignidad colgando de un hilo. Mis manos aún temblaban y el sabor amargo del rechazo permanecía en mi garganta como un veneno difícil de tragar.

Me echó. Sin dudarlo ni un segundo. Como si fuera basura. Como si todo lo que había dicho no tuviera importancia, como si yo fuera solo una oportunista.

Intenté respirar profundamente, poner una barrera entre mí y lo que acababa de pasar. Necesitaba salir de allí. Necesitaba distancia, aire... Ya estaba abriendo la puerta del coche cuando escuché pasos apresurados detrás de mí.

—¿Señorita Kaya?

Me giré lentamente, encontrando a un hombre con un traje oscuro, postura firme y mirada fría. Alto, imponente, con ese tipo de presencia que transmite autoridad sin necesidad de alzar la voz. No

sabía quién era, pero lo reconocí como alguien de confianza de Emir. Uno de los peones de su imperio.

—¿Sí? —pregunté, sin esconder el cansancio y la irritación en mi voz.

Me observó por un instante antes de hablar, como si evaluara hasta qué punto debía medir sus palabras.

—El señor Arslan me pidió que... me encargara de la situación.

—¿Situación? —repetí, con una risa nerviosa y amarga—. ¿Así se refiere al hijo que estoy esperando?

El hombre permaneció inexpresivo, como si eso no tuviera ningún peso.

—Estoy autorizado a ofrecer una compensación financiera —dijo, sacando un sobre del bolsillo interno de su chaqueta—. Lo suficiente para que usted pueda sentirse cómoda y seguir adelante. Discretamente...

Mi sangre se heló.

Me quedé mirando ese sobre por un segundo. Era grueso. Probablemente más dinero del que había visto junto en toda mi vida. Pero en ese momento, eso me parecía una ofensa mucho mayor que cualquier palabra que Emir pudiera haber dicho.

—¿Me estás ofreciendo dinero... para desaparecer? —pregunté, con una voz baja y venenosa.

No respondió. No hacía falta.

Retrocedí un paso, sintiendo un nudo en el estómago. Mi orgullo ardía. Mis ojos estaban a punto de llorar, pero no dejaría caer ni una sola lágrima. No frente a él.

—Dile a tu patrón que no estoy a la venta —dije, con la voz firme, aunque con la garganta apretada—. Y que acaba de perder la

única oportunidad que tenía de ser algo más que un idiota en la vida de su hijo.

Me di la vuelta sin esperar respuesta y entré al coche con las manos temblorosas. Cerré la puerta con fuerza y apoyé la cabeza en el volante unos segundos, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con estallar.

Pensaban que era débil y que me vendería como todas las demás. Sin embargo, yo no era como todas las demás, y el hijo que llevaba jamás sería un secreto comprado con un sobre lleno de dinero sucio.

Fue difícil conducir luchando contra las lágrimas de frustración y humillación. Cuando llegué al apartamento, golpeé la puerta con demasiada fuerza. Las paredes finas temblaron, y Derya, que estaba sentada en el sofá con una taza de té, levantó los ojos inmediatamente. Vio mi rostro y dejó todo sin pensarlo.

—¿Qué pasó? —Se acercó rápido—. Gabriela, ¿qué ocurrió?

Tiré mi bolso al suelo con violencia, sin preocuparme de dónde cayó. Mi cuerpo entero temblaba de rabia. Las palabras estaban todas en mi garganta, amontonadas con la frustración, la humillación y el dolor.

—Me echó. Como si estuviera pidiendo un favor —disparé, caminando de un lado a otro, pasándome las manos por el cabello, tratando de contener el colapso inminente—. ¿Y sabes qué hizo después? Mandó a un secuaz a darme un sobre con dinero. ¡Dinero, Derya!

—¿¡Qué!? —Sus ojos se abrieron de par en par, indignada—. ¿Te pagó para... desaparecer?

—Lo intentó —repliqué, rolando los ojos, aún sintiendo el sabor amargo de esa propuesta repugnante—. Como si fuera un error que se puede arreglar con unos ceros en un papel. Como si fuera... descartable.

Derya se acercó, intentando abrazarme, pero me aparté.

—No debí haber venido a Estambul. Todo aquí me engulló. La gente, las miradas, los Arslan... Viven en un mundo sucio, Derya, y yo fui estúpida como para pensar que podía entrar en él con los pies descalzos.

—Oye, no hables así. Fuiste valiente. Te enfrentaste a él, tuviste la dignidad que él nunca tendrá.

—Eso no cambia nada —respondí, yendo hacia el cuarto—. Lo único que va a cambiar es dónde voy a criar a mi hijo. Y no será aquí.

—Gabi, espera... —Vino detrás de mí, viéndome abrir el armario y empezar a sacar ropa apresuradamente.

—Me voy a la casa de mis padres. Allí, al menos, no me tratan como basura. Allí puedo respirar. —Mi voz se quebró—. No quiero más de esto. Ni siquiera quiero ver esta ciudad desde mi ventana.

—Estás herida, lo entiendo. Pero no hagas esto ahora, con la cabeza caliente. Necesitas tiempo, necesitas pensar con calma...

—Ya lo pensé. Lo intenté. Creí. Y todo lo que recibí fue desprecio. Derya, no quiero criar a mi hijo aquí, en este ambiente. No voy a dejar que crezca pensando que es un error que su padre quiso borrar con dinero.

Derya me miró por unos segundos, con los ojos llenos de lágrimas, pero respetó mi espacio. Sabía que, cuando tomaba una decisión así, no había argumento que me hiciera retroceder.

Cerré la maleta con fuerza. Eran pocas cosas. Sin embargo, lo que más dolía era saber que me llevaba mucho más que ropa. Me llevaba la esperanza que había puesto en este lugar.



Emir
ARSLAN

Capítulo 10

La mesa del comedor estaba impecable, como siempre. Platos caros, cubiertos alineados, copas de cristal. La mansión de los Arslan parecía un palacio de perfección cuidadosamente mantenido y, sin embargo, cada comida allí era un campo minado.

Mi madre hablaba con Mirelle sobre una exposición benéfica organizada por la alta sociedad. Baran reía solo por algún mensaje en su celular. Nedja apenas tocaba la comida, demasiado ocupada criticando discretamente la ropa de un político durante un evento televisado. Cem escuchaba todo en silencio, como una sombra a la izquierda de nuestro padre, sentado en la cabecera. Con su mirada calculadora y exigente, dominaba el ambiente sin necesidad de abrir la boca.

Yo comía en silencio, masticando lentamente, como si esa cena rutinaria requiriera más energía que todos los contratos que había firmado ese día.

Pero, en realidad, mi mente estaba lejos... estaba en Gabriela.

La imagen de ella, de pie en el vestíbulo, mirándome con esa mirada desafiante y herida, seguía ardiendo en mis pensamientos.

¿Embarazada...?

Había repetido esa palabra mentalmente al menos cien veces desde el encuentro en el edificio de la empresa. No porque lo creyera, sino porque una parte de mí quería saber qué intentaba hacer con eso. Gabriela era audaz, pero también impulsiva y problemática.

Exactamente el tipo de confusión que no necesitaba.

Mis padres siempre esperaron que fuera el símbolo de la continuidad. El nombre Arslan. Yo era el hijo mayor, el heredero, el encargado de ejecutar los intereses de la familia. Un escándalo personal como un embarazo fuera del matrimonio, y más con una mujer como Gabriela, podía abrir brechas y nosotros no manejábamos bien las brechas.

—¿Emir? —La voz de mi madre me sacó del trance—. ¿Está todo bien? Estás muy callado hoy.

Levanté la mirada y forcé una ligera sonrisa.

—Solo estoy cansado.

Ella asintió, satisfecha con la respuesta superficial. Mirelle intercambió una mirada rápida con Nedja, como si comentaran mi silencio con una simple mirada.

Volví a la comida sin decir nada más.

Gabriela podía haber lanzado una bomba a mis pies, pero ya había aprendido a ignorar el sonido de la explosión. Lo que fuera que intentara conseguir, no funcionaría. Mantendría la compostura. Protegería el nombre de mi familia. Si era necesario, enterraría ese

episodio junto con todos los demás que preferíamos mantener fuera de los libros de historia.

Después de todo, los Arslan no manejábamos escándalos. Los borrábamos.

La conversación había cambiado al tema de siempre: política, negocios, apariciones públicas, futuros matrimonios estratégicos disfrazados de "buenas conexiones". Mantuve la mirada fija en la copa de vino, girando el líquido lentamente, solo escuchando con la mitad de mi atención.

Fue entonces cuando mi madre, con su voz dulce y siempre llena de intenciones, hizo el comentario que cambió la atmósfera en la mesa.

—Emir, querido, conocí a la hija de los Acar la semana pasada. ¿Recuerdas a Elif? Estaba deslumbrante. Educada, culta, muy bien preparada para... acompañar a un hombre como tú.

La miré con una ceja un poco levantada. Nada más.

—Estará en la cena del embajador el próximo fin de semana. Sería una buena oportunidad para conocerla mejor —continuó Hande Arslan, sonriendo, como si hablara de una oportunidad de negocios, no de mi vida personal.

—Ya conozco a Elif —respondí, sin emoción—. No tenemos nada en común.

—No tienen que tener nada en común —comentó Mirelle, con una sonrisita burlona—. Esto es un matrimonio, no un podcast.

Nedja rió discretamente. Mi padre permaneció callado, pero su expresión se endureció ligeramente. No necesitaba hablar. La expectativa era clara: yo tenía una imagen que mantener y alianzas que sellar. Tener una esposa del círculo adecuado formaba parte de eso.

—Estoy satisfecho con mi rutina, mamá —dije, finalmente, colocando la servilleta al lado del plato y empujando ligeramente la

silla hacia atrás—. No tengo interés.

—Emir... —Intentó de nuevo, un poco más seria esta vez, pero ya me estaba levantando.

—Buenas noches. —Miré directamente a mi padre. Él sostuvo mi mirada por un segundo antes de hacer un breve gesto con la cabeza.

Subí las escaleras de la mansión con pasos firmes, escuchando el sonido de los cubiertos comenzando de nuevo detrás de mí, como si el tema se hubiera cerrado, o aplazado. Con los Arslan, nada quedaba de lado. Todo se archivaba para ser agarrado después.

Entré en mi cuarto y cerré la puerta con fuerza controlada. La mansión estaba silenciosa allí arriba, lejos de las expectativas asfixiantes y las miradas pesadas. Aflojé el cuello de la camisa y me dirigí hacia la ventana.

Afuera, Estambul brillaba. Una ciudad viva, palpitante, llena de ruido y, aún así, en ese momento, parecía tan distante como cualquier idea de libertad.

Ellos querían controlar todo, incluso a quién debería amar. Como si eso estuviera en juego. Pero el amor... no era algo que tuviera espacio en mi vida. Nunca lo tuvo y nunca lo tendría.



Gabriela
KAYA

Capítulo 11

El olor de la casa de mis padres fue lo primero que me golpeó cuando entré: café fresco, madera vieja y la brisa ligera del interior entrando por las ventanas abiertas. Era familiar, reconfortante. Sin embargo, en ese momento, solo pensaba en lo urgente que estaba huyendo.

Mi madre vino hasta la puerta tan pronto como me vio entrar con la maleta en la mano. Sus ojos se entrecerraron, preocupados.

—¿Gabriela? ¿Qué pasó?

Mi padre apareció poco después, secándose las manos con un trapo de cocina. Su expresión era la misma de siempre: firme, pero llena de ternura.

—Hija, ¿te pasó algo?

No pude responder de inmediato. Solo dejé la maleta apoyada en la pared y entré, sintiendo el suelo familiar bajo mis pies, las

paredes que habían visto todos mis primeros pasos, todas mis caídas...

Mis ojos empezaron a arder.

—Solo... necesitaba volver —murmuré, bajando la mirada.

Mi madre no dijo nada. Solo me abrazó fuerte, como solo ella sabía hacerlo. Y allí, entre sus brazos, finalmente me desmoroné.

Minutos después, estábamos sentados en la mesa de la cocina, con el té ya servido y el silencio más pesado que cualquier palabra. Ellos esperaban. Pero sabía que no podía hacerlos esperar, tenía que decirlo.

Respiré hondo, mirando la taza entre mis manos.

—Yo... estoy embarazada.

El silencio que siguió fue absoluto. Ese tipo de silencio que parecía atrapar el aire en el pecho.

Mi madre fue la primera en reaccionar. Dejó la taza con cuidado sobre la mesa, con los ojos llenos de lágrimas, pero no de rabia. Solo buscaba mi rostro, intentando entender el dolor detrás de la noticia.

Mi padre pasó la mano por su rostro despacio, como si necesitara absorber eso antes de hablar.

—¿Quién es el padre? ¿Le contaste? ¿Quieres hablar de eso? —preguntó, sin juicio, pero con la firmeza de quien sabe que ese es un punto importante.

Tragué saliva. No quería, pero tenía que hacerlo.

—Él lo sabe. Y no quiere saber nada de mí... ni del bebé.

Mi madre llevó la mano a la boca, con los ojos muy abiertos. Mi padre se quedó inmóvil por unos segundos, luego movió la cabeza lentamente.

—Entonces hiciste bien en venir a casa —dijo—. Aquí nadie te dará la espalda.

—Gabriela... —dijo mi madre, ya con los ojos llenos de lágrimas—. No importa lo que él haya hecho. Nosotros vamos a estar contigo. Siempre.

Las lágrimas volvieron con más fuerza, pero esta vez no solo eran de dolor.

Tal vez volver a casa no significaba rendirse, sino una oportunidad de darle el mejor hogar posible a mi bebé.

Subí las escaleras en silencio, con una taza de té todavía caliente entre las manos. El pasillo era el mismo de siempre, con los mismos marcos torcidos, los mismos crujidos en las tablas del piso. Todo allí parecía haber quedado congelado en el tiempo. Solo yo había cambiado.

Abrí la puerta de mi cuarto lentamente, viendo cómo la suave luz de la tarde entraba por las cortinas floreadas, y sintiendo el olor de la vieja crema hidratante de mi hermana que llenaba el espacio.

Mi cuarto seguía decorado con posters de bandas que ya ni reconocía, collages coloridos y notas escritas con bolígrafo de glitter, estanterías con libros, un mural con fotos antiguas y el escritorio donde escribí mis primeros artículos para blogs y revistas locales. Sentarme allí era como reencontrarme con una versión más inocente de mí: la que creía que podía conquistar el mundo con palabras afiladas y un poco de valentía.

Dejé la taza al lado de la laptop, encendí el aparato y abrí el documento del artículo que debía haber entregado hace dos días. Un texto sobre políticas públicas ambientales en zonas de conflicto: denso, técnico, importante.

Pero las palabras no me salían.

Intenté forzarme. Escribí algunas frases, las borré. Reescribí de nuevo. Ninguna parecía tener sentido.

Mi cabeza seguía llena. De Emir. Del rechazo. Del bebé dentro de mí. De la forma en que mis padres me habían acogido sin dudar y del miedo que crecía con mi vientre aún discreto.

Suspiré, cerré los ojos y presioné las manos contra las sienes.

¡Concéntrate, Gabriela!

Este artículo era más que trabajo. Era un intento desesperado de recordar quién era antes de todo esto. Antes de él.

Tomé el celular y silencié las notificaciones. No quería saber qué pasaba en Estambul. No quería oír el nombre Arslan ni en sueños.

Abrí una nueva pestaña en el documento y comencé desde cero. Frase por frase. Párrafo por párrafo. Y poco a poco, como una herida cicatrizando, la escritura comenzó a fluir.

En mi cuarto, donde todo aún tenía sentido, me reconectaba conmigo misma.

Allí, incluso llevando una vida que cambiaría la mía por completo, volvía a ser Gabriela Kaya. No la mujer que Emir desechó, sino la que sobreviviría a él.



Emir
ARSLAN

Capítulo 12

La luz se filtraba a través de la pared de vidrio de mi oficina, atravesando las cortinas grises con la suavidad de una mañana fría. Pero ni el cielo despejado de Estambul conseguía aliviar el peso de mi mente.

Me senté en el sillón de cuero, con los ojos fijos en la ciudad abajo, pero viendo mucho más allá de los rascacielos. Veía el problema… Gabriela Kaya.

Ella había desaparecido. Después de la escena frente a la empresa, luego de la necesaria rechazada, y del sobre con dinero despreciado, desapareció. Ninguna llamada, ningún intento de contacto ni exposición.

Aun así, algo en ella seguía molestándome.

Era diferente a las demás. Más orgullosa. Más intensa. Más peligrosa, justamente porque no pedía nada. El tipo de mujer que no

se vendía, no se callaba… y, por eso mismo, dejaba una sombra por donde pasaba.

Me pasé las manos por el rostro, molesto. Nunca debí haberme involucrado con ella. Nunca debí haber permitido que aquello fuera más allá de un juego de miradas. La Gabriela de la pista de baile era provocadora. Pero la que me miró con esa noticia de embarazo… esa era una amenaza.

No solo para mí. Sino para la estructura que protegía con mi vida.

El apellido Arslan no podía mancharse. No cuando estábamos cerrando contratos internacionales, consolidando poder político, preparando una nueva fase del holding. Un escándalo personal, un hijo fuera del matrimonio, especialmente con una mujer ajena al círculo, sería un manjar para los buitres de la prensa y los competidores.

Golpeé con fuerza la punta del bolígrafo contra la mesa. Sabía cómo funcionaban esos juegos. Sabía cómo mujeres como ella podían usar al hijo como una clave para chantaje emocional, o peor: para escalar socialmente.

Pero Gabriela… ¿era ese tipo?

Bueno... Ella rechazó el dinero, y eso hacía todo más complicado.

Si hubiera aceptado, sería fácil de controlar. Pero su orgullo era más grande que la lógica. No podía prever lo que una mujer herida con ese tipo de orgullo era capaz de hacer.

—Emir —dijo la voz de Galip, sacándome de mis pensamientos. Apareció en la puerta, con el rostro serio como siempre—. Los empresarios rusos confirmaron la cena de mañana. Y... hay rumores de que Gabriela regresó a una ciudad en el interior de Turquía.

Levanté los ojos con un chispazo en el pecho que me molestó de inmediato.

—¿Sola? —pregunté, antes de contenerme.

Galip dudó.

—No estoy seguro aún.

—Asegúrate de que no sea un problema.

—Sí, señor.

Asentí lentamente, recostándome en la silla. El juego comenzaba de nuevo. Sin embargo, esta vez, las piezas eran diferentes, más delicadas y peligrosas.

Gabriela podría ser solo otro error.

Pero los errores, en mi mundo, salían caros.

Y estaba decidido a no pagar ese precio.

Aunque para ello tuviera que aplastar lo que quedaba entre nosotros.



Gabriela KAYA

Capítulo 13

Meses después...

El tiempo pasó con una lentitud extraña, como si tuviera miedo de seguir adelante. Volver a la casa de mis padres fue la decisión más difícil y, al mismo tiempo, la más necesaria. Lejos de Estambul, lejos de su nombre y de todo lo que me hacía sangrar por dentro.

La ciudad pequeña donde crecí parecía detenida en el tiempo. Las mañanas eran silenciosas, los vecinos demasiado curiosos y las miradas discretamente juzgadoras. Sin embargo, mi madre era firme y mi padre protector. Me sumergí en el trabajo remoto con la misma determinación de quien intenta aferrarse a un pedazo de normalidad en medio del caos interno.

La barriga crecía y con ella, el miedo a lo desconocido, a la responsabilidad y al futuro. Sin embargo, también crecía algo

silencioso y poderoso: el amor... sin rostro ni forma, pero que ya habitaba dentro de mí con fuerza.

Entonces, en una madrugada calurosa, entre contracciones desordenadas y suspiros ahogados en la garganta, lo supe: era el momento.

—¡Mamá! —grité desde el cuarto, sintiendo el sudor recorrer mis sienes y todo mi cuerpo temblando.

Ella apareció en la puerta en un segundo, con los ojos bien abiertos y ya vestida, como si estuviera lista para eso desde hacía días.

—Vamos al hospital —dijo con una calma que yo no tenía.

El camino fue corto e infinito al mismo tiempo. El dolor venía en oleadas, cada vez más fuerte, arrastrándome a una tormenta que solo tenía una salida: parir. Grité. Lloré. Apreté la mano de mi madre como si ella fuera mi único lazo con el mundo.

Y horas después, cuando el cansancio ya me pesaba en los huesos y no tenía fuerzas ni para llorar, él llegó.

—Es un niño —dijo la enfermera, con una sonrisa amable, mientras lo colocaba sobre mi pecho.

Miré a ese ser pequeño, arrugado, caliente... y todo dentro de mí se desplomó… Y lloré. No de dolor, ni de arrepentimiento, sino de amor, alivio y asombro.

—Hola, mi amor... —susurré, con la voz quebrada—. Llegaste.

No lloró de inmediato. Respiró profundamente primero, como si también estuviera tratando de entender dónde estaba. Luego soltó un llanto frágil, dulce, que llenó la habitación y mi alma.

En ese instante, algo en mí renació. Aunque el mundo entero me diera la espalda, aunque Emir Arslan jamás supiera lo que perdió... yo sabía que había tomado la decisión correcta, tener a mi hijo... por él, lo haría todo de nuevo.

Los primeros días en casa fueron una mezcla de euforia, agotamiento y silencio. La casa de mis padres parecía otra desde que llegué con él en brazos. Mi madre vivía con los ojos llenos de lágrimas y mi padre pasaba más tiempo en casa que en el campo, como si el mundo entero hubiera decidido proteger a ese pequeño ser.

Elegir su nombre fue fácil. Miré sus ojos oscuros e intensos, tan pequeños y tan profundos, y lo supe: Murat[1].

Murat Kaya. Fuerte, como debía ser. Mi pequeño, solo mío.

Pero la dulce alegría de los primeros días empezó a dar paso a una angustia silenciosa. Algo no estaba bien. Yo lo sentía...

Él dormía demasiado. Lloraba con poca fuerza. Mamaba poco. A veces, su piel parecía demasiado pálida, demasiado fría... Trataba de racionalizar: "es solo cansancio", "es tranquilo", "algunos bebés son así"; sin embargo, en el fondo, algo gritaba dentro de mí.

En la quinta noche, me despertó su llanto, pero era un llanto diferente. Débil, contenido, como si le doliera incluso respirar. Corrí hasta la cuna y lo tomé en brazos, sintiendo su cuerpo demasiado flácido... demasiado caliente.

—¡Mamá! —la llamé, con la voz temblorosa.

En minutos, estábamos en el coche. Mi madre manejaba, y yo lo sostenía contra mi pecho, con los ojos fijos en su boquita entreabierta, respirando entrecortadamente. El hospital de nuestra ciudad era pequeño, pero nos atendieron rápidamente.

La pediatra, que nos recibió, me lanzó una mirada atenta, de esas que no se dan el lujo de ser amables. Tomó a Murat con cuidado, lo examinó en silencio, y luego frunció el ceño. Eso fue suficiente para que me pusiera rígida de inmediato.

—Va a necesitar algunos exámenes, mamá —dijo, con una calma forzada—. Vamos a hacer lo básico ahora, pero... también

quiero investigar algunas cosas más profundas. Su comportamiento no es normal para su edad.

—¿Pero qué puede ser? —Mi voz salió en un susurro sofocado.

—Aún es temprano para decir algo. Pero hay señales... hematológicas. Puede ser solo una deficiencia temporal. O algo genético. Necesito respuestas antes de preocuparte más.

Hematológicos... Genético... Dejé de respirar. Las palabras resonaron en mi mente como el sonido de unos truenos.

Sujeté la manito de Murat con delicadeza, y él entreabrió los ojos. Por un instante, me miró, y había algo ahí, una súplica muda, como si confiara en mí para todo. Y lo hacía, porque solo me tenía a mí.

—Está bien, doctora —murmuré, tragando en seco—. Hagan lo que sea necesario.

Pero dentro de mí, ya se estaba formando una tormenta.



Emir
ARSLAN

Capítulo 14

Las paredes de la sala de reuniones estaban cubiertas por paneles de madera oscura. El sonido amortiguado de la ciudad abajo no llegaba hasta allí. Era como si estuviéramos aislados del mundo, y tal vez fuera mejor así. Lo último que necesitaba era que alguien escuchara el tipo de conversación que se desarrollaba frente a mí.

Tres hombres estaban sentados conmigo. Dos de ellos llevaban trajes demasiado caros para ocultar sus orígenes, y el tercero ni siquiera se preocupaba por parecer respetable. Todos tenían algo en común: conexiones poderosas y ninguna duda en cruzar las líneas que la mayoría teme siquiera tocar.

Galip, siempre a mi lado, mantenía el rostro impasible. Yo confiaba en él. Sabía que guardaría silencio hasta el final. Aunque ese final no fuera exactamente limpio.

—Sabes lo que hay que hacer —dijo el hombre frente a mí, con una sonrisa torcida y un acento del este del país—. Los terrenos

están ahí, los políticos ya fueron pagados. Solo falta tu firma.

Firmé, sin cuestionar ni dudar. Porque así funcionaba el juego.

La Arslan Holding había crecido sobre los escombros de acuerdos sucios, alianzas silenciosas y contratos firmados a la sombra. Lo sabía desde temprano. Sin embargo, en ese momento era diferente, porque mi nombre estaba en las firmas. Yo era quien daba las órdenes y me ensuciaba por las decisiones que mantenían nuestra corona en su lugar.

Caminé de vuelta a mi oficina en el piso de arriba, sintiendo el aire más pesado que antes. Aflojé la corbata, me tiré en la silla de cuero y contemplé la vista de Estambul como si pudiera ofrecerme algún tipo de redención. Sin embargo, no había redención en este mundo, solo decisiones difíciles.

Yo no era un hombre bueno. Nunca me engañé con eso. Pero ejercía un papel necesario.

"Para mantener un imperio limpio, alguien tiene que ensuciarse las manos. Y ese alguien, Emir, eres tú", decía siempre mi padre.

Entonces, hacía lo que tenía que hacer. Aunque, con cada firma nueva, mi alma se alejaba un poco más de lo que un día fui.

Aún así, en el fondo, una voz, débil y molesta, susurraba que todo esto tenía un precio. Y ese precio llegaría, más tarde o más temprano.

Mi padre me llamó a una reunión privada al final de la tarde, en el salón inferior de la mansión Arslan. Siempre que usaba ese ambiente en lugar de la oficina habitual, significaba que el asunto era serio.

Burak Arslan estaba sentado en su sillón favorito, con un vaso de raki en la mano y la mirada fija en la chimenea encendida, a pesar del clima templado de afuera. La luz anaranjada reflejaba en

su rostro austero, acentuando las arrugas de quien no solo vivió el poder, sino que lo moldeó.

—Siéntate, Emir —dijo, sin mirarme.

Obedecí, con el mismo respeto contenido de siempre. Su silencio era calculado, casi ensayado. Un espacio para que yo mismo comenzara a cuestionarme. Una forma de control que dominaba con maestría.

—Me he enterado del trato con los rusos —comentó, finalmente—. Rápido y eficiente.

Asentí, pero no dije nada. Sabía que eso no era lo que quería discutir.

Giró lentamente el vaso en su mano, observando el líquido como si hubiera respuestas allí.

—¿Sabes qué pasa con quien habla de más, Emir?

Las palabras fueron lanzadas al aire con ligereza, pero sentí el peso de ellas golpear mi pecho con la fuerza de un golpe.

—Depende de lo que estén diciendo —respondí, frío.

Él rió, corto y sin humor.

—Lo que digan es irrelevante. El simple hecho de que haya un rumor ya es un riesgo. La gente que habla de más... Atrae la atención. Y la atención es el enemigo del poder.

Me miró fijamente, observándome profundamente. Su mirada era dura y afilada. No era un padre hablando con su hijo. Era el patriarca de la dinastía recordando a su sucesor quién realmente mandaba.

—Tengo tolerancia para los errores, Emir. Pero no para las filtraciones. Cuidar los contratos es tu función y cuidar el silencio, también.

—Ya estoy trabajando en eso —garanticé, sin dudar.

—Perfecto. Porque si no lo estás... —Apoyó la copa en la mesa, inclinándose ligeramente hacia adelante—... tendré que retomar el control, y ya sabes cómo manejo la traición.

No era una amenaza.

Era una sentencia, si fallaba.

Me levanté con calma, manteniendo el tono controlado.

—No será necesario, padre. Nada se me escapa.

Él solo asintió con un gesto lento, como si hubiera movido una pieza en un tablero.

Salí de la sala con los hombros tensos y la mandíbula apretada.

Estaba acostumbrado a la presión. Sin embargo, esa noche me recordó algo que sabía desde niño: en el mundo de los Arslan, la confianza era una ilusión temporal; y el silencio... era una exigencia que costaba demasiado caro.

La noche cayó sobre Estambul como una cortina de humo pesado. Desde el balcón de mi habitación, veía la ciudad palpitando allá abajo, pero nada me conmovía. Ningún sonido, ninguna luz, ninguna promesa de escape.

Encendí un cigarro, un hábito que había dejado años atrás, pero que a veces regresaba cuando todo comenzaba a apretarme por dentro. El humo subía lentamente y yo me perdía en él, como si ese fuera el único movimiento aceptable en mi mundo estático.

La conversación con mi padre se quedó atrapada en la base de mi cráneo, martillando como un recordatorio constante: control, silencio y eficiencia...

Yo era frío. Siempre lo fui. Era parte de mi entrenamiento, de mi función. Demasiados sentimientos eran una debilidad que los Arslan no podíamos permitirnos. Aun así, había un nudo en mi estómago que ni el cigarro podía disolver.

La verdad era que todo estaba empezando a acumularse. Negocios turbios con extranjeros, investigaciones disfrazadas que se acercaban al nombre del holding, información filtrándose por donde menos lo esperaba y, como si no fuera suficiente, su nombre volviendo a la superficie cuando más necesitaba silencio.

Gabriela...

No es que fuera importante. Pero ella era un símbolo de lo que se escapó. De lo que salió del guion y todo lo que sale del guion... regresa para atormentarme.

Volví al interior y me miré en el espejo del pasillo. El traje impecable, la mirada dura, la ausencia total de emoción. Parecía exactamente el hombre que todos esperaban que fuera. Sin embargo, había grietas. Invisibles a los ojos comunes. Podía sentirlas: el peso de la herencia, de la reputación, de la promesa de mantener el imperio en pie… incluso cuando el mundo parecía querer derrumbarse sobre mí.

Podía lidiar con eso. Era para lo que me habían moldeado. Sin embargo, sabía, con absoluta claridad, que no podía equivocarme, porque significaba debilidad. Un error que, en el mundo de los Arslan, era la sentencia de muerte más lenta y silenciosa que existía.

La única salida era seguir siendo quien era: frío, racional e inquebrantable. Aunque, por un instante, todo estuviera a punto de derrumbarse.



Gabriela KAYA

Capítulo 15

La médica me llamó a la sala con una expresión que ya conocía. Ese tipo de mirada que precede a una verdad dolorosa.

Me senté con Murat dormido en mis brazos. Él estaba más frágil que nunca, con los ojitos cerrados y la piel aún demasiado pálida. Le besé la frente con ternura instintiva y esperé.

La médica suspiró, sacó la carpeta de exámenes y me miró con firmeza.

—Gabriela, los resultados confirmaron nuestras sospechas. Murat tiene una condición genética rara. Un trastorno en la sangre.

Mi cuerpo se heló.

—¿Cómo? ¿Trastorno?

—Es una enfermedad crónica, hereditaria, que afecta la producción y calidad de las células sanguíneas. El nombre es complejo —hizo una pausa—, pero lo más importante es que... es tratable.

—¿Tratable? —Mi voz salió temblorosa—. ¿Él se va a poner bien?

Ella asintió lentamente, pero sin la ligereza que yo quería ver en ese gesto.

—Con seguimiento constante, sí. Pero es una condición que requiere tratamiento especializado, exámenes frecuentes, medicamentos caros... y lamentablemente, aquí no tenemos la infraestructura para eso.

Sentí como si el suelo desapareciera bajo mis pies.

—¿Y dónde sí tienen infraestructura?

—En Estambul —respondió, directa—. Un centro de referencia trata exactamente este tipo de casos. Allí podrá recibir el cuidado que necesita, y cuanto antes lo lleves, mejor.

Estambul...

La ciudad que dejé atrás. La ciudad que juré nunca más pisar. El lugar donde Murat fue concebido y rechazado.

Mi primer impulso fue decir que no. Inventar otra solución, cualquiera. Pero miré el rostro sereno de mi hijo. Murat era tan pequeño... tan indefenso y dependía de mí para sobrevivir.

No había elección.

—¿Y si no lo llevo? —pregunté, temblando.

—Los riesgos aumentan. Pueden surgir complicaciones. Gabriela, tu hijo tiene una oportunidad. Sin embargo, está en Estambul.

Respiré hondo, tragando el sabor amargo del recuerdo. No por mí, sino por él.

—Entonces... vamos —susurré, casi como una promesa.

Porque por Murat, yo cruzaría todos los límites de mi orgullo. Incluso el portón de la ciudad que me destruyó.

Pasé toda la noche sentada al borde de la cama, con Murat dormido en mis brazos y la mirada perdida en la pared. El cuarto, que antes me parecía un refugio, ahora se sentía demasiado pequeño para el tamaño de la decisión que debía tomar.

Volver a Estambul.

Solo pensarlo, mi estómago se retorcía. Era más que una ciudad. Era el lugar donde mi dignidad fue arrancada con palabras frías. Donde fui humillada, rechazada, me quisieron comprar con un sobre y me abandonaron con una mirada. Era allí donde estaba todo lo que había luchado por olvidar: incluso él.

Emir...

Cerré los ojos con fuerza al recordar su rostro: sus ojos vacíos, la frialdad calculada y la manera en que me echó como si fuera una molestia descartable. Me había prometido a mí misma que jamás pondría un pie en esa ciudad, que nunca permitiría que mi hijo creciera bajo esa sombra. Sin embargo, Murat respiraba con dificultad, su pulso era débil, su piel fría, y cada pequeño suspiro me recordaba que el tiempo estaba en nuestra contra.

Era él o mi orgullo y ya sabía cuál era la respuesta.

—No vas a morir en mis brazos, hijo —susurré, apretándolo contra mi pecho—. Te llevaré donde sea necesario. Incluso si eso me cuesta todo lo que tengo.

A la mañana siguiente, preparé las maletas con las manos temblorosas. Mi madre lloraba en silencio, pero no intentó detenerme. Mi padre solo me abrazó fuerte y me dijo: *haz lo que sea necesario.*

Tomé el tren con Murat envuelto en una manta, dormido contra mi pecho. A cada estación que dejábamos atrás, mi corazón pesaba más. Como si me estuviera llevando directamente de regreso al campo de batalla. Eso era lo que estaba pasando. Volvía al enemigo. Al hombre que negó la sangre de su propio hijo.

Pero no volvía por él.

Por Murat, enfrentaría a Emir Arslan una vez más. Aunque fuera para escuchar el mismo desprecio. Aunque doliera todo de nuevo.

El tren llegó a la estación central de Estambul al final de la tarde, rodeado del caos característico de la ciudad: bocinas, pasos apresurados, voces mezcladas en varios idiomas. Pero dentro de mí solo había silencio. Un vacío emocional que me mantenía en movimiento automático.

Sujeté a Murat firmemente en mis brazos mientras cruzaba la plataforma. Sus ojos estaban cerrados, su respiración era regular, pero su rostro pálido me recordaba en todo momento por qué estaba allí.

Debía mantener distancia. Estar en Estambul no significaba rendirme. Significaba luchar.

Tomé un taxi y le pedí al conductor que me llevara al barrio de *Küçükçekmece*, en la parte occidental de la ciudad. Estaba lejos del centro financiero, de las cámaras, de la élite que rodeaba a la familia Arslan. Allí vivía Yasmin, mi prima por parte de madre, más amiga de la infancia que pariente, alguien que no formaba parte de mi vida desde los tiempos del colegio.

Derya siempre fue una buena amiga, pero vivía rodeada de un mundo al que yo nunca había pertenecido y, más que nunca, quería mantenerme alejada.

Yasmin me recibió con los ojos bien abiertos y un abrazo tan largo que no pudo ocultar el susto.

—Dios mío, Gabi... ¡tienes un bebé! —exclamó, todavía en shock—. No lo puedo creer. Cuando me mandaste el mensaje, pensé que solo vendrías de visita.

—No podía contarlo todo. Aún no puedo —suspiré, cansada—. Necesito quedarme aquí un tiempo. Solo hasta que resuelva el

tratamiento de él.

No hizo preguntas. Solo asintió y abrió la puerta del pequeño apartamento como si fuera mío desde siempre.

El lugar era simple, pero limpio y acogedor. Una sala pequeña, un sofá improvisado como cama, cocina integrada y un cuarto dividido por una cortina. Era más que suficiente.

Puse a Murat en el colchón con cuidado. Aún dormía, pero su respiración parecía demasiado débil para dejarme tranquila. Cada uno de sus suspiros era un recordatorio: el tiempo se estaba agotando.

Yasmin preparó un té y lo trajo para mí, sentándose a mi lado en el sofá, mientras yo le contaba todo lo que había sucedido.

—¿Vas a buscarlo? —preguntó, sin mencionar su nombre.

Tardé en responder. Sostuve la taza con ambas manos, sintiendo el calor que se esparcía por mis dedos, tratando de encontrar dentro de mí una certeza que no existía.

—No quiero que sepa que estoy aquí. No quiero nada de él.

Yasmin asintió, comprendiendo lo que no podía decir en voz alta.

Volver a Estambul era una guerra silenciosa y, por ahora, debía mantener mis armas guardadas.

No estaba allí para confrontar a Emir Arslan, solo quería salvar a mi hijo.



Emir
ARSLAN

Capítulo 16

Los informes estaban en orden, al menos en el papel. Sin embargo, algo no tenía sentido.

Desde la última reunión con los inversionistas europeos, empezaron a ocurrir movimientos extraños. Contratos que debían permanecer confidenciales estaban siendo cuestionados en lugares donde nunca debían llegar. Propuestas competidoras, con detalles que solo un grupo selecto dentro de la empresa podía conocer, estaban apareciendo como si fueran copias exactas de nuestros proyectos.

Conocía ese tipo de cuestiones: filtraciones.

Estaba sentado en mi oficina, girando lentamente un bolígrafo entre los dedos, con los ojos fijos en una hoja de cálculo en la pantalla, pero mi mente estaba bastante lejos. Galip entró sin golpear, como siempre lo hacía cuando el asunto era serio.

—Tenemos un problema —dijo, directo al grano, como me gustaba.

—Ya lo he notado —respondí, levantando la mirada—. Alguien de adentro está informando a las autoridades. Y tal vez también a nuestros competidores.

Asintió, entregándome un expediente delgado con documentos impresos.

—Los inspectores vinieron esta mañana a visitar los depósitos en la zona portuaria. Sin aviso ni orden judicial formal, pero con una seguridad jurídica que indica... información precisa.

—Interna —completé por él, tomando el expediente y hojeando los papeles.

No era la primera vez que alguien intentaba derribar a los Arslan desde dentro. Sin embargo, esta vez era diferente. Era calculado y estratégico. Quienquiera que estuviera detrás de esto conocía la estructura de la empresa. Sabía dónde golpear.

—¿Ya tenemos una lista de sospechosos? —pregunté.

—Cinco nombres. Dos del área legal, uno de contabilidad, y... uno del consejo —respondió Galip, sin dudar—. Estoy monitoreando a todos, discretamente.

Asentí lentamente, sintiendo cómo la ira comenzaba a hervir bajo la superficie de mi piel. Alguien se atrevía a traicionarme y poner en riesgo la Arslan Holding, mi reputación. Eso no era solo una afrenta, era un error fatal.

—Quiero acceso a todo. Celulares, correos electrónicos, cámaras internas. Si es necesario, paga discretamente a los guardias de seguridad informática. Nadie saldrá impune de esto, Galip.

—Entendido.

Me quedé en silencio unos instantes después de que él saliera. La oficina, normalmente tranquila, parecía más opresiva que

nunca. Confiaba en pocos, pero incluso entre esos pocos, sabía que la lealtad era un recurso que se podía comprar o romper.

Mi padre siempre decía:

"Quien nos derriba nunca viene de fuera. El enemigo usa traje y se sienta a la mesa contigo".

Estaba decidido a descubrir quién era ese enemigo, antes de que me destruyera. Porque si había algo que nunca acepté... era ser traicionado.

Minutos después, Galip regresó a la sala, esta vez con pasos más cautelosos. Cerró la puerta detrás de sí, como hacía siempre cuando el asunto era demasiado sensible para resonar por los pasillos de Arslan Holding.

—Hay algo más —dijo, con voz baja, casi como si no quisiera decírmelo.

Levanté lentamente la mirada. Ya conocía ese tono y rara vez venía con buenas noticias.

—¡Habla!

Él dudó un segundo antes de continuar.

—Uno de nuestros informantes en el sector hospitalario de la ciudad... se puso en contacto. Dijo que vio un nombre en el sistema de consultas médicas que llamó la atención: Gabriela Kaya.

El nombre me cayó sobre el estómago como una piedra.

No reaccioné de inmediato. Solo permanecí en silencio, como un bloque de hielo a punto de romperse. Luego me recosté en la silla y dejé escapar el aire lentamente.

—¿Estás seguro? —pregunté, con el tono frío de siempre.

—Sí. Ella hizo consultas pediátricas en el sistema de uno de los centros médicos especializados. —Galip me observaba con atención, pero sin juicio—. No está alojada en un hotel. La dirección

registrada es de un barrio periférico. Probablemente está en casa de un conocido.

Poco a poco, las piezas empezaron a encajar.

Ella había regresado y realmente había tenido un bebé que podría ser mío...

—Descúbrelo todo —ordené, levantándome—. ¿Quién la está hospedando? ¿En qué hospital? ¿Está el niño enfermo? Y, lo más importante... ¿Tiene intención de aparecer?

Galip asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Discretamente —repetí, con tono firme—. Nadie puede saber que estamos investigando esto. Ni siquiera mi padre.

—¿Quiere que nos pongamos en contacto con ella?

—Aún no —respondí con una mirada aguda—. Quiero entender por qué regresó. Y qué es lo que quiere. Si es lo que estoy pensando, yo mismo decidiré cómo manejarlo.

Él se retiró sin decir nada más.

Volví a sentarme. Pero esta vez, no pude concentrarme en ningún informe o número. Su nombre seguía retumbando entre las frases.

Gabriela...

Había regresado a mi ciudad. Había entrado en mi territorio, en mis rutas... y, de alguna manera, ella había tocado algo que yo había enterrado con todas mis fuerzas.



Gabriela KAYA

Capítulo 17

Estambul nunca me pareció tan grande.

Caminar por las calles de la ciudad con Murat en mis brazos era como cargar todo el mundo contra mi pecho. Él estaba más tranquilo ese día, pero su piel seguía pálida, sus ojitos hundidos y su llanto… era cada vez más débil.

La consulta en el hospital público había sido programada con días de anticipación. Estaba cansada, pero decidida. Llevé todos los exámenes del pueblo, el informe de la pediatra y el diagnóstico preliminar. En el fondo, creía que alguien miraría todo eso y me diría: *vamos a ocuparnos de él.*

Pero no fue así.

La sala de espera era un mar de gente. Madres exhaustas, niños tosiendo, empleados corriendo de un lado a otro. Cuando finalmente me llamaron, me condujeron a una salita pequeña, donde

una médica joven y ocupada hojeó los papeles sin mirarme realmente a los ojos.

—Esto es muy específico, señora Kaya —dijo, después de unos minutos—. En este sector no disponemos de recursos para este tipo de seguimiento constante. Necesitamos autorización para derivar el caso a un centro especializado.

—¿Y cómo consigo eso? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Debe presentar una solicitud formal al sistema de salud nacional y eso lleva tiempo. Además, hay una lista de espera… y, lamentablemente, la prioridad se le da a los residentes de la capital.

—¡Yo soy residente temporal! —argumenté—. Estoy hospedada con mi prima. Puedo comprobarlo.

—Aun así, hay criterios —respondió, ya preparándose para despedirme—. Y el tratamiento es extremadamente caro, incluso para los pacientes atendidos parcialmente por el sistema público. Algunos procedimientos no están cubiertos.

—Yo... no tengo ese dinero ahora. —Mi voz falló.

Me lanzó una mirada rápida, ya cansada de lidiar con historias como la mía.

—Entonces quizás deba buscar ayuda en instituciones filantrópicas. O considerar buscar apoyo jurídico para agilizar el proceso.

Me levanté lentamente, con Murat aún dormido en mis brazos. La sensación era de derrota, de impotencia. Salí del consultorio con las piernas pesadas y el pecho comprimido. En la recepción, intenté una vez más hablar con alguien. Me dieron papeles, orientaciones vagas, un correo electrónico para intentar pedir una evaluación con el médico principal del área.

Todo era oscuro. Lento. Lejano.

Mientras tanto, mi hijo empeoraba día tras día.

Salí del hospital bajo el cielo nublado, sintiendo el peso de la ciudad sobre mí como una sentencia. Murat necesitaba ayuda. Pero sin nombre, sin dinero, sin influencia… nadie me escuchaba… ni le importaba.

La necesidad de gritar era tan grande como la desesperación que se acumulaba en mi garganta.

Por más que odiara la idea… sabía que había alguien que podía abrir todas esas puertas con un chasquido de dedos.

Pero él también era la misma persona que me echó de su vida con el mismo gesto.

Aún no sabía qué dolía más: depender de él… o dejar a mi hijo en manos de un sistema que no veía rostros, solo influencia y dinero.

Volví al apartamento de Yasmin en silencio. Ella me esperaba con té caliente y ojos llenos de preocupación, pero no necesité decir nada. La manera en que cerré la puerta ya era suficiente.

Me senté en el sofá con Murat aún en mis brazos. Había dormido todo el tiempo, con su carita demasiado tranquila para ser saludable. La calma antes del empeoramiento… sabía reconocerla.

—¿Te dijeron que no? —preguntó Yasmin, sentándose a mi lado.

Asentí, mirando al vacío.

—Dijeron "tal vez". Dijeron "vamos a ver". Me dieron un papel y un número de protocolo. Mientras tanto… —Miré a mi hijo y tragué en seco—. Está empeorando.

Ella guardó silencio, pero la pregunta estaba ahí, en sus ojos. Aquella que yo misma había estado sofocando desde el momento en que pisé Estambul.

¿Y su padre?

La simple idea me causaba náuseas.

Pensé en Emir. En su rostro cuando le conté sobre el embarazo. En la frialdad, en el desprecio y, lo peor, en ese sobre con dinero.

No era un hombre confiable. No era alguien a quien quisiera cerca de mi hijo. No era… seguro. No emocionalmente, ni moralmente. *¿Qué sabía de él?* Solo lo suficiente para nunca más querer saber nada.

Pero él era el padre.

Y más que eso… era un Arslan. Un nombre que abría puertas. Que hacía que los médicos devolvieran las llamadas. Que hacía desaparecer listas de espera. Que podía salvar a Murat en días, quizás en horas.

Me odiaba por considerar esa posibilidad. Me odiaba por recordar sus caricias, la forma en que hablaba y cómo, por un momento, creí que había más que deseo en sus ojos.

—¿Estás pensando en buscarlo? —preguntó Yasmin con cautela.

Tardé en responder.

—No sé. Yo… no sé si puedo enfrentarlo de nuevo. No después de todo. No después de lo que hizo. Me fui por sobrevivencia, Yasmin. Ahora parece que la única forma de salvar a mi hijo es volver al mismo lugar que casi me destruye.

—Pero ahora no es por ti. —Su voz era baja, pero firme—. Es por Murat.

Respiré hondo, sintiendo que el nudo en mi garganta amenazaba con desbordarse.

Sí, era por él… Tal vez, por mi bebé, necesitaba hacer lo que más temía: mirar a Emir Arslan a los ojos… y pedir ayuda.

La noche llegó pesada, sofocante. Murat dormía, pero su sueño era inquieto. La respiración era corta, su cuerpo estaba más caliente de lo que debía. La fiebre volvía en ciclos silenciosos, como si me recordara que el tiempo se agotaba.

Estuve sentada en la cocina con Yasmin, con el vapor del té subiendo entre nosotras. Ya no podía saborear nada.

—Sabes que no puedes esperar mucho más —dijo ella, sin rodeos—. Necesitas acceso. Alguien que te meta ahí dentro.

Asentí, exhausta.

—Pensé en… Emir. —Decir su nombre aún dolía—. Pero no es confiable. No puedo confiar en él con lo que más importa en mi vida.

Yasmin me miró por unos segundos, luego apoyó los codos sobre la mesa y dijo algo, bajito.

—Entonces tal vez deberías intentar con su padre.

La idea me golpeó de lleno.

—¿Burak Arslan? —Casi me reí, nerviosa—. Estás bromeando. Es el alcalde de Estambul. El hombre más inaccesible de esta ciudad y aún más peligroso que su hijo.

—Precisamente por eso —respondió ella, seria—. Tiene poder. Mucho más que Emir. Si hay alguien que puede abrir todas las puertas, es él.

—Yasmin… —empecé, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera sabe que Murat existe. No quiero involucrar a esa familia. Sabes lo que son los Arslan y lo que pueden hacer.

—Entonces inventa algo —dijo Yasmin, con los ojos brillando, casi desafiantes—. Finge que eres periodista. Escribe la historia de Murat. Cuenta sobre la enfermedad, sobre el drama real de una madre tratando de salvar a su hijo. Publícala. Dale visibilidad.

—¿Quieres que exponga esto públicamente?

—Quiero que hagas lo que sabes hacer. Escribir. Denunciar. Tocar donde duele. Y si quieres ir más lejos… —Hizo una pausa corta —... Cuéntales a todos que el padre del bebé es un hombre poderoso. Alguien influyente que no quiere asumir. Sin nombre. Sin apellido. Pero con impacto suficiente para llamar la atención de todo el círculo.

Me quedé en silencio, absorbiendo lo que decía con un nudo apretado en la garganta.

—Los Arslan querrán enterrar esta historia —murmuré, ya visualizando los bastidores de la familia, la frialdad con la que resuelven cualquier problema que amenace su nombre—. No se conmoverán, Yasmin. Intentarán callarme. Harán que esto desaparezca.

—Y es por eso que funcionará —respondió ella—. Porque no quieren escándalos y cuanto más cerca llegues de la verdad, más rápido intentarán resolverlo. No necesitas su compasión. Necesitas que reaccionen.

Mi corazón latía rápido y no era miedo. Era algo más complejo. El inicio de un plan. El hilo delgado entre desesperación y valentía.

—Yo… no sé —dije, apretando la taza entre las manos—. No sé si puedo exponerme así de nuevo. Si puedo hacer esto con Murat en medio…

—Gabriela —Yasmin tocó mi mano con firmeza—. No lo haces por venganza. Lo haces por él. Porque el tiempo se acaba y tú eres la única persona que puede gritar por él ahora.

Solo asentí, en silencio.

Horas después, la casa estaba en silencio. Yasmin dormía. Murat respiraba entrecortado, pero aún dormía con la carita cansada y febril. Me senté al lado de su improvisada cuna, observándolo por un rato, hasta que sentí el impulso de levantarme.

Me levanté despacio, descalza, y fui hasta la computadora vieja en la mesa del rincón. Encendí la pantalla, esperé a que el sistema se pudiera usar y abrí un nuevo archivo en blanco.

Las manos quedaron suspendidas sobre el teclado por unos segundos. Luego comencé… Las palabras dolían, pero la verdad tenía que doler para ser escuchada.

Si ellos querían silencio, tendrían que comprarlo con lo que más me importaba: la vida de mi hijo.



Capítulo 18

El celular comenzó a vibrar incluso antes de que saliera el sol. Una, dos, tres notificaciones. Luego, llamadas perdidas. Primero Galip. Luego uno de los asesores de prensa del conglomerado. Y después... mi padre.

Me senté en la cama, todavía algo aturdido, y desbloqueé la pantalla. Lo primero que vi fue el enlace de un artículo replicado en decenas de sitios de noticias locales y perfiles influyentes en redes sociales.

"Madre lucha para salvar a hijo con enfermedad rara después de ser abandonado por hombre influyente de Estambul".

Una joven madre denuncia el desdén y revela su lucha para conseguir tratamiento para su bebé, mientras que el

padre, una figura influyente de la élite de Estambul, ignora la existencia del niño.

Hice clic.

El artículo era largo, absorbente. Escrito con dolor y precisión quirúrgica. La narrativa estaba bien estructurada. La madre era anónima. El hijo con una condición genética rara. La peregrinación por los hospitales... Las puertas cerradas. La frialdad de un padre poderoso. Sin nombres ni pruebas. Pero... yo sabía. Esa madre era Gabriela.

El artículo no lo decía directamente. Pero dejaba pistas. Suficientes para que los buitres comenzaran a olfatear... y eso fue lo que pasó.

En los comentarios había especulaciones, teorías, personas revisando redes sociales, sugiriendo nombres de empresarios, políticos, herederos de grandes familias... Los Arslan aparecían entre las primeras sugerencias. Las conexiones se estaban haciendo a una velocidad aterradora.

La respiración me comenzó a pesar. Me levanté y caminé hacia la ventana, observando Estambul amanecer con la misma indiferencia de siempre. Sin embargo, yo sabía: las sombras se estaban moviendo.

El artículo no solo amenazaba mi imagen. Afectaba directamente a mi padre, el alcalde de Estambul. El hombre que construyó su carrera sobre un discurso de valores familiares, honor y deber.

Un escándalo como este podría arruinarlo todo.

—Tener un hijo ilegítimo es una cosa. Pero un hijo enfermo y abandonado... —murmuré para mí mismo, sintiendo cómo la presión en el pecho aumentaba.

Tomé el teléfono. Llamé a Galip.

—¿Ya lo leíste? —pregunté.

—Sí —respondió inmediatamente, con la voz tensa—. Y ella publicó eso como una civil, no como periodista. Es personal y se ha vuelto viral. Está en los grupos de prensa independiente, en los canales locales... Va a escalar.

—Necesito información. ¿Dónde está? ¿Quién la ayudó? ¿Quién editó esta mierda?

—Ya la estoy rastreando. Pero Emir... si ella va hasta tu padre con esto... o si alguien entrega pruebas a la prensa...

No necesité que lo terminara de decir. Sabía lo que venía después.

Un escándalo de proporciones catastróficas, que no solo me afectaría a mí, sino a toda la familia.

Gabriela acababa de declarar la guerra y yo... no sabía si podría mantener el control por mucho más tiempo.

Caminé hasta el escritorio improvisado en mi departamento, pasé los dedos por la madera pulida y respiré hondo. La nota seguía resonando en mi mente como una campana sonando sin parar: pesada, precisa y destructora.

Tomé el teléfono de nuevo y hablé con voz baja y firme.

—Galip... resuelve esto. Ahora.

—¿Quieres que retiremos el artículo? —preguntó, ya anticipando los siguientes pasos.

—Todo. El artículo, los compartidos, el perfil de quién subió esto a los portales. Rastrea el IP, presiona a las plataformas, compra los canales, si es necesario. Pero no quiero ni una palabra más de esa mujer circulando por ahí.

—Entendido —respondió sin vacilar—. ¿Y ella?

Cerré los ojos por un segundo. La imagen de Gabriela escribiendo ese texto... el bebé en brazos, me golpeó con fuerza.

Parte de mí reconocía la valentía... la otra, veía una osadía imperdonable.

—Tendremos que hacer que se calle —respondí, apretando los dientes—. Antes de eso quiero todo. Dirección, rutina, quién está pagando la estadía. Si hay alguien detrás, lo descubriremos.

—¿Y tu padre?

—Aún no. No hasta que tengamos el control de la situación. Si él se entera antes de que tengamos una respuesta, perderé mucho más que la reputación.

Hubo un segundo de silencio al otro lado de la línea. Galip sabía que no se trataba solo de política. Era sobre poder y legado.

—Está bien. Ya me encargo.

Colgué y tiré el celular sobre la mesa.

El sabor metálico de la rabia estaba en mi lengua. La sensación de que algo se me escapaba entre los dedos era insoportable. Siempre tuve el control. Aprendí desde muy joven cómo callar, borrar, retroceder y dominar. Pero Gabriela... Ella sabía dónde golpearme. Y lo peor... Me estaba obligando a reaccionar.

Ella no tenía idea de lo que yo era capaz de hacer para proteger el nombre Arslan y todo lo que representaba.



Gabriela KAYA

Capítulo 19

El silencio en el apartamento de Yasmin era engañoso. Murat dormía en la pequeña cuna improvisada en un rincón de la sala, con el rostro aún pálido, con los bracitos frágiles sobre la manta ligera. Yo me sentía como una bomba a punto de explotar. Por dentro, todo palpitaba en un ritmo descompasado.

El artículo había salido esa madrugada. Ni siquiera lo había compartido. No fue necesario. En pocas horas, los portales lo replicaron, los perfiles grandes lo difundieron, y el texto cobró vida propia.

"Madre lucha para salvar a hijo con enfermedad rara después de ser abandonado por hombre influyente de Estambul".

Leí ese título una y otra vez. Y, aunque no mencionaba nombres, aunque no había un rostro... el impacto era real.

Me sentía desnuda.

Yasmin leía los comentarios, los compartidos, las suposiciones. Yo prefería mantenerme distante. El texto fue un acto de desesperación. Un grito. Sin embargo, en ese instante, ya estaba fuera de mí, circulando por el mundo, y ya no tenía control sobre él.

Hasta que alguien tocó la puerta.

Tres golpes firmes y calculados.

Yasmin intercambió una mirada tensa conmigo. No eran los vecinos. Ni repartidores.

—Quédate con Murat —murmuré, y fui hacia la puerta con el corazón acelerado.

Abrí despacio y mi cuerpo se congeló.

¡Era él!

El mismo hombre que casi un año atrás me ofreció un sobre lleno de dinero para desaparecer de la vida de Emir Arslan. La misma mirada impasible. El mismo traje oscuro y el tono pulido de amenaza velada.

—Gabriela Kaya —dijo, como si nos estuviéramos conociendo por primera vez.

—Te recuerdo —respondí con frialdad—. ¿Sigues haciendo el trabajo sucio de Emir?

Ni siquiera parpadeó.

—Vine a resolver esta situación. El señor Arslan quiere actuar... con discreción. La pregunta es: ¿qué quieres para que todo esto desaparezca?

Cruce los brazos, firme, aunque mis manos temblaban por dentro.

—¿Crees que esto es una negociación?

—Gabriela —dijo mi nombre como si ya supiera cómo iba a terminar esa conversación—, todos los problemas tienen un costo. Estoy aquí para escuchar el tuyo.

—No quiero dinero. Nunca lo quise. —Mi voz salió baja, pero firme—. Quiero tratamiento. Quiero a mi hijo vivo. Solo eso.

Me analizó durante unos segundos. Como si estuviera calculando riesgos, variables, margen de maniobra.

—Si conseguimos el tratamiento completo —dijo—, con médicos particulares, estructura y toda la asistencia, ¿estás dispuesta a retirar el texto?

—Con una condición —agregué—. Que el nombre de los Arslan no esté involucrado en nada, y que nadie, nunca, intente arrebatarme a mi hijo.

Asintió lentamente.

—Entendido. Transmitiré la propuesta. Tendrás una respuesta pronto.

—Y recuérdale a tu patrón —dije, antes de cerrar la puerta— que su tiempo vale mucho... pero el de mi hijo vale una vida entera.

Cerré lentamente, sintiendo el corazón latir como un tambor en el pecho.

Yasmin se acercó en silencio.

—Era el mismo hombre, ¿verdad?

Asentí.

—El mismo. Pero ahora… es él quien me pide algo.

Eso lo cambiaba todo.

La presencia de ese hombre, su mirada vacía, me hacía recordar todo por lo que luché para olvidar: el rechazo, el desprecio,

el sobre de dinero... pero, esta vez, había algo diferente, estaban a la defensiva.

Caminé de nuevo hacia Murat, que se movía en la cuna improvisada, con los párpados delicados temblando, el rostro húmedo de sudor. La fiebre seguía en olas silenciosas. Sin embargo, respiraba... lento, pero vivo.

Me arrodillé a su lado y acaricié con los dedos su frente húmeda, apartando un fino mechón de su cabello. Mi pecho se apretó.

—Vas a tener una oportunidad, mi amor —susurré—. Mamá lo consiguió.

Un alivio amargo recorrió mi interior. Aún no había ganado nada. No había seguridad. Pero había abierto una grieta en la armadura impenetrable de los Arslan. Para una madre desesperada, una posibilidad era más de lo que tenía antes.

Permanecí allí por largos minutos, solo observando a mi hijo respirar. Sintiendo el ritmo suave de sus pulmones. Imaginando cómo sería verlo correr, reír, crecer... vivir.

Por él, enfrentaría todo. Iría a la prensa, recorrería la ciudad y bajaría al mismo infierno, si fuera necesario... y sí, perseguiría hasta a los Arslan.

Si pensaban que podían controlar la narrativa, borrar mi existencia, esconder a un hijo que lleva su sangre… estaban a punto de descubrir el error que cometieron al subestimarme.

Porque pude haber huido de Estambul una vez, pero... regresé. Y por Murat, no daría un paso atrás. Nunca más.



Emir
ARSLAN

Capítulo 20

El jardín trasero de la mansión siempre fue el único lugar donde podía respirar sin sentir el peso del apellido. Los árboles bien cuidados, el sonido del agua de la fuente central, la simetría de las flores cultivadas por jardineros entrenados en absoluto silencio... Todo allí parecía estar bajo control.

A diferencia de mí.

Estaba sentado en uno de los bancos de mármol cuando Galip apareció por el camino de piedras, impecable como siempre, y su traje oscuro desentonaba con el verde a su alrededor. No necesitó decir nada. Ya sabía que venía con novedades.

Se detuvo frente a mí, sin ceremonias.

—Habla —murmuré, pasando una mano por mi cabello, tenso.

—Ella no quiere dinero —dijo Galip, cruzando los brazos—. Solo quiere que el bebé reciba tratamiento completo. Médicos, soporte, estructura. Sin involucramiento público de la familia. Sin el nombre Arslan vinculado a nada.

Asentí, mirando fijamente al suelo. Me lo esperaba.

—¿Y el artículo?

—Ella aún no lo ha retirado, pero dejó claro que está dispuesta a negociar. Siempre y cuando el niño tenga lo que necesita —Galip hizo una pausa—. El niño está enfermo, Emir. Es grave. Los informes médicos coinciden con la condición genética que ella describió. Si no consigue ayuda pronto, el riesgo aumenta.

Permanecí en silencio por un momento, el viento frío pasaba entre las hojas. El peso de la palabra "hijo" todavía sonaba surreal.

—¿Y el escándalo? —pregunté, finalmente.

—Sigue contenido. Los grandes medios no se han movido —respondió—. Pero los portales pequeños y los blogs locales están empezando a hacer ruido. Algunos nombres ya han sido mencionados en los foros. El tuyo está entre ellos. Y el de tu padre... es solo cuestión de tiempo hasta que alguien haga la conexión.

Cerré los ojos y respiré profundamente, contando hasta cinco.

Burak Arslan no podía saber esto ahora. Estaba en campaña, y cualquier escándalo personal involucrando a un hijo ilegítimo, especialmente uno enfermo, abandonado públicamente... sería una sentencia política. Una grieta en el trono.

—Nos encargaremos del niño —dije, con mi voz firme, sin espacio para discusión—. Contraten a los médicos. Llévenlo a una clínica privada. Pero mantengan la historia alejada de nuestros canales. Si ella intenta exponer más... siléncienla. Con un acuerdo. Con un contrato. Nada de violencia.

Galip asintió.

—¿Quieres verlo?

Me quedé en silencio.

Por un instante, imaginé su rostro. Pequeño... frágil. Tan inocente de todo esto. Un error que respiraba. Una consecuencia con nombre y fiebre.

Era, al menos... complicado.

—Aún no —respondí al fin—. Primero, quiero que ella entienda quién tiene el control.

Galip asintió nuevamente y se retiró.

Me quedé allí, rodeado de rosas y silencio, pensando en lo que significaba tener un hijo que el mundo empezaba a ver antes que yo.

Si Gabriela pensaba que exponerme me debilitaría, no conocía al verdadero Arslan que ella había desafiado.

Volví a entrar en la mansión sintiendo el peso del día en la espalda. Las altas ventanas filtraban la luz del atardecer, proyectando largas sombras por los pasillos. Todo allí era impecable: los muebles, las alfombras, los cuadros alineados con perfección, pero ninguna orden estética podía arreglar el caos que comenzaba a acumularse dentro de mí.

Estaba subiendo las escaleras cuando escuché la voz de una de mis hermanas.

—¿Qué estás tramando esta vez, Emir?

Mirelle... La más joven de los Arslan. La lengua más afilada de la casa.

Bajaba los escalones con la gracia de quien sabía que estaba en el centro de su propio universo. Llevaba pantalones de sastre blancos y una blusa de seda azul clara, con el celular en una mano y una mirada curiosa clavada en mí.

—Crucé a Galip hace un rato —continuó, con una sonrisa burlona—. Y cuando él aparece con esa cara de quien va a apagar un incendio, es porque el fuego ya empezó. ¿Quién es la infeliz esta vez?

Me detuve en medio de la escalera, giré lentamente el rostro y la miré.

—No es asunto tuyo.

—Ah, claro que sí —respondió, con ese tono provocador que siempre me sacaba de quicio—. Todo lo que haces acaba afectando a todos. ¿De verdad crees que nuestro apellido aguanta otra de tus "distracciones"?

—Mirelle —murmuré, acercándome hasta quedar frente a ella —, cállate.

Ella levantó una ceja, sorprendida por la dureza de mi respuesta, pero no retrocedió.

—¿Vas a amenazarme ahora?

—No. Solo te estoy recordando tu lugar. Mantente al margen. Lo que yo haga, con quién lo haga y cómo lo resuelva… no es de tu incumbencia. —Mi tono fue bajo, áspero. Lo suficientemente frío como para cortar.

Por un segundo, el silencio pesó entre nosotros. Ella me miró como si esperara más. Como si buscara grietas en mi postura, pero lo único que encontró fue una piedra.

—Un día, Emir, el castillo va a caer —susurró, antes de seguir bajando, haciendo que sus tacones resonaran en los escalones de mármol.

Me quedé ahí, observando mientras se alejaba con ese caminar arrogante de siempre. Pero sus palabras, por más afiladas que fueran, no me atravesaban.

El castillo no va a caer.

No mientras yo sea el último en mantenerlo en pie. Y nadie, ni Mirelle, ni Gabriela, me va a sacar de este lugar.

Subí a mi cuarto, donde la noche cayó con una lentitud agotadora. La habitación estaba oscura, y la única luz provenía de la lámpara de mesa junto a la cama, proyectando un brillo amarillento sobre el techo.

Me quedé acostado, aún vestido, mirando el vacío como si pudiera darme alguna respuesta. Sin embargo, todo lo que tenía eran preguntas que no quería hacer.

Cerré los ojos y traté de pensar en otra cosa... en cualquier cosa: los negocios, la reunión con los libaneses la próxima semana, el contrato de las obras del nuevo centro logístico, las exigencias políticas de mi padre, Mirelle y sus provocaciones vacías... pero nada encajaba. Todo volvía al mismo punto:

Un hijo...

Mi hijo.

El pensamiento me irritaba profundamente. No por él en sí, sino por lo que representaba: un lazo, una vulnerabilidad, una falla en el control que había construido con tanto cuidado.

Siempre vi a los hijos como herramientas de sucesión. Legados calculados. Herederos creados dentro de la estructura, no fuera de ella. En ese momento, había un bebé, enfermo, vulnerable, con mi sangre... fruto de una noche que nunca quise recordar.

¿Y lo peor?

Parte de mí creía en ella.

Gabriela nunca fue tonta. Nunca fue débil. Si tuviera motivos para inventar esto, habría hecho ruido desde el principio. Habría gritado mi nombre. Me habría destruido con la exposición, pero ella se quedó en silencio todo lo que pudo. Hasta que su hijo, *mi hijo*, estuvo en peligro.

Me giré de lado, golpeando la almohada con frustración. Mi cuerpo entero estaba tenso, como si hasta el colchón tratara de asfixiarme. No quería esto... pero el problema lo tenía delante de las narices.



Gabriela KAYA

Capítulo 21

El sol apenas había salido cuando la bocina sonó abajo. Ya estaba despierta, pues Murat había pasado la noche con fiebre, lloriqueando cada hora. Cada suspiro suyo era como una cuchillada en mi pecho.

Yasmin vino hacia mí, dudosa, con una mirada que decía más que mil palabras. Fui hacia la ventana y lo vi... el mismo hombre.

Traje oscuro, expresión seria y... un coche oficial negro, discreto, estacionado frente al edificio. No era un chofer cualquiera, ese era el secuaz de Emir. El mismo de antes. El encargado de limpiar el desastre.

Tomé a Murat, ya vestido y envuelto en una manta azul clara, y bajé.

El tipo abrió la puerta del coche para mí.

—Buenos días, señora Kaya —dijo, como si estuviéramos en un protocolo diplomático.

—¿Ahora merezco trato formal? —murmuré, mientras me acomodaba en el asiento con Murat en brazos.

Él ignoró la provocación y entró por el otro lado.

—Mi nombre es Galip —dijo, finalmente—. Soy asistente personal del señor Emir Arslan.

Asentí una vez. No dije nada. Ya sabía, desde el primer encuentro, que él era más que un simple empleado.

—Los llevaremos a una clínica privada. Todo está preparado. El nombre de Murat ya está registrado como paciente prioritario. El tratamiento comienza hoy.

La garganta se me apretó. Debiera haber sentido alivio, pero en cambio fui inundada por inseguridad.

—¿Por qué ahora? —pregunté, sin mirarlo—. ¿Por qué este cambio?

—Porque las decisiones correctas, lamentablemente, a veces solo vienen con el riesgo de un escándalo —respondió con una honestidad seca—. Pero usted fue inteligente y debe entender que, para la familia Arslan, preservar la estructura es lo primero. Y su hijo... ahora forma parte de eso.

—Él no forma parte de nada que no sea mío. —Mi voz salió baja, pero firme.

Galip no discutió. Solo asintió con la cabeza, como quien anota una objeción para transmitir a su superior.

El trayecto fue silencioso. El tráfico comenzaba a tomar ritmo, pero el coche parecía deslizarse fuera de la ciudad. Cuando giramos por un camino flanqueado por cipreses, vi el portón de hierro abriéndose para revelar un edificio blanco, moderno y discreto. No

había ninguna placa visible. Nada que delatara la importancia del lugar.

Galip bajó primero y abrió la puerta para mí.

—Usted será acompañada por un equipo exclusivo. Ningún nombre estará asociado a la clínica ni al expediente médico. Todo se hará de forma estrictamente confidencial.

Apreté a Murat contra mi pecho y respiré profundo.

—¿Y Emir? ¿Él aparecerá?

Galip me miró a los ojos por primera vez esa mañana.

—Si él aparece será por decisión propia. Pero el tratamiento de su hijo no depende de eso.

Asentí en silencio.

Di el primer paso para salir del coche.

El suelo era firme y la estructura era imponente, pero lo único que importaba era el cuerpo caliente en mis brazos.

Murat tendría una oportunidad y por eso estaba dispuesta a pagar cualquier precio.

La clínica parecía demasiado silenciosa. Ese tipo de silencio caro, diseñado. Nada de filas, gritos ni esperas. Solo pasillos inmaculados, voces susurradas y pasos cuidadosos. Cada detalle allí decía lo mismo: exclusividad.

Fui recibida por una enfermera de voz dulce y ojos atentos. Sonrió al ver a Murat en mis brazos y lo llevó con el cuidado de quien sabe que está manejando algo demasiado frágil para el mundo.

—Comenzaremos con los exámenes preliminares. Después de eso, el hematólogo pediátrico vendrá a hablar con usted —explicó, mientras me guiaba hacia un consultorio preparado especialmente para nosotros.

Recosté a Murat en una pequeña camilla acolchonada, y él empezó a agitarse de inmediato. La fiebre aún quemaba su frente, pero había una calma diferente a mi alrededor. Un tipo de paz que no sentía desde hacía semanas: la de saber que finalmente estaba en el lugar correcto.

Los exámenes comenzaron con sangre. Tiras, frascos, agujas. Con cada pinchazo, mi corazón se rompía un poco más. Murat lloraba en voz baja, ya sin fuerzas para patalear como antes. Sus ojos buscaban los míos, como si me preguntaran por qué estaba pasando eso; y yo quería poder explicárselo.

Quería decirle que era por su bien. Que finalmente alguien lo estaba tratando como prioridad. Que, por más que doliera en ese momento, era el inicio de algo mejor. Pero lo único que podía hacer era sostener su manito diminuta y susurrar.

—Mamá está aquí, mi amor. Todo va a estar bien.

Fueron más de dos horas de exámenes. Sangre, orina, ecocardiograma, tomografía de tórax, pruebas genéticas. Querían entender todo. Y, por primera vez, sentí que alguien realmente estaba viendo a mi hijo como una vida y no como un número de protocolo.

Luego, Murat fue llevado a un área de observación pediátrica: una suite privada con equipos de última generación, cortinas azules suaves, y una silla reclinable donde me acomodé, exhausta.

La enfermera vino con una carpeta de instrucciones y una sonrisa amable.

—El doctor Halim vendrá a verlos hoy. Él es el especialista que va a seguir de cerca el caso de Murat. Ya está revisando los exámenes. Y sí, Gabriela —dijo mi nombre con firmeza, como si me conociera—, su hijo está en buenas manos ahora.

Asentí con los ojos llenos de lágrimas, sin poder responder.

Miré a Murat, dormido entre cables y monitores. Su pequeño pecho subía y bajaba despacio, con ritmo. Por primera vez en mucho tiempo, parecía estar cómodo.

Y allí, en esa habitación blanca y silenciosa, entendí: la guerra aún estaba lejos de terminar, pero finalmente... teníamos armas para luchar.

Horas después, cuando el sol ya se escondía tras las cortinas translúcidas de la habitación, se oyó un suave golpeteo en la puerta. Me levanté impulsada por el sonido. Murat aún dormía, monitorizado, con los pequeños sensores pegados en su pecho y muñeca.

Un hombre con bata blanca entró. Alto, con cabello canoso y expresión seria, pero con ojos que transmitían una calma profesional. Detrás de él, la misma enfermera de antes.

—Señora Kaya, soy el doctor Halim Eryilmaz. Hematólogo pediátrico. Vine a hablar con usted sobre los primeros resultados.

Asentí, tragando saliva. Sentía mi cuerpo tenso de pies a cabeza, como si mi alma contuviera la respiración, esperando el veredicto.

Sacó una silla, se sentó frente a mí y abrió la carpeta que llevaba.

—La condición de Murat es rara, como ya se había diagnosticado anteriormente. Es una forma de anemia aplásica con complicaciones genéticas asociadas, lo que significa que su médula ósea está comprometida en la producción de células sanguíneas —explicó, de manera didáctica pero directa—. Esto afecta la inmunidad, la oxigenación del cuerpo y la coagulación. Es un cuadro inestable, especialmente en recién nacidos.

Mi corazón se aceleró.

—¿Él... él va a estar bien?

El médico hizo una pausa. El silencio duró segundos, pero pareció una eternidad.

—Vamos a luchar para que sí. Pero necesito que entienda: la situación es delicada. Murat necesitará permanecer internado bajo observación constante. Monitoreo de signos vitales, transfusiones periódicas, además de un protocolo especial con inmunosupresores y evaluación para un posible trasplante de médula.

Las palabras martillaban dentro de mi cabeza como olas golpeando un casco ya agrietado.

—Si él no hubiera llegado ahora, Gabriela... —continuó el doctor, con seriedad—. Tal vez no estaríamos hablando de tratamiento. Estaríamos hablando de un riesgo de vida inminente.

Llevé la mano a la boca, tratando de contener el sollozo que amenazaba con escapar.

—Pero él... él llegó... —balbuceé—. Llegó a tiempo.

—Sí. —Asintió—. Y ahora está en el lugar correcto.

La enfermera se acercó y tocó mi hombro con delicadeza.

—Podemos prepararlo para una hospitalización prolongada. Usted podrá estar con él todo el tiempo. Ya tenemos todo lo necesario.

Miré a Murat. Tan pequeño, envuelto en cables, respirando despacio. Y, al mismo tiempo, tan fuerte. Un guerrero silencioso.

—Hagan lo que sea necesario, doctor... —Mi voz salió firme, aunque las lágrimas seguían cayendo—. Solo... salven a mi hijo.

Él asintió con respeto y salió.

Me quedé allí, sola con Murat, escuchando el sonido de los monitores llenando la habitación.

Sabía que las próximas semanas serían las más difíciles de mi vida. Sin embargo, él estaba en buenas manos.



Emir
ARSLAN

Capítulo 22

La sala de reuniones de la holding estaba sofocante. La luz blanca del techo caía directamente sobre los papeles esparcidos sobre la mesa de nogal y las voces de los ejecutivos sonaban como ruido de fondo. Yo fingía escuchar, asentía cuando era necesario, pero mi mente estaba lejos. Desde la noche pasada, no lograba borrar de mi memoria la imagen que nunca vi: la de un niño con mi sangre luchando por respirar.

Fue solo cuando Galip entró, sin ningún protocolo, que mi atención volvió al presente.

—Emir —dijo, en voz baja, acercándose—. Necesitamos hablar.

Me levanté sin dar explicaciones. La reunión podía esperar. Mi nombre tenía suficiente poder como para que nadie se atreviera a cuestionar mi salida.

Fuimos hasta mi oficina. Cerré la puerta y me di vuelta hacia él.

—Habla.

—El niño... —comenzó Galip, directo, como siempre—. Es más grave de lo que imaginábamos. El médico responsable de su internación se puso en contacto. Al niño le diagnosticaron una forma rara y agresiva de anemia aplásica. Su médula está fallando. Necesitará transfusiones regulares, inmunosupresores y tal vez un trasplante.

El silencio que siguió fue brutal.

Mi cuerpo se tensó.

—¿Trasplante? —repetí, tratando de asimilar.

—Sí. El cuadro es delicado. Según el médico, si ella no lo hubiera traído a tiempo, el bebé probablemente no habría sobrevivido hasta fin de mes.

La frase me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Hasta ese momento, todo parecía distante. Una situación incómoda. Una mujer del pasado haciendo ruido. Un hijo que existía más como una posibilidad que como una realidad. Pero... eso era real.

—¿Y Gabriela?

—Está con él. No ha salido de la habitación desde que llegaron. Los médicos dijeron que se niega a dormir lejos del niño. Está exhausta, pero firme.

Respiré hondo, apoyándome en el borde de la mesa, sintiendo el peso de la revelación caer sobre mí.

—Entonces, sí es verdad —murmuré—. Él es mío.

Galip no respondió de inmediato. Pero esta vez no fue silencio por prudencia. Era una confirmación contenida.

—Sí —dijo al fin, con voz firme—. Los exámenes genéticos se hicieron en secreto en cuanto fue internado. Confirmaron la compatibilidad. El niño es tuyo, Emir. Sin lugar a dudas.

Sentí un peso extraño en el pecho. No era sorpresa, pero sí el fin de la duda.

Galip continuó, sin rodeos.

—La clínica tiene un equipo de triage genético. Todo fue autorizado discretamente en el protocolo de internación. Ningún nombre fue asociado al tuyo.

Asentí en silencio, pero por dentro, el mundo giraba de una manera que no había sentido en mucho tiempo.

Ya no había espacio para suposiciones, Murat Arslan existía y era sangre de mi sangre.

Miré la ciudad por la ventana. Todo allí abajo seguía igual: coches, gente apurada, negocios en movimiento. El mundo no paraba por nadie. Pero dentro de mí, algo se había roto.

Podía ignorar a una mujer. Podía fingir que una noche no significaba nada. Podía rechazar un lazo.

¿Pero un hijo luchando por sobrevivir?

Ese tipo de verdad no se podía borrar con dinero.

Gabriela... sí, ella me había expuesto. Pero también había protegido a ese niño cuando yo me negué a aceptarlo.



Gabriela KAYA

Capítulo 23

La tarde avanzaba lentamente, y el tiempo parecía disolverse al ritmo de los monitores. Los pitidos constantes de Murat, su respiración frágil, los toques delicados del equipo médico... todo formaba una burbuja donde el mundo exterior ya no existía.

Yo casi no dormía. Comía solo lo necesario. Pero mi cuerpo aguantaba. Porque mi alma estaba firme, sostenida por su presencia.

Murat era todo lo que me quedaba.

El golpe suave en la puerta me sacó de mis pensamientos. Me levanté lentamente y abrí, encontrándome con Yasmin al otro lado, con dos bolsas grandes en las manos y una sonrisa cansada en el rostro.

—Traje tus cosas —dijo ella, entrando.

—Gracias. —Mi voz salió más baja de lo que esperaba—. No tenías que haber venido ahora...

—Claro que sí. —Colocó las bolsas en el sofá al lado—. ¿Crees que vas a vivir en este hospital con la misma ropa durante una semana entera?

Dejé escapar una sonrisa débil. Tenía razón. Ya había perdido la noción de que el tiempo pasaba. Todo giraba en torno a los horarios de los exámenes, la medicación, el sueño de Murat.

Yasmin miró alrededor de la habitación, observando el equipo, los monitores, la pequeña maleta de medicamentos al lado de la cuna hospitalaria.

—Parece estar mejor —comentó.

—Un poco. La fiebre ha bajado. Pero los exámenes siguen. Van a monitorear todo en los próximos días.

Asintió, mirando a Murat con ternura.

—¿Y tú? ¿Vas a regresar a casa por la noche? ¿Quieres que me quede con él un rato?

—No. —Mi respuesta fue rápida—. Yo me quedo aquí. Todo el tiempo.

—Gabriela...

—No hay discusión, Yasmin —la interrumpí, mirándola con suavidad, pero también con convicción—. Este lugar... Esta habitación... Mientras mi hijo esté aquí, yo también estaré. No importa si son días o semanas. Él necesita mirar a su lado y saber que yo estoy aquí.

Ella respiró hondo, pero no insistió.

—Entonces, traeré más cosas mañana. Una manta, tal vez. Y comida de verdad. Porque te veo con cara de que sobrevives a base de café malo y esperanza.

Reí, esta vez de verdad, y caminé hasta Murat, pasando lentamente la mano por su cabeza.

—No te preocupes por mí. Solo... cuida las cosas allá afuera. Avísame si algo cambia. Si ese hombre aparece otra vez.

—¿Hablas de Emir... o del otro?

—De todos. —Mi voz sonó firme—. Por ahora, no tienen lugar aquí.

Yasmin asintió en silencio. Después de un rato me abrazó fuerte.

—Eres la mujer más fuerte que conozco, Gabi.

—No lo soy. —Miré a Murat—. Pero por él... aprendí a serlo.

Ella salió poco después, y yo me quedé allí, con las suaves luces de la habitación reflejándose en su rostro. La respiración de Murat era lenta, regular, y yo sabía que la guerra aún no había terminado. Pero mi lugar estaba en el campo de batalla, junto a mi hijo.

La puerta apenas se había cerrado detrás de Yasmin, y yo todavía sostenía el mango de una de las bolsas cuando escuché otro golpe. Suave, casi respetuoso...

Fruncí el ceño.

—¿Yasmin? —llamé, caminando hacia la puerta—. ¿Olvidaste algo de…?

Me detuve a mitad de la frase cuando abrí y mis ojos se encontraron con los suyos.

Emir...

El mundo pareció congelarse por un instante. El aire se volvió más pesado y los sonidos se apagaron. Mi corazón dio un salto violento en el pecho, y, por un momento, olvidé cómo respirar.

Él estaba allí... personalmente. No era solo uno de sus secuaces.

Emir tenía los mismos ojos oscuros, la postura imponente, el traje caro, el olor a madera que, por más que intentara olvidar, aún era inconfundible. Sin embargo, por más extraño que fuera, había algo diferente...

No pude decir nada.

Mi mano seguía sujetando el picaporte de la puerta, y mi cuerpo bloqueaba la entrada como un instinto de autopreservación.

Él me miró por un largo rato, recorriendo mi rostro, luego el interior de la habitación, y posó la mirada por un segundo en Murat, acostado en la cuna, con el pecho cubierto de sensores.

Su mandíbula se tensó.

—Gabriela —dijo, al fin, con voz baja, contenida—. ¿Podemos hablar?

Mi garganta se secó. Los latidos de mi corazón resonaban en mis oídos, como un tambor de guerra que no esperaba escuchar tan pronto.

El choque era tan grande que por un momento simplemente... me quedé allí. Mirándolo. Preguntándome si eso era real. Si ese hombre que me echó de su vida, que me mandó dinero como quien paga por limpiar la mugre, ahora estaba en mi puerta, en el hospital, donde Murat luchaba por su vida.

Sin saber cómo reaccionar, di un paso atrás, sin decir una palabra, y Emir entró.

En ese instante, me di cuenta: el juego había cambiado y tal vez... las reglas también.



Emir
ARSLAN

Capítulo 24

El cuarto estaba en silencio, sofocado por el sonido rítmico de los monitores. El aire tenía olor a alcohol, medicamento y miedo. Un tipo de miedo que no estaba acostumbrado a sentir, porque hasta ese momento, nunca tuve nada que perder, excepto el poder.

Gabriela seguía parada en la puerta, observándome con los ojos duros y cerrados. Pero mi atención no estuvo en ella. No esta vez. Estaba en él... en el bebé.

Murat... Era tan pequeño.

Estaba acostado en una cuna hospitalaria, rodeado de cables, sensores pegados a su piel frágil, los párpados temblando levemente en su fiebre. Su pecho subía y bajaba con esfuerzo, como si cada respiración fuera una batalla silenciosa.

Mi cuerpo se tensó y mi garganta se secó.

Por un momento, todo en mí gritó por salir de ahí. Por huir de la imagen que me enfrentaba con más violencia que cualquier amenaza que se hubiera hecho a mi familia. Sin embargo, mis piernas no se movieron. Me quedé ahí, inmóvil, como si estuviera atrapado por algo que no podía nombrar.

Me acerqué lentamente, como si cualquier paso en falso pudiera despertarlo o, peor aún, asustarme a mí mismo.

Entonces, se movió con un sutil movimiento de la mano, un fruncir del ceño y un sonido casi imperceptible escapó de sus labios.

Mis ojos ardieron. No por culpa, porque no permitía ese tipo de cosas, sino por una incomodidad visceral. Una grieta en lo que siempre había sido inquebrantable en mí.

Ahí estaba él. Un ser tan frágil… y, aún así, cargando con la mitad de lo que soy. Y lo peor: luchando por la vida que no quise reconocer.

Tragué saliva, tratando de alejar la presión que subía por mi pecho. No podía dejarlo ver. Gabriela me observaba en silencio, todavía apoyada en la pared. Sentía el peso de su mirada como un juicio silencioso.

Pero no la miraba a ella. Solo podía mirarlo a él.

Por primera vez en mucho tiempo, la pregunta que evitaba se formó claramente en mi mente: *si él muere… ¿quién seré yo después de esto?*

No tenía respuesta. Solo el sonido de la frágil respiración de Murat… y la certeza de que algo dentro de mí acababa de cambiar.

Seguí parado al lado de la cuna, observando a Murat. Su rostro estaba tranquilo, como si el sueño profundo escondiera todo el dolor de lo que había estado enfrentando. Cada pequeña contracción de su respiración parecía demasiado frágil para un cuerpo tan pequeño.

Sin apartar los ojos de él, pregunté lo básico.

—¿Cómo está?

Ya sabía la respuesta. Galip me había contado todo, con detalles. Sin embargo, las palabras que salieron de mi boca no fueron por protocolo. Quería escucharlo de ella. Pero la respuesta llegó como una cuchillada.

—No tienes que actuar como si te importara, Emir.

La voz de Gabriela cortó el aire del cuarto con una precisión quirúrgica: fría, dura y precisa.

Giré lentamente el rostro hacia ella. Estaba con los brazos cruzados, la mirada clavada en mí, y por un segundo... solo un segundo, sentí la garganta seca.

Porque era imposible negarlo.

Era difícil decir que no me importaba.

Intenté decir algo, prepararme para rebatir, explicar, o tal vez solo mantener el control de la situación.

—Solo pensé que... —comencé.

—No —interrumpió ella, levantando la mano—. No hace falta que intentes justificarte. Sé muy bien por qué estás aquí. Casi causé un escándalo y te asustaste de lo que eso podía hacerle a tu familia. A tu padre... a la empresa. Y corriste a apagar el fuego antes de que se extendiera.

Me quedé en silencio.

Ella dio un paso hacia adelante, manteniendo la mirada fija.

—Pero ¿sabes qué? Yo lo haría todo de nuevo. Escribiría cada palabra de ese artículo. Lo publicaría mil veces si fuera necesario, porque eso fue lo que salvó a mi hijo. Porque si dependiera de ti, Emir Arslan, las personas solo reciben atención cuando amenazan con dañar la imagen dorada que tú proteges.

Esas palabras entraron como cuchillos... eran demasiado reales para ser ignoradas.

No respondí de inmediato, porque no tenía respuesta y, por primera vez... tal vez ella tenía razón.

Estaba allí porque necesitaba controlar la situación. Sin embargo, al enfrentarme a esa mujer y a ese bebé, la verdad comenzaba a raspar la superficie de mi indiferencia y no sabía si podría hacerla retroceder.

El silencio después de sus palabras era casi ensordecedor. Todo en el cuarto parecía suspendido: el aire, el tiempo, la tensión. Murat dormía ajeno a la tormenta que se cernía a su alrededor.

Gabriela cruzó los brazos con más fuerza y respiró hondo, antes de clavarme la mirada nuevamente.

—No tienes que aparecer aquí, Emir. —Las palabras fueron disparadas con tanta certeza que me hicieron retroceder medio paso... algo que jamás admitiría—. No tienes que venir hasta mí. Ni venir hasta él. No tienes que fingir que te importa, ni esforzarte por parecer el padre que nunca quisiste ser. Yo no necesito eso. —Hablaba con firmeza, pero había algo quebrado en su voz, como si estuviera demasiado cansada para seguir explicándose—. Y él... —Miró a Murat con ternura—. Él tampoco necesita teatro.

Intenté contener mi reacción, tragué saliva. Parte de mí quería argumentar y decir que estaba siendo demasiado dura, injusta. Pero otra parte... la que vio a ese bebé acostado entre cables... sabía que solo estaba diciendo lo que yo no tenía valor de admitir.

—Lo que necesitas —continué, en un tono más controlado—, ya lo está recibiendo.

—Exactamente. —Su mirada ahora era fría—. Y eso es todo lo que me importa. Que él se recupere. Y, lamentablemente, el dinero y el poder de los Arslan compran muchas cosas, incluso el derecho de mantener a alguien vivo.

Ella dio un paso hacia un lado, abriendo el camino hacia la puerta.

—Pero no compran presencia. Ni afecto. Ni redención. Y, por supuesto, no compran un lugar en la vida de alguien a quien has abandonado.

Me quedé ahí, parado, sin moverme. Una parte de mí quería reaccionar. La otra… solo sentía el sabor amargo de la verdad.

Ella tenía razón y todo lo que me quedaba por hacer en ese momento... era irme.

Me di la vuelta lentamente, sin decir una palabra más, y atravesé el cuarto en silencio.

Cuando la puerta se cerró detrás de mí, me di cuenta de que había sido expulsado de un lugar que tal vez nunca fue mío, pero que, de alguna manera, dolía como si lo fuera.



Gabriela KAYA

Capítulo 25

Pensé que estaba preparada.

Después de todo lo que pasé. Después de ser rechazada, humillada y tratada como un problema a resolver con un sobre de dinero… pensé que ya no quedaba nada que Emir Arslan pudiera hacerme.

Sin embargo, me equivoqué.

Desde que él salió de esa habitación, un peso extraño se alojó en mi pecho. No era ira, esa la conocía bien. No era miedo. Era… otra cosa. Algo que me confundía. Una sensación sofocante de que su presencia, aunque fuera por unos minutos, desordenaba todo lo que venía intentando mantener bajo control.

Murat dormía. Respiraba con dificultad, pero seguía allí, luchando. Aún así, mis ojos no dejaban de volver a la puerta. La misma por donde Emir había pasado y por donde deseé nunca volver a verlo.

Sin embargo, él estuvo allí mirando al niño como si lo viera por primera vez. Ya no podía fingir que eso no me afectó.

Me senté en la silla junto a la cuna y apoyé la cabeza en el respaldo, sintiendo el cansancio pesar sobre mis hombros. Mis ojos ardían, pero no quería dormir. Dormir significaba soñar con Emir, y eso era lo que había enterrado hacía mucho tiempo.

O al menos, lo intenté.

La forma en que miró a Murat… Eso fue lo que me desestabilizó. No había arrogancia ahí. No había máscara. Había algo crudo, contenido. Algo que, por un momento, me hizo olvidar todo lo que hizo…

Pero no podía permitírmelo. No cuando mi hijo aún estaba frágil. Cuando el futuro era una sucesión de incertidumbres y exámenes pendientes. No necesitaba a Emir. No quería su presencia, solo lo que su nombre podía comprar.

Aun así, con todo eso claro en mi cabeza… algo dentro de mí todavía temblaba.

Me levanté de la silla, fui hasta la cuna y acaricié el rostro de Murat con la punta de los dedos. Él era mío. Todo mío. Lo protegí cuando nadie más quiso, y seguiría haciéndolo.

—No importa lo que él piense que siente —susurré—. No lo necesitas. Solo la fuerza que mamá ya demostró que tiene.

Pero las palabras que salieron de mi boca no callaron el torbellino dentro de mi pecho.

Porque, en el fondo, una parte de mí… temía que, esta vez, Emir no se fuera tan fácilmente.

La madrugada llegó pesada, espesa como niebla. La habitación de la clínica estaba en silencio, interrumpido solo por los sonidos de los monitores: los pitidos regulares y la respiración vigilada electrónicamente, todo parecía estar en orden.

Sin embargo, no podía dormir. Me revolvía en la silla, siempre mirando la cuna de Murat. Era un instinto constante, involuntario, como si el simple hecho de mirar asegurara que aún estuviera respirando.

Fue por eso que lo noté.

Primero, un movimiento más inquieto. Un temblor en sus pequeños deditos. Luego, un sonido… un gemido ronco, más débil que los anteriores. Me levanté de un salto.

—¿Murat?

Me acerqué rápidamente. Su cuerpo estaba sudado y su piel aún más pálida. Toqué su frente y sentí el calor subir como una ola. La fiebre estaba regresando, más alta y agresiva. Sus ojitos se abrieron por un segundo, vidriosos, y luego se cerraron de nuevo, como si el simple acto de mantenerlos abiertos fuera demasiado agotador.

—Eh, mi amor… mamá está aquí —susurré, tratando de mantener la calma mientras presionaba el botón de emergencia.

La enfermera entró en menos de un minuto, seguida por un médico de guardia. Se encendieron las luces y la habitación se llenó de voces firmes y movimientos rápidos.

—La saturación bajó —dijo la enfermera, ya preparando la medicación.

—Respiración superficial. Aumentar oxígeno —ordenó el médico.

Me retiré hasta el rincón de la pared, con el corazón acelerado y las manos temblorosas. No pude hablar, ni moverme, solo mirar.

Ajustaron los aparatos, cambiaron el acceso venoso, conectaron una nueva bolsa de suero, le pusieron una máscara sobre su rostro… y, por un instante, todo pareció fuera de control. Hasta que, poco a poco, los pitidos volvieron a estabilizarse.

El médico se giró hacia mí, con una expresión seria.

—Está bajo control por ahora. Sin embargo, su médula no está reaccionando como esperábamos. La infección oportunista está dificultando todo.

—¿Qué significa eso? —pregunté, con la voz casi quebrada.

—Significa que, si su cuerpo sigue debilitándose así, el tratamiento actual puede no ser suficiente. Necesitamos considerar un plan alternativo, cuanto antes.

Asentí, tragándome el dolor que amenazaba con desbordarse.

Cuando el equipo salió y la habitación volvió al silencio, me senté junto a él, con los ojos fijos en la máscara que cubría parte de su rostro.

Cada vez que pensaba que comenzaba a respirar de nuevo, la realidad me arrastraba de vuelta como una corriente.

La visita de Emir, por un momento, parecía confusa, pero pronto se volvió insignificante.

Nada más importaba. Solo él. Mi bebé y la lucha invisible que libraba con cada latido de su corazón.

—Resiste, mi amor —susurré, besando su manito caliente—. Mamá está aquí y se quedará hasta el final.



Emir
ARSLAN

Capítulo 26

Regresé a casa cuando el cielo aún era un bloque opaco, sin estrellas y sin el verdadero silencio.

La mansión estaba tan callada como siempre a esa hora. No había ningún sonido, solo el tictac del reloj en el pasillo. Ningún signo de vida más allá de mi propio cansancio. Subí las escaleras lentamente, con mis pasos resonando en los mármoles fríos como si pertenecieran a otra persona.

Tiré el saco sobre la silla del cuarto y aflojé la corbata con impaciencia. No encendí las luces. No necesitaba ver nada. Ya había visto suficiente esa noche como para no olvidarlo jamás.

Me senté en el borde de la cama y apoyé los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos.

Murat...

Su nombre sonaba extraño en mi mente, como si aún no fuera real, como si aún no me perteneciera. Pero el rostro... ese rostro pequeño, tan frágil... me había acompañado desde que salí de la clínica.

Él no lloraba fuerte como los otros bebés. Era más bien como un susurro de dolor. Un ruego silencioso por aire... por vida. Y verlo luchar por existir hizo que algo dentro de mí se rompiera.

Yo quería dormir, desaparecer, fingir que el mundo había vuelto a su lugar, pero el sueño me evitaba como si supiera que, en la oscuridad, era más vulnerable que nunca.

Finalmente, me acosté, mirando el techo como si tuviera respuestas, pero solo había preguntas y todas volvían a ella.

Gabriela...

Ella me odiaba y, de alguna forma, no podía culparla. Ella sostuvo a ese niño en sus brazos, sola. Lo vio desvanecerse. Buscó ayuda y la ignoraron. Todo mientras yo... fingía que ese no era mi problema.

Tal vez quería creer que el tiempo borraría la existencia de los dos. Sin embargo, ahí, en la oscuridad, lo que crecía dentro de mí era culpa: pesada, áspera, imposible de digerir.

Pensé en la forma en que me miró. No había compasión en sus ojos. Ni súplica. Solo determinación y un amor tan brutal por ese niño que me hizo preguntarme qué estaba haciendo realmente con mi vida.

Cerré los ojos y su nombre volvió como un susurro que quemaba: Murat.

Mi hijo...

Por primera vez, deseé no estar solo.

Me giré de lado en la cama, sintiendo la almohada fría contra mi rostro, pero el calor de la culpa me quemaba por dentro. La

habitación estaba oscura, pero mi mente seguía despierta, como una corriente eléctrica de recuerdos que no podía apagar.

Mi voz firme diciendo "vete". La puerta cerrada en la cara de Gabriela, y lo peor, su rostro en ese momento: orgulloso, herido y cargando no solo con ella misma, sino con la vida de un bebé que me negué a reconocer. Vi todo eso y aun así... elegí el camino más fácil. El más cruel.

Revivir eso me daba asco.

En ese entonces, parecía la decisión correcta dentro del mundo que me creó, dentro de las reglas que Burak Arslan me enseñó desde joven:

"Corta el problema de raíz. Antes de que sea un escándalo".

"Si está fuera de control, destrúyelo antes de que crezca".

"Lo que no tiene nombre, no existe".

Decidí ignorar la existencia de Murat... tal vez porque aceptar su existencia significaba aceptar que yo no era intocable. Que mis errores tenían consecuencias humanas. Que podía hacerle daño a alguien de verdad... a alguien inocente.

Me pasé la mano por el rostro, sintiendo el peso del arrepentimiento que crecía con cada minuto de silencio. Traté de ponerle un nombre a eso que hervía dentro de mí, pero no pude. Era algo más profundo que la culpa.

¿Sería demasiado tarde?

¿Sería que, incluso si intentara hacer las cosas diferente ahora, Gabriela me lo permitiría?

¿Merecía yo eso?

Lo peor no era su desprecio. Podía lidiar con eso. Lo peor era imaginar que Murat pudiera crecer con la ausencia que yo mismo creé.

O peor... que no creciera.

Tragué saliva.

No sé en qué momento comencé a desear verlo sonreír. Verlo fuerte. No por orgullo, sino por necesidad. Una urgencia que nunca sentí por nada, ni siquiera por mí mismo.

Y en ese instante, acostado en la oscuridad de mi propia arrogancia, una verdad se formó, nítida, silenciosa y terrible: yo no soy el hombre que él necesita, pero tal vez aún tenga tiempo para convertirme en ese hombre.



Gabriela KAYA

Capítulo 27

El sol apenas había subido cuando la enfermera tocó suavemente la puerta. No había dormido. Solo había dormitado entre los sonidos de los monitores, el leve resoplido de Murat y la culpa que rondaba mis pensamientos como un viejo fantasma.

—Señora Kaya —dijo con amabilidad—, la doctora Halide y el equipo médico pidieron hablar con usted. Ahora, por la mañana.

Asentí despacio, con el estómago apretado.

Besé la frente caliente de Murat, susurré que regresaría pronto y caminé por el pasillo iluminado con esa luz pálida típica de las clínicas.

Fui conducida a una sala privada, donde estaban la doctora Halide, la hematóloga de expresión contenida, y una asistente que tomaba notas. La mesa de vidrio reflejaba el brillo de las ventanas, pero todo allí parecía frío, demasiado frío.

Me senté en silencio, sintiendo el corazón acelerado.

La puerta se abrió unos minutos después y mi corazón se disparó al verlo.

Emir...

Entró acompañado de Galip, con el rostro cerrado y los hombros tensos, como si llevara el peso del mundo. No vestía traje, pero aún así parecía blindado contra todo. Nuestros ojos se cruzaron por un breve segundo y deseé que no lo hubieran hecho.

Él no dijo nada, no hacía falta.

La doctora Halide, al verlo, solo asintió y se levantó.

—Vamos a la sala de reuniones —dijo, con voz calmada—. Necesitamos hablar con los dos.

Me levanté despacio, como si caminara sobre un suelo inestable. Caminé con las piernas débiles, sintiendo la presencia de Emir justo detrás de mí. No necesitaba mirar para saber que estaba ahí... se podía sentir. El peso, la expectativa, el silencio que nos separaba.

Con cada paso, sabía que nada de lo que se dijera ahí dentro sería fácil de escuchar.

Pero estábamos a punto de escuchar lo único que importaba: lo que quedaba para salvar a Murat.

Nos sentamos frente a frente, como dos extremos de una historia que nunca se escribió correctamente. Él estaba serio, tenso, con los ojos oscuros. Pero estaba más callado que nunca.

La doctora Halide acomodó los papeles frente a ella con calma, como quien se prepara para entregar una verdad que podría romper más que sanar.

—Gracias por venir —comenzó, con voz neutra, pero firme—. Murat está bajo vigilancia constante. Estamos haciendo todo lo

posible para mantenerlo bien, pero... necesitamos ser transparentes con ustedes sobre lo que estamos enfrentando.

Mi corazón se aceleró antes de que vinieran las palabras.

—El tratamiento actual no está dando los resultados deseados. Su médula sigue fallando, y el organismo está empezando a dar señales de agotamiento. Nuestros esfuerzos solo están remediando la situación. Necesitamos actuar rápidamente. —Miró de uno a otro y luego continuó—. La alternativa médica más eficaz en este momento es el trasplante de médula ósea.

Sentí que el mundo se encogía.

Vi a Emir parpadear despacio, como si su cerebro estuviera procesando lentamente la gravedad de eso.

—¿Y cuál es la probabilidad de encontrar un donante? —preguntó, con voz más baja, pero controlada.

—Las mayores tasas de compatibilidad son con hermanos biológicos —respondió el médico que la acompañaba—. Un hermano de sangre tiene hasta un 25% de posibilidad de ser totalmente compatible, ese es el escenario más deseado.

La frase quedó suspendida en el aire.

Hermano biológico...

Era como lanzar una bomba al centro de la sala.

Miré a Emir y él me miró a mí. Por un instante, ninguno de los dos dijo nada. Sin embargo, el impacto estaba allí, nítido, en cada respiración pesada, en cada línea de tensión en su rostro.

La doctora continuó, con delicadeza.

—Sabemos que esta es una posibilidad sensible. No es una decisión fácil. Pero, con el estado de Murat empeorando, no podemos ignorar esta alternativa. El tiempo... no está a nuestro favor.

Emir se recostó lentamente en la silla, sus ojos estaban aún fijos en los míos, como si esperara que yo dijera algo. Como si buscara en mí una respuesta que ni siquiera yo tenía.

—Yo no tengo otro hijo —dijo, en tono contenido—. No tengo un hermano para él. Si esta es la única forma... ¿qué más puedo hacer?

La doctora Halide intercambió una mirada breve con el colega médico y respondió con cautela.

—Lo entendemos. Y, por ahora, continuaremos con todas las medidas paliativas para estabilizar su cuadro. Ya los hemos probado con las muestras que teníamos y ahora comenzaremos, con urgencia, la búsqueda de un donante compatible en el banco nacional e internacional. Pero... ambos deben considerar la posibilidad de un nuevo embarazo. Es, estadísticamente, la opción más viable para salvar a Murat.

Sentí mi estómago revolverse.

El aire se volvió más denso. La sala pareció girar por un instante. Escuchar esto de la boca de otra persona… de manera clínica, objetiva… era brutal.

Emir no respondió de inmediato. Solo pasó la mano por su barbilla, mirando un punto vacío en la mesa, como si estuviera tragándose su propio orgullo y culpa juntos.

—Piensen con calma —dijo la médica, con una voz más suave ahora—. No queremos presionarlos. Pero necesitamos ser realistas. Murat es fuerte, pero necesita de ustedes. De una decisión y de tiempo. Esta es la forma en que tendrá la posibilidad de una vida saludable.

Asentí lentamente, aunque todo dentro de mí gritaba.

Cuando ella salió de la sala, dejándonos solos, el silencio entre Emir y yo era tan espeso como la urgencia que nos unía.

En ese momento, lo supimos más que nunca: la vida de Murat pendía de un hilo.

Y ese hilo... podía depender de una nueva vida.

No pude mirar a Emir y él no intentó llenar el espacio.

Se quedó unos segundos quieto, con la mirada perdida y los hombros pesados. Su mano descansaba sobre la mesa, inmóvil, como si estuviera clavada allí por la responsabilidad que acababa de escuchar.

Luego, sin decir una palabra, se levantó.

No hubo un gesto, comentario ni despedida. Solo se dio vuelta y salió de la sala, dejando la puerta entreabierta tras de sí.

Yo permanecí sentada.

Con los ojos fijos en el lugar donde él había estado, con el corazón aplastado por el peso de todo aquello.

Un nuevo embarazo.

Las palabras de la doctora seguían resonando en mi cabeza. Como si fuera algo simple. Como si el cuerpo, el alma, el trauma, pudieran controlarse como una gráfica de estadísticas y probabilidades. Pero no era simple. Nada era simple cuando se trataba de crear una vida para salvar a otra.

Cerré los ojos e intenté respirar hondo, pero el aire parecía más denso dentro de esa sala.

Murat me necesitaba. Lo sabía. Pero, ¿tenía fuerzas para dar más de mí? ¿Para entregar mi cuerpo, mi futuro, mi historia... para una decisión que tenía tanto de esperanza como de sacrificio?

Y lo peor... tendría que hacerlo con Emir. El hombre que me apartó y rechazó a nuestro hijo.

Pasé las manos por mi rostro, sintiendo las lágrimas calientes surgir sin que pudiera detenerlas.

Haría cualquier cosa por Murat. Cualquier cosa. *Pero, ¿y esta cosa?*

No tenía la respuesta.



Emir
ARSLAN

Capítulo 28

El coche avanzaba silencioso por las calles de Estambul. El cristal oscurecido filtraba el movimiento de la ciudad, transformando todo lo que había afuera en sombras sin importancia. El mundo seguía su ritmo normal. El mío, no.

Estaba en el asiento trasero, inmóvil, como una estatua. Galip conducía al frente con su habitual discreción, sin música, sin preguntas o comentarios inoportunos. Sabía que, a veces, el silencio era lo único posible.

Apoyé el codo en el costado de la puerta, con los ojos fijos en la nada.

Murat...

La imagen de él, conectado a esas máquinas, con la respiración débil y el cuerpo demasiado pequeño para el peso que soportaba… seguía grabada en mi mente. Sin embargo, lo que me

dolía ahora no era solo él, sino en lo que me convertí para llegar hasta aquí.

Reviví escenas que rara vez dejaba aflorar.

Mi padre...

Burak Arslan. Alcalde de Estambul. El hombre que nunca sabía hablar bajo, ni demostrar orgullo sin asociarlo a una exigencia. Crecí oyendo que la debilidad no era tolerada. Que los sentimientos eran un desvío y que la reputación venía antes que cualquier otra cosa.

¡Eres un Arslan!

¿Cuántas veces escuché eso?

Nunca era como un recordatorio amable. Siempre como una advertencia o una señal de que mi nombre era una armadura, y que las armaduras no sangran.

A los ocho años, me golpearon con un cinturón porque lloré delante de unos inversionistas en un evento familiar.

A los doce, me dejaron solo en la escuela durante días como castigo por perder una competencia de oratoria.

A los diecisiete, vi a mi madre pedir que dejara de ser tan duro y a mi padre silenciarla con una mirada.

Y ahora… estaba aquí.

En el asiento trasero de un coche de lujo, rico, poderoso, con contratos firmados en países que ni siquiera sé pronunciar bien. Pero completamente destrozado por dentro, sin saber cómo ser padre de un hijo que tal vez no sobreviviría.

Cerré los ojos, intentando alejar el peso de la voz de mi padre, que aún resonaba aunque no estuviera cerca.

"Si no controlas, elimina.

Si no sirve, corta.

Si sientes… esconde".

Pero Murat no era algo que pudiera controlar. Ni cortar. Y, por primera vez, sentir... me estaba destruyendo.

—Emir —dijo Galip, con voz baja y respetuosa, rompiendo el letargo—, estamos llegando.

Asentí, pero no respondí.

No tenía fuerzas para más nada además de pensar. Incluso eso… ya me estaba costando demasiado.

Cerré los ojos por un momento, recostando la cabeza contra el vidrio. Fue ahí, en el silencio ahogado de mi propia presencia, que una pregunta me atravesó con la sutileza de un golpe en el estómago.

¿Y si Murat es lo único verdadero que he tenido?

Lo único que no compré, que no negocié, que no construí bajo las órdenes de mi padre. El único ser humano que podría mirarme y verme completo… antes de aprender a temerme.

Respiré hondo, sintiendo el aire pesar en mis pulmones.

¿Y si él es mi única oportunidad de hacer algo que valga la pena?

Algo que vaya más allá de contratos, de cifras, de mantener un imperio en pie por orgullo.

Y Gabriela...

La imagen de ella me invadió con la misma fuerza. No como la mujer que me desafió, siendo una amenaza para el nombre Arslan, sino como la madre de Murat. La mujer que se quedó, que luchó, que no pidió nada, salvo la vida de su hijo, y me miró a los ojos incluso cuando tenía todos los motivos del mundo para odiarme. ¿Y si ella es la única persona que realmente me obligó a enfrentarme a quien soy?

Sin títulos. Sin escudos. Solo yo.

Emir...

El hombre que huyó de la paternidad, el hijo que nunca fue lo suficientemente bueno y el heredero de un imperio que pesaba demasiado.

Abrí los ojos. La ciudad seguía igual. Pero yo no.

Sentía que algo estaba cambiando y tal vez, solo tal vez, aún había tiempo para elegir un camino diferente. No por mí, sino por mi hijo.

Apenas salí del coche, cuando el teléfono vibró en mi bolsillo.

Tu padre pidió verte. Inmediatamente. En su oficina privada.

Suspiré, sintiendo el estómago revolverse. No era raro que él exigiera mi presencia sin aviso, pero el tono urgente siempre traía veneno. Mi primera reacción fue pensar en negocios. Alguna operación delicada, tal vez algún ruido de la prensa. Algo que debía ser apagado antes de que sangrara. Sin embargo, tan pronto como entré en el ala más privada de la mansión Arslan, me di cuenta de que algo era diferente. La atmósfera estaba pesada, pero no por la formalidad habitual. Había silencio. Ninguno de mis hermanos estaba allí. Ningún asistente. Ninguna reunión.

Solo la puerta entreabierta de la oficina de mi padre. Y el sonido de su respiración dentro.

Solo…

Toqué dos veces con los nudillos y empujé la puerta lentamente.

—¿Papá?

Estaba de espaldas, parado frente a la estantería, como si contemplara los libros que nunca leyó. Sus manos estaban cruzadas en la espalda y la columna rígida.

Mi padre era un hombre que siempre hizo del silencio su arma más poderosa.

Se giró lentamente y su mirada cortante se cruzó con la mía, con la precisión de quien está a punto de pronunciar una sentencia.

—Siéntate, Emir —dijo, sin alterar el tono.

Obedecí, sintiendo cómo la tensión subía por mi cuello como un antiguo aviso. Esto no tenía que ver con negocios. No del tipo con el que estaba acostumbrado a lidiar con hojas de cálculo y contratos.

Él permaneció de pie, como si la silla detrás de la mesa no fuera digna de uso.

—¿Hay algo que te olvidaste de contarme?

Tardé un segundo en responder, pero un pensamiento gritó en mi mente: *¡él lo sabe!*

La pregunta fue solo un preámbulo. Una invitación a mi caída y no había forma de escapar.

Lo miré fijamente, con firmeza, pero por dentro, el frío ya se instalaba. Burak Arslan no hacía preguntas por curiosidad.

El silencio duró más de lo que debía. Tenso, prolongado, casi un ritual.

No respondí a su pregunta. Ni hacía falta. Mi padre ya lo sabía. Esto era solo el primer golpe. El verdadero vendría después.

Se alejó de la estantería y caminó lentamente hasta la mesa, pero siguió de pie, con los brazos cruzados y la mirada clavada en mí como si cada segundo de silencio fuera una condena.

—Una mujer. Un hijo. Una exposición pública. —Las palabras salieron sin prisa—. Y tuve que enterarme por terceros.

Mantuve la mirada fija. Sin embargo, por dentro, la presión aumentaba. Mi pecho subía y bajaba de forma contenida, pero sentía cada músculo tenso.

—Yo lo resolví. —Fue lo único que logré decir.

Él se rió. Una risa corta, seca, sin ningún humor.

—¿Crees que lo resolviste? ¿Crees que mantener a un bebé en una clínica privada, con médicos pagados por la empresa de la familia y enfermeras que hablan más de lo que deberían, es "resolver"? —Se inclinó sobre la mesa y vi cómo sus ojos chisporroteaban—. ¿Te olvidaste de quienes somos?

—No, papá. Recuerdo perfectamente quienes somos. —Mi voz salió baja, pero firme—. Exactamente por eso estoy tratando de mantener esto bajo control. El niño no aparecerá en la portada de ninguna revista. No llevará el apellido Arslan. Nadie lo asociará conmigo.

—Pero él es tuyo —cortó Burak, con un tono tan duro como piedra—. Y eso ya es suficiente para ser un problema.

Respiré hondo.

Eso era más que furia. Era miedo por todo lo que ese bebé representaba: una grieta en el legado.

—La madre te expuso, Emir. —Su voz bajó, como si cada sílaba fuera calculada—. Expuso la debilidad. Expuso una brecha. Y sabes lo que los enemigos hacen con una brecha.

—Lo sé —murmuré.

—Entonces actúa como un Arslan y cierra esa herida —disparó—. Antes de que chupe más de lo que ya nos ha quitado.

Se dio la vuelta alrededor de la mesa y se detuvo a mi lado.

—Si quieres enterrar tu reputación por culpa de una mujer, allá tú. Pero no traigas deshonra al nombre por un error que pudiste haber eliminado.

Mi sangre se heló.

Eliminar...

La palabra resonó con un peso mayor al que quizás él quisiera admitir. O tal vez... era justo lo que quería decir.

Lo miré, con la mandíbula apretada, y me di cuenta de lo que siempre supe, pero nunca quise enfrentar tan de cerca: Burak Arslan no tenía cabida para nietos frágiles, ni para hijos que se atreven a sentir.

Salí de la oficina sin pedir permiso, sin mirar atrás.

El sonido de la puerta cerrándose con fuerza resonó en el pasillo como un trueno apagado. Algunos empleados levantaron la vista, asustados. Galip me vio cruzar el vestíbulo de la mansión con la mirada de quien sabía que era mejor no decir nada.

Yo estaba furioso. Pero no solo con mi padre. Estaba furioso conmigo mismo.

Bajé los escalones de piedra como quien huye de algo que lo persigue por dentro. La mansión parecía más asfixiante que nunca. Cada centímetro construido con ostentación, pared lacada y retrato frío en la pared, todo era un recordatorio de un legado que exige más de lo que devuelve.

Entré al coche y cerré la puerta.

—Conduce. —Fue lo único que le dije a Galip. Ni siquiera tuve que decir adónde.

Mientras el coche se deslizaba por las oscuras calles de Estambul, me recosté en el asiento trasero, cerrando los ojos. No para descansar, sino para no explotar.

La rabia era una corriente en ebullición dentro de mí.

Un error que pudiste haber eliminado.

Las palabras de mi padre se repetían como un eco enfermizo. Como si Murat fuera solo una amenaza, un obstáculo en el tablero.

Pero no lo era.

Él era mi hijo.

Y sí, le di la espalda antes. Lo rechacé. Me negué a ver. Me negué a sentir.

Pero en ese momento lo veía, lo sentía y no había forma de fingir que no.

Murat no era solo una consecuencia de una noche irreflexiva, él era un ser humano. Frágil. Luchando por su vida.

Y mi sangre corría por sus venas, aunque los Arslan intentaran negarlo.

Me negué a ser lo que veía en mi padre. Lo que soporté de sus manos, Murat no lo soportaría solo, y Gabriela... ella cargó con eso demasiado tiempo sin ayuda.

El ceño fruncido que siempre usé para vivir en el mundo que me dieron... comenzaba a agrietarse. Tal vez finalmente entendiera lo que significaba proteger a alguien que no tiene fuerzas para luchar.

No podía dejar que mi hijo muriera.



Gabriela KAYA

Capítulo 29

La luz azulada de los monitores parpadeaba en silencio, marcando un ritmo frío, casi cruel. La habitación parecía aún más silenciosa de lo normal, como si el mundo hubiera contenido la respiración junto conmigo.

Estaba sentada al lado de la cuna de Murat, con los ojos fijos en su piel pálida, en los cables conectados a su pequeño cuerpo, en las mejillas que habían perdido su color y en los labios que solo se movían cuando le faltaba el aire.

Cada suspiro de él era una súplica muda y cada pausa larga entre los pitidos del monitor… una pesadilla.

Mi mano temblaba al acariciar sus dedos. Ya no me sujetaba como antes. Estaba cada vez más débil. Demasiado débil.

Y yo… completamente desesperada.

La doctora había sido clara. El tiempo estaba en nuestra contra y el tratamiento solo era paliativo. La alternativa era algo que nunca imaginé que tendría que considerar.

Otro hijo…

Otra vida, traída al mundo con un propósito doloroso y noble al mismo tiempo: salvar a Murat.

Estaba dispuesta a todo por él. A vender todo lo que tengo. A gritar, a implorar, a arrodillarme si era necesario. Pero… ¿y cuando ese "todo" incluía quedar embarazada de nuevo de Emir?

Tragué saliva, sintiendo la garganta arder. Miré a Murat, vi su respiración volverse más corta por un momento y mi corazón se deshizo ahí mismo.

¿Cómo iba a convencerlo?

¿Cómo hacer que ese hombre frío, orgulloso, blindado por su apellido, aceptara algo tan íntimo, tan definitivo, con alguien que él había rechazado tantas veces? ¿Cómo pedirle eso sin humillarme, sin perderme en el proceso? Y lo peor: ¿cómo confiar en que no usaría esto en mi contra después, que no convertiría el acto en un juego de control, de poder?

Las lágrimas comenzaron a caer, silenciosas, como un reflejo involuntario.

No lloré por rabia… lloré por miedo e impotencia.

—Murat… —susurré, con la voz ahogada—. Mi amor, mamá está aquí… pero no sé qué más hacer. Haría cualquier cosa. Cualquier cosa, ¿entiendes? Pero esto… esto… —Mi voz falló.

Su respiración osciló. El monitor pitó más rápido durante dos segundos. Me levanté de un salto, sujetando su mano, con el pecho acelerado por el pánico. Una enfermera entró rápidamente, revisó los signos, ajustó la infusión y salió con una mirada profesional, pero llena de pena.

Volví a sentarme. Me acurruqué en la silla y abracé mis rodillas.

Estaba dispuesta a todo, sin embargo, no sabía si él lo estaría. ¿Y si decía que no...? ¿Si simplemente se daba la vuelta? ¿Qué quedaría de mí después?

La única certeza era una sola: no podía dejar que mi hijo muriera.

Aunque eso significara perder todo lo que quedaba de mí.

Permanecí allí durante minutos que parecieron horas, observando a Murat dormir. Cada vez que el monitor pitaba, mi corazón se detenía. Y cuando el sonido volvía al ritmo normal, solo podía agradecer por otro suspiro, otro minuto, otra oportunidad. Sin embargo, las oportunidades se estaban agotando y sabía lo que tenía que hacer.

Tomé el celular con las manos temblorosas. El nombre de Emir ya estaba allí, en la parte superior de la pantalla, como una herida abierta. Tan solo con mirar esa palabra, mi estómago se revolvió.

Respiré profundo. Una. Dos veces. Y apreté el botón para llamar.

El teléfono sonó. Una vez. Dos. Tres…

Cada segundo era un nudo más apretado en la garganta. Me encontré apretando el dispositivo con fuerza, como si eso pudiera obligar una respuesta.

Cuatro. Cinco. Cayó al buzón de voz.

El silencio después del tono fue casi como un golpe.

Apoyé el celular en mi frente, respirando con dificultad. Cerré los ojos. Y, por un instante, dejé que la frustración me invadiera de nuevo.

—Contesta, Emir… —susurré, casi sin voz—. Solo esta vez. No estoy llamando por mí. Es por él…

Intenté una vez más. El mismo resultado. Buzón de voz.

El mundo entero podría estar colapsando ahora y él probablemente seguiría inalcanzable, intocable en su torre de cristal.

Pero el problema es que este mundo que se derrumbaba era el mío y el de su hijo.

Guardé el celular con rabia, con las manos aún temblorosas y el corazón hecho pedazos.

Tal vez estaba ocupado. Tal vez estaba pensando. O tal vez… simplemente ya había hecho su elección.

De nuevo…

La noche llegó lentamente, arrastrando una oscuridad que parecía aún más pesada que la del día anterior. Las luces de la habitación de Murat estaban suaves, pero nada en esa atmósfera era liviano. El silencio era denso, interrumpido solo por los sonidos regulares de las máquinas y de mi corazón descompasado.

Murat dormía. Débil, pero en paz. Como si estuviera luchando incluso en el sueño.

Y yo… estaba de pie junto a la ventana, abrazando mi propio cuerpo, tratando de reunir fuerzas para otro día que parecía no terminar nunca.

Estaba a punto de apagar las luces para intentar dormir un poco cuando escuché golpear la puerta. Bajo. Lento.

No era una enfermera. Ellas no golpeaban así y Yasmin ya me había dicho que no vendría más esa noche. Me quedé inmóvil por un momento, mi corazón aceleró y una advertencia silenciosa recorrió mi espalda.

Caminé hacia la puerta, dudosa, y la abrí con cuidado.

Emir…

Sin traje. Sin Galip. Sin la armadura que normalmente lo rodeaba. Solo él con una camisa oscura, rostro serio y los ojos cargados de algo que no lograba identificar de inmediato. No había arrogancia. Ni impaciencia. Había cansancio.

—Hola —dijo, en voz baja, como si estuviera pidiendo permiso para romper su propio orgullo.

Me quedé allí, sin decir nada por unos segundos. El shock me paralizó, pero no era el mismo de antes. Era algo distinto, algo más denso… más humano.

—Viniste… —Fue lo único que pude decir.

Asintió, sin apartar la mirada.

—Traté de entender qué decir… qué hacer. Sin embargo, no hay manual para esto. —Su voz estaba áspera, controlada y diferente.

—¿Y por eso viniste en plena noche?

—Porque fue ahora cuando supe que… ya no podía no venir.

Nuestros ojos se encontraron y, por primera vez, vi duda en los suyos. No la inseguridad de un hombre que no sabe lo que quiere, sino el malestar de alguien que finalmente se dio cuenta de lo que debería haberle importado desde el principio.

Abrí un poco más la puerta.

—Está durmiendo —murmuré—. Pero… puedes entrar.

No lo dudó.



Emir
ARSLAN

Capítulo 30

El cuarto estaba sumido en un silencio profundo cuando entré. Ese tipo de silencio que aparece después de un día largo y de noches que no terminan. Murat dormía, con el rostro más pálido de lo que debería.

Gabriela, aunque se veía agotada, parecía estar aún alerta. La tensión en ella era constante, como una cuerda tensa a punto de romperse. Sin embargo, había algo que necesitaba hacer, algo que ya no podía seguir posponiendo.

Saqué un sobre del maletín que llevaba conmigo y lo coloqué sobre la pequeña mesa entre nosotros, con firmeza, pero sin agresividad.

—¿Qué es esto? —Frunció el ceño.

Me senté en la silla al lado, manteniendo la mirada fija en la suya.

—Un contrato.

Ella no tocó el papel. Solo me miró con esa mezcla de desconfianza y agotamiento.

—¿Viniste hasta aquí, de madrugada, para entregarme un contrato?

Asentí, impasible.

—Si quieres salvar a Murat... lo firmarás.

Sus ojos se abrieron, sorprendida por el tono, por la frialdad, quizás por la facilidad con la que dije eso.

—¿Y si quiero entender primero?

—No hay cláusula que cambie la realidad —repliqué, cruzando las manos sobre la rodilla—. Es un acuerdo. Lo aceptas... y yo me encargo de todo: hospital, equipo, recursos ilimitados, seguridad, y lo más importante... la supervivencia de Murat.

Su rostro osciló entre incredulidad y una ira contenida. Pero sus ojos buscaron la cuna.

Su corazón ya había decidido, aunque la razón gritara lo contrario.

Tomó el bolígrafo que estaba sujeto en el lateral de la carpeta médica y firmó. Sin leer. Sin discutir. Con la misma rabia silenciosa de quien sabe que no tiene otra opción.

Cuando terminó, dejó el bolígrafo sobre la mesa y me miró.

—¿Acabo de vender mi alma a los Arslan?

Me encogí de hombros, recostándome en la silla con una sonrisa seca.

—Casi eso.

Ella rió. Una risa sin humor, corta, con más dolor que cualquier otra cosa.

En ese momento, me di cuenta: ella haría cualquier cosa por Murat. Incluso si eso significaba atarse a mí, y yo... acababa de atarla. A mi manera: fría y calculada.

Pero sin vuelta atrás...

Ella aún sostenía el contrato con los dedos temblorosos, cuando me levanté.

Gabriela no dijo nada más. No era necesario. Su mirada lo decía todo, una mezcla de resentimiento, orgullo tragado y una fuerza que me hacía cuestionar quién de los dos, realmente, tenía el control.

Sin embargo, ya que ella había firmado… era mi turno de dictar las condiciones.

—El matrimonio será planeado —dije, con voz firme, sin rodeos.

Ella levantó la mirada, sorprendida.

—¿Matrimonio?

—Claro —continué, impasible—. Esto no se trata solo de salvar a Murat. Se trata de evitar un escándalo. Vamos a oficializar la unión. Saldrá en todos los periódicos, en los canales adecuados, de la manera correcta. Lo suficientemente escandaloso para conmover a la sociedad. Pero calculado hasta el punto de parecer perfecto.

Abrió la boca para responder, pero no tuvo tiempo.

—El bebé que vendrá —continué— será anunciado como nuestro primer hijo. Murat permanecerá en secreto por ahora. Después del nacimiento del segundo, los presentaremos a ambos como gemelos. Será fácil justificarlo: embarazo delicado, mantenido alejado de los medios, un parto prematuro inesperado... La narrativa será limpia, sin fisuras.

Gabriela se reclinó en la silla, observándome con ojos entrecerrados.

—Realmente pensaste en todo.

—Como siempre. —Crucé los brazos, mirándola con seriedad —. La única forma de proteger lo que es nuestro... es controlando cómo el mundo lo ve.

—¿Y qué soy yo en todo esto, Emir? —preguntó, con el mentón levantado—. ¿Una pieza del tablero?

Vacilé por un segundo. Sin embargo, respondí de la única manera que sabía.

—Eres la madre de mi hijo. Y ahora... la mujer con la que voy a casarme.

Querer o no querer ya no formaba parte de la ecuación. No para mí, ni para ella.



Gabriela KAYA

Capítulo 31

La puerta se cerró con un suave clic, pero para mí sonó como un estruendo. El sonido de algo que había terminado… o tal vez, apenas comenzado.

Me quedé ahí, sentada en la misma silla, con la hoja del contrato en las manos. La copia que él dejó. El papel aún caliente por su tacto, como si eso pudiera conservar su presencia por un minuto más.

Mis manos temblaban.

Mi mente giraba.

El texto era frío. Objetivo. Tan limpio como los acuerdos corporativos que él probablemente firmaba todos los días sin dudar. Sin embargo, ese no era solo un acuerdo. Era el esbozo de una vida que yo nunca elegí.

Matrimonio.

Dos hijos.

Gemelos ante los ojos de la sociedad.

Llevé la mano a la boca, como si tratara de contener las náuseas que amenazaban con subir. La ironía era cruel. Firmé eso sin leer. Por Murat. Por lo único que realmente importaba en el mundo. Sin embargo, al volver mi mente a su lugar, lo único que me quedaba era un sabor amargo de sumisión.

Emir no me preguntó nada, simplemente decidió.

Como siempre lo hacía.

Poniéndome como parte de la estrategia. Un nombre, un rostro bonito y triste para completar la narrativa perfecta. Todo estaba calculado milimétricamente, menos lo que siento.

Me levanté, aún mareada, y caminé hasta la cuna. Murat dormía. Respiraba más tranquilo, como si supiera que, por ahora, el mundo le estaba dando una tregua.

Toqué su rostro y el amor que sentí explotó en dolor. Porque haría todo eso mil veces, firmaría de nuevo, entregaría cada pedazo de mí, si eso significara verlo crecer. Verlo vivir.

Sin embargo, eso no cambiaba la herida abierta. Firmé un contrato, pero nadie me preguntó si estaba lista para entregarme otra vez al hombre que me destruyó. Y aún así… acepté. Por él.

Siempre por él.

—Ahora vas a vivir, Murat. Aunque tenga que enterrar lo que queda de mí para que eso pase —susurré, más para mí que para cualquiera.

Me senté en el sillón cerca de la ventana, con la luz tenue del pasillo iluminando la copia del contrato sobre mi regazo. El silencio de la habitación, entre los pitidos del monitor de Murat, me envolvía como una niebla.

Respiré profundo, alisé el papel con los dedos y comencé a leer.

Cláusula Uno: Régimen de separación total de bienes.

Claro. No sería diferente. No tendría derecho a nada que fuera suyo. Todo lo que Murat y yo tendríamos ya estaba determinado como "beneficio temporal vinculado al mantenimiento de la imagen pública de la familia Arslan".

Cláusula Dos: Confidencialidad irrestricta.

Ninguna declaración a la prensa. Ninguna información personal compartida en redes sociales. Ninguna revelación sobre Murat, el embarazo o cualquier detalle del matrimonio que no fuera aprobado previamente por asesores legales y de imagen.

Cláusula Tres: Conducta y postura.

Eso me hizo fruncir el ceño.

"Las partes se comprometen a mantener un comportamiento adecuado a la posición social de la familia Arslan, velar por la integridad de la imagen pública, evitar escándalos, manifestaciones públicas de índole emocional, o lenguaje inapropiado que pueda comprometer el decoro del núcleo familiar".

Era un absurdo.

Querían controlar cómo me movía. Cómo hablaba. Cómo me sentía.

Mi nombre, mi tono de voz, mi cuerpo… todo tenía que ser moldeado, pulido, como si fuera un accesorio a exhibir en la vitrina de la perfección.

Cerré los ojos por un momento, sintiendo el corazón apretado.

Entonces escuché un leve suspiro proveniente de la cuna.

Murat...

Pequeño, frágil, rodeado de tubos, pero vivo... y dependiendo de mí.

Volví a mirar el contrato. Un papel que parecía tener más fuerza que cualquier promesa verbal, que cualquier juramento de amor o lealtad. No era un acuerdo matrimonial. Era una prisión disfrazada de alianza. Sin embargo, yo estaba vendiendo mi libertad por algo infinitamente más grande: la vida de mi hijo.

Él no lo entendería ahora. Tal vez nunca… pero yo lo sabría para siempre y eso bastaba.

Apoyé el papel sobre mi regazo.

—Que me conviertan en lo que quieran. Mientras él siga respirando… pueden vestirme de Arslan. Pero aquí dentro, yo sigo siendo solo la madre de Murat. Y por él… haría todo de nuevo — susurré, con la voz firme.



Capítulo 32

El sol apenas comenzaba a calentar las ventanas de la mansión cuando uno de los guardias me interceptó aún en el pasillo del segundo piso.

—Su padre lo está esperando. En su oficina. Ahora.

Ni un "buenos días". Ninguna formalidad. Solo la sentencia. Burak Arslan no conocía el concepto de descanso, ni para sí, ni para sus hijos.

Aún con la camisa puesta, sin saco ni corbata, bajé las escaleras con pasos firmes, pero pesados. Ya sabía que había descubierto algo. Siempre lo descubría. Y su timing era cruel de forma quirúrgica: siempre antes de que pudiera respirar.

Cuando entré en la oficina, él estaba de espaldas a mí, observando la ciudad desde la ventana, como un emperador insatisfecho con su propio imperio.

Cerré la puerta detrás de mí con calma.

No se giró. Solo dijo algo con la voz controlada.

—¿Resolviste el problema?

La pregunta fue seca y objetiva. No había preocupación. Solo la exigencia. La expectativa de que hubiera apagado el fuego antes de que el humo llegara a los salones del poder.

—Sí —respondí, manteniendo el tono neutro.

—¿Cómo?

Di un paso al frente. Lo miré con la misma frialdad que aprendí a imitar desde niño.

—Me voy a casar con ella.

Silencio.

Se giró lentamente y me miró como si acabara de escupir sobre su mesa. Como si el simple hecho de admitir eso fuera un error más grande que haber embarazado a Gabriela en secreto.

—¿Casamiento? —repitió—. ¿Pretendes resolver esta vergüenza con un anillo en el dedo?

Crucé los brazos.

—Vamos a blindar la historia. Vamos a quitar el enfoque de Murat. Pondremos la narrativa bajo nuestro control. Va a parecer planeado y deseado. Ella será moldeada, instruida y preparada. Todo conforme a los estándares Arslan. La imagen de la familia saldrá intacta de esto.

Él permaneció en silencio por un momento, asimilando cada palabra. Luego dio un paso al frente.

—El matrimonio no borra debilidades, Emir. Solo lo oficializa. ¿Crees que eso te va a proteger?

—No se trata de mí —respondí, seco—. Se trata de mi hijo. Y sí, lo va a proteger. También la va a proteger a ella. Va a callar a la

prensa y transformará un escándalo en una farsa digerible para quienes nos observan. Eso es lo que siempre has hecho, ¿no?

Burak entrecerró los ojos, apretando la mandíbula.

—¿Y cuándo ella deje de obedecer? ¿Cuando la chica decida hablar más de lo que debería? ¿Realmente crees que encajará en ese papel?

—No se trata de lo que ella quiere —respondí, tajante—. Se trata de lo que yo decidí, y ella lo sabe.

Caminó hasta el escritorio, apoyando las manos sobre la madera como si necesitara mantener el control sobre sí mismo.

—Cuidado, Emir. Un hombre no construye un imperio haciendo concesiones emocionales. Mucho menos con una mujer que ya nos expuso.

—El matrimonio va a ocurrir —continué—. Y no necesito que te guste la idea. Solo no interfieras.

Sus ojos se endurecieron, pero no respondió y… retrocedió. Al menos por un segundo.

Quedamos en silencio durante un largo instante.

Él, como siempre: inquebrantable, severo y estratega. Y yo… tal vez, por primera vez, no como "el heredero obediente", sino como "hombre".

—Que así sea —dijo al final, retomando su postura erguida—. Pero recuerda: al traer un Arslan al mundo, también entregas un objetivo.

Asentí.

—Ya lo entregué. Ahora, es mi turno de protegerlo.

Salí de la sala sin pedir permiso. Con la sangre hirviendo, pero con el corazón firme. Porque esta vez, la decisión no era solo una jugada política. Era personal... muy personal.



Gabriela KAYA

Capítulo 33

Las luces del cuarto filtraban un suave tono de amanecer, y por primera vez en días, no era el sonido del monitor el que me despertaba con urgencia, sino el silencio.

Murat seguía dormido.

Me levanté lentamente del sillón, sintiendo el cuerpo dolorido por la postura y las noches mal dormidas. Me acerqué a la cuna con cautela, como si cualquier movimiento brusco pudiera deshacer lo que parecía un milagro.

Él estaba más rosado, la respiración menos irregular y sus facciones... menos tensas.

—Buenos días, mi amor —susurré, casi sin voz, temerosa de romper ese instante.

Minutos después, el equipo médico entró con pasos suaves y con sonrisas discretas pero reales. La doctora Halide se acercó

primero, con los ojos analizando cada detalle con la atención de quien lleva el peso de una esperanza frágil.

—El nuevo protocolo está surtiendo efecto —dijo—. Es paliativo, claro. Sin embargo, su cuerpo respondió mejor de lo que esperábamos. La fiebre ha cedido, los niveles están más estables y hemos podido reducir la medicación más agresiva.

Cerré los ojos por un momento, soltando el aire que parecía atrapado desde la noche anterior.

—¿Él va a mejorar? —pregunté, sabiendo que quizás aún no era la pregunta correcta.

La médica sonrió con amabilidad, pero con la sinceridad de siempre.

—Por ahora, esto es una buena señal. Un poco más de tiempo para actuar con estrategia, para buscar al donante, para que también tengas espacio para pensar.

Asentí, sintiendo un nudo apretado en la garganta. Al final, eso era todo: tiempo. Lo que más había implorado en los últimos días.

Toqué la mano de Murat, y por primera vez él la sostuvo de vuelta con un leve reflejo. Pequeño, involuntario, pero suficiente para que me derrumbara por dentro.

Las lágrimas cayeron sin alarde, silenciosas, como una liberación de lo que había estado atrapado por tanto tiempo. Él aún estaba allí: luchando y, por un momento, ganando.

—Lo estás haciendo bien, mi pequeño guerrero —susurré, inclinándome para besar su frente tibia.

Estaba sentada al lado de la cuna, sosteniendo la pequeña mano de Murat, cuando escuché unos golpes firmes en la puerta. No era el equipo médico, ni Yasmin. Cuando abrí la puerta, allí estaba él.

Emir...

Con esa postura que siempre ocupaba demasiado espacio, incluso cuando hablaba poco. Llevaba un blazer oscuro, impecable como siempre, pero había algo diferente en su mirada. Una urgencia contenida. Un enfoque que no dejaba espacio para la duda.

—Tienes que venir conmigo —dijo, sin rodeos.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Ahora?

—Sí. Ya está todo preparado. Necesitamos ocuparnos de los trámites del matrimonio, los papeles, la parte... pública. —Sus ojos recorrieron la habitación antes de volver a mí—. Será rápido.

Mi reacción fue inmediata. Di un paso atrás, poniéndome a la defensiva.

—No voy a dejar a Murat.

—Gabriela —insistió, con firmeza, pero sin dureza—. Esto es parte del plan. La imagen necesita ser construida, los registros hechos. Nos estamos comprometiendo con algo grande y peligroso, pero es para protegerlo. Necesitamos mantener el control.

—No me importa el control —respondí—. Me importa él. Solo él. Y no voy a salir de aquí y dejarlo solo.

La doctora Halide apareció en la puerta del cuarto, como si hubiera escuchado la conversación en el pasillo. Nos observó por un momento antes de intervenir con calma.

—Gabriela, Murat va a seguir bien. El equipo está alerta. Tenemos una enfermera exclusiva para él las próximas doce horas, exámenes programados, monitoreo constante. Estarás a pocos minutos de aquí. Si pasa algo, te llamaremos de inmediato.

—Pero... —traté de decir algo, ya sintiendo la presión en el pecho.

—Entiendo tu miedo —completó la médica—. Pero él está estable y mejor. Tienes que ocuparte de las decisiones que asegurarán que siga así.

Mis ojos volvieron a Emir, que simplemente esperaba. Como si ya supiera que no tendría elección.

Volví junto a la cuna y acaricié la cara de mi hijo. Aún dormía, tranquilo. Como si confiara en que todo a su alrededor estuviera en orden, aunque no lo estaba.

Le besé la frente con cuidado, como quien se despide de un pedazo de sí mismo.

—Mamá ya vuelve, mi amor. Lo prometo.

Cuando salí del cuarto junto a Emir, todo mi cuerpo parecía más pesado. Como si cada paso que diera alejándome de Murat… me dejara menos entera.

❁❁❁

El coche avanzaba por las amplias avenidas de Estambul como si se deslizara sobre una vía invisible. Dentro, el silencio era asfixiante. Ninguna palabra salía de Emir desde que dejamos el hospital. Conducía con la frialdad meticulosa de quien ya sabía lo que seguía. Yo trataba de no mirarlo, pero era imposible ignorar la forma en que su mandíbula se tensaba ligeramente cada vez que se movía. Como si estuviera conteniendo un universo dentro de la boca.

Por fuera, la ciudad bullía con la vida que yo no vivía desde hacía semanas. Personas yendo y viniendo, riendo, hablando por teléfono, ocupadas con sus propios dramas. Observaba todo por la ventana como quien ve una película que ya no entiende. Mi mundo era otro en ese momento y giraba en torno a un solo nombre: Murat.

El coche se detuvo frente a un edificio de fachada minimalista, alto, moderno, con ventanas espejadas y sin cartel.

—¿Dónde estamos? —pregunté, desconfiada, ya con la voz tensa.

—Primer paso —respondió Emir, sin mirarme—. Necesitas estar lista para lo que viene.

Antes de que pudiera preguntar algo, ya estaba fuera del coche. La puerta de mi lado se abrió con la eficiencia de alguien entrenado para nunca dejar al cliente dudar. Fui conducida por una recepcionista vestida de negro impecable hasta un elevador que subía sin prisa, demasiado silencioso.

Las puertas se abrieron a un mundo que parecía salido de una revista de moda. El estudio era inmenso, con paredes blancas, muebles modernos y obras de arte abstracto dispersas por las paredes, como si intentaran justificar la sofisticación del lugar. El olor era una mezcla sutil de perfume amaderado y tela nueva.

Un hombre alto, delgado, con traje gris claro, se acercó con los brazos abiertos, una sonrisa afilada y exagerada en el rostro.

—¡Por fin! ¡La musa del caos! —exclamó, con entusiasmo teatral—. Estábamos esperándote. Y, querida, tenemos tanto que hacer...

Antes de que pudiera decir algo, me rodearon asistentes con tablets, cintas métricas, telas, tonos de piel, carteles de colores. Alguien apareció con una copa de agua con limón y pepino. Otro ya comenzaba a tomar las medidas de mi cintura.

—No sé si... —empecé a decir, incómoda.

—No te preocupes —cortó Emir, ahora al teléfono en un rincón de la sala—. Deja que se encarguen de esto. Saben lo que hacen.

Claro que lo saben, pensé. Están entrenados para convertir a cualquier mujer en un adorno digno del nombre Arslan.

Cuando me puse el primer conjunto, un traje blanco de sastrería, me sentí absorbida por la tela. El corte era perfecto, como

si hubiera sido diseñado para alguien con una historia diferente a la mía. Los zapatos de tacón fino eran demasiado elegantes para alguien que había pasado los últimos días en chanclas de hospital.

Después de tres cambios de ropa, una sesión de fotos improvisada y ajustes milimétricos, me llevaron a una sala en el piso de arriba, donde todo parecía aún más irreal.

Las paredes eran de vidrio esmerilado, las luces suavizadas, la música de fondo era clásica e instrumental, baja y constante. Olía a flores frescas y productos caros. Una mujer con un impecable moño, bata beige y mirada analítica se acercó.

—Natural con autoridad —dijo, evaluando mi rostro—. Necesitamos que parezca que naciste para esto, aunque hayas venido de la jungla.

Debería haber reaccionado. Debería haberme ido. Pero me acordé: *es por Murat...*

Permanecí allí, inmóvil, mientras manos entrenadas trabajaban en mi cabello, preparaban mi piel, redefinían mis facciones con pinceles precisos. El maquillaje era sutil, pero perfecto. Los ojos más marcados, los labios naturales, pero simétricos. Nada era al azar. Ni el labial.

Cuando todo terminó, me guiaron hasta un espejo grande, rodeado de luces doradas suaves. Me quedé paralizada.

La mujer reflejada allí no era yo.

Parecía poderosa. Intocable. Un ícono de elegancia contenida. El cabello caía en suaves ondas. El traje blanco acentuaba cada curva con precisión quirúrgica. Su mirada mostraba algo de altivez.

Pero por dentro, todo en mí gritaba.

Aún era la mujer que dormía en un sillón de hospital, que despertaba sudando frío, temerosa de perder a su hijo. Que firmó un contrato en desesperación.

Vi a Emir detrás de mí, reflejado en el espejo. Me observaba como quien evalúa un plan bien ejecutado.

—Estás lista —dijo, con firmeza.

Tragué saliva. El tacón me dolía... la tela me picaba y yo... me sentía ausente de mí misma.

—Para el mundo, tal vez —susurré—. Pero ya no sé quién soy cuando nadie me está mirando.

Él no respondió, y tal vez no tenía nada que decir. Porque esa mujer en el espejo… no era libre. Era solo parte del teatro que salvaría a Murat y, por él, yo entraría en escena.



Emir
ARSLAN

Capítulo 34

La mansión Arslan se alzaba frente a nosotros como un monumento a la tradición y al miedo. La fachada, revestida de piedras pulidas y columnas sobrias, parecía más un tribunal que un hogar. Las luces exteriores proyectaban sombras largas sobre las paredes, y hasta el silencio parecía calculado.

Gabriela caminaba a mi lado con pasos controlados, casi rígidos. Llevaba el mismo vestido blanco del día anterior, pero allí, bajo ese techo, parecía aún más impecable y, al mismo tiempo, más fuera de lugar. Ella no era parte de ese mundo.

Todavía no…

Cuando entramos, el vestíbulo nos tragó con su suelo de mármol gris, vitrales apenas opacos y una escalera curva que conducía a los salones superiores. El aire allí dentro olía a madera antigua, perfume caro y normas invisibles.

Ella lo sintió. Lo vi en sus ojos.

—Tranquila —murmuré, cerca de su oído—. Van a ponerte a prueba. A mirarte por dentro. Pero no tienes derecho a quebrarte.

Gabriela no respondió. Solo alzó el mentón con una firmeza que no esperaba ver tan pronto. Su silencio era una armadura.

Los empleados abrieron la doble puerta del salón principal. La luz dorada de los candelabros de cristal llenaba el ambiente, arrojando brillos sutiles sobre los muebles clásicos, los retratos familiares y los ojos atentos que nos esperaban.

Mi padre, Burak, estaba sentado en la cabecera del amplio sofá en forma de U. Su postura era la de siempre, relajada solo en apariencia. Los dedos tamborileaban sobre el brazo de cuero mientras sus ojos estaban clavados en la puerta incluso antes de que se abriera. Un juez en su trono.

Hande, mi madre, estaba sentada a la izquierda, con las piernas cruzadas, un batín de seda color crema y joyas discretas. Su sonrisa era amable... pero vacía, fría, como el reflejo de un espejo.

Mirelle, recostada contra una de las columnas, sostenía una copa de vino tinto, observando con una expresión casi divertida, como quien espera ver una obra a punto de desmoronarse.

Nedja, la mayor, ni siquiera intentaba fingir simpatía. Estaba de pie junto a la estantería, con los brazos cruzados y los labios apretados. Su mirada era clínica, calculadora. Observaba a Gabriela como si evaluara una pieza defectuosa.

—Buenas noches —dije con firmeza al entrar con Gabriela a mi lado—. Imagino que todos están ansiosos por conocerla oficialmente.

Burak no respondió. Ni siquiera con un gesto. Solo miró a Gabriela como si esperara que tropezara con su propia sombra.

Mi madre fue la primera en levantarse, cruzando la alfombra persa con pasos suaves.

—Gabriela, querida —dijo con una gentileza ensayada—, bienvenida a nuestra casa. Espero que estés dispuesta a entender lo que eso significa.

Gabriela la saludó con una leve inclinación de cabeza. Sus hombros estaban tensos, pero firmes.

—Estoy dispuesta a dar lo mejor de mí.

Hubo un silencio repentino.

—Habla bonito —dijo Mirelle, alzando la copa en un brindis sarcástico—. Por lo menos no es solo una cara bonita.

—Mirelle —advertí, seco.

Gabriela giró el rostro hacia mi hermana y, con una sonrisa sutil, respondió.

—Hablo lo necesario y escucho todavía mejor.

La tensión se volvió electricidad en el aire.

Mirelle alzó las cejas, sorprendida y quizá incluso levemente impresionada.

Mi madre volvió a sentarse. Burak se puso de pie, caminando lentamente hacia nosotros, sin apartar la mirada de Gabriela, como si intentara descifrarla por completo antes de decidir si valía la pena odiarla.

Burak no dijo ni una palabra. Solo hizo un gesto sutil con la mano, indicando que podíamos avanzar hacia el comedor. El mensaje era claro: aún no tenía un veredicto. Gabriela sería evaluada...

La cena ya estaba servida sobre la larga mesa de roble macizo, con vajilla blanca de bordes dorados, cubiertos alineados con precisión casi militar y copas de cristal impecablemente pulidas. Todo allí gritaba perfección y control.

Gabriela se sentó a mi lado y pude notar su esfuerzo por mantener la postura. La espalda recta, los hombros firmes, las

manos reposando sobre el regazo. Pero sus ojos estaban atentos. Leían el ambiente, absorbían cada gesto y cada palabra no dicha.

Hande, mi madre, fue la primera en hablar mientras servían la sopa.

—¿Y cómo se conocieron tú y Emir? —preguntó con voz suave, pero cargada de intención.

Gabriela me miró de reojo antes de responder.

—Nos conocimos en un evento. En uno de esos encuentros sociales.

Buena elección.

Mi madre solo asintió con una leve sonrisa.

—Imagino que fue algo inolvidable —agregó mientras cortaba el pan con delicadeza.

—De cierta forma, lo fue —dijo Gabriela—. A veces, lo inesperado es lo que lo cambia todo.

Mirelle sonrió, apoyando el mentón en la palma de la mano, con un brillo travieso en los ojos que dejaba claro que esto apenas estaba comenzando.

—Ah, ¿entonces mi hermano es tu príncipe encantado?

La frase cayó sobre la mesa como un chasquido, lo suficientemente liviana para parecer una broma, pero tan afilada como solo Mirelle sabía ser.

Gabriela sonrió con delicadeza, pero sin bajar la mirada.

—Los príncipes encantados no suelen existir. —Tomó con calma la copa de agua, manteniendo la mirada firme—. Pero a veces, la vida junta a dos personas improbables en el momento justo.

Mirelle alzó las cejas, divertida.

—Qué respuesta tan diplomática.

La tensión se convirtió en un hilo invisible entre ellas. Mirelle se recostó un poco más en la silla, satisfecha con el intercambio. No había ganado, pero tampoco había perdido. Para ella, eso era suficiente por ahora.

Hande limpió discretamente las comisuras de los labios con la servilleta y retomó la palabra.

—Imagino que esta nueva etapa exige mucho de ti, Gabriela. El matrimonio, los compromisos, adaptarte a nuestro entorno…

—Sí, exige —respondió Gabriela, con franqueza—. Pero he aprendido que los cambios más difíciles son los que más valen la pena.

Burak soltó un sonido bajo, casi un suspiro, o tal vez una advertencia velada de que ya había oído suficiente.

Nedja, que hasta entonces había permanecido en silencio, levantó la vista del plato.

—¿Estás dispuesta a vivir con reglas? Porque aquí, hasta el silencio tiene protocolo.

—Creo que puedo adaptarme a casi todo. —Gabriela no dudó.

Por un instante, nadie dijo nada. El tenedor de Mirelle descansó en el borde del plato. Hande tomó un sorbo de vino y Burak continuó con esa mirada de hielo controlado, como si midiera, con precisión milimétrica, cuánto de esa mujer era una amenaza o una ventaja.

Gabriela cruzó suavemente los tobillos bajo la mesa, acomodó la servilleta en su regazo y, sin necesidad de palabras, dio la impresión de que pertenecía a ese lugar.

Lo estaba haciendo muy bien, incluso bajo toda esa presión. Eso yo no podía negarlo.



Gabriela KAYA

Capítulo 35

El auto cortaba la noche como una flecha lanzada en silencio. Yo observaba la ciudad por las ventanas oscuras, pero todo me parecía demasiado distante. Las luces, los edificios, la gente... nada me conmovía. Solo el peso de lo que acababa de pasar seguía vibrando en mi pecho.

La cena, esa casa y las miradas sobre mí todo el tiempo.

Por dentro, todavía me sentía rígida. Como si mi cuerpo apenas ahora entendiera el esfuerzo que había significado pasar por la prueba silenciosa que fue sentarme a la mesa con los Arslan. Cada palabra que decía estaba medida, mientras que cada gesto era analizado con crueldad. Pero resistí.

A mi lado, Emir permanecía en silencio. Con las manos en el volante y el rostro impasible, como si todo aquello hubiera sido apenas una reunión más, una negociación más. Tal vez, para él lo fue.

El auto se detuvo frente al hospital donde dormía mi hijo, conectado a cables y esperando por mí. Mi corazón se aceleró y las manos me sudaban. No era por nervios, sino por urgencia.

Solo quería salir corriendo de ahí y estar con él. Tocarlo, olerlo. Recordar por qué estaba soportando todo esto.

Cuando el guardia abrió la puerta, bajé. El tacón del zapato resonó sobre el piso de la acera. Emir me acompañó hasta la entrada. Su presencia tan cercana seguía siendo incómoda, pero ya no me intimidaba. Esa etapa había quedado atrás.

Se detuvo a mi lado.

—Lo has hecho bien —dijo, con esa voz baja y firme, como si elogiar a alguien le costara trabajo.

Lo miré por un segundo. Detrás de esa cara dura, había algo. No era emoción. Pero tal vez... reconocimiento. O curiosidad.

—Hice lo que tenía que hacer —respondí—. Y voy a seguir haciéndolo... si tú haces tu parte. —No temblé al decirlo. No dudé. Porque ya estaba harta de fingir sumisión. Las reglas del juego estaban claras. Y si iba a jugar, también lo haría con mis reglas.

Él asintió despacio. Como si estuviera sopesando las palabras.

—Entonces tendremos un buen acuerdo.

Solté una risa breve, pero sin alegría.

—Esto no es un acuerdo, Emir. Es supervivencia. Para mí. Para ti. Y sobre todo... para nuestro hijo.

Guardó silencio por un momento. Luego dijo algo, antes de girarse.

—Solo sobrevive quien sabe jugar. Y tú... estás empezando a ser buena en eso.

Lo vi mientras regresaba al auto.

Solo entonces entré por las puertas del hospital, con los tacones marcando mi regreso al mundo real, ese que de verdad importaba.

Pasé por recepción, saludé con la mano a la enfermera que me reconoció al instante, y entré al ascensor. Cuando las puertas se cerraron, respiré hondo por primera vez en horas. El aire allí era estéril, helado, pero más honesto que cualquier cosa que hubiera experimentado en las últimas horas.

El piso del sector infantil estaba en silencio, con luz tenue y pasillos tranquilos. La vida allí era frágil, pequeña, pero persistente.

Cuando empujé la puerta del cuarto, el sonido del monitor cardíaco me envolvió como una melodía familiar. Solo entonces solté el aire contenido en el pecho.

La enfermera encargada de cuidarlo me saludó con un leve movimiento de cabeza y salió del cuarto, dejándonos solos.

Cerré la puerta tras de mí, apoyé la espalda contra ella por un instante y dejé que mi cuerpo se deslizara despacio hasta obligarme a enderezar los hombros.

Había vuelto al único lugar que tenía sentido.

Me acerqué a la cuna, dejando los zapatos en un rincón de la habitación.

Murat dormía, tan pequeño y fuerte. Su carita se veía más serena. La fiebre parecía haber bajado un poco. Su piel seguía pálida, pero menos tensa. Los párpados temblaban suavemente, como si soñara con algo demasiado lejano para mí.

Me arrodillé junto a la cuna, apoyé los codos en el borde y acerqué el rostro a centímetros del suyo.

—Mamá volvió —susurré, casi sin voz—. Aguanté todo. Por ti.

Pasé los dedos suavemente por su mejilla: caliente, suave, viva... y en ese toque, toda la tensión de la noche se deslizó de mis

hombros como agua.

Lloré en silencio. Sin sollozos ni desesperación. Solo dejé que las lágrimas cayeran. Como si el cuerpo necesitara vaciarse para poder seguir, porque al día siguiente habría más.



Emir
ARSLAN

Capítulo 36

El portón de la mansión se cerró detrás de mí con ese estruendo sordo y familiar, el sonido pesado del aislamiento. Sin embargo, esa noche se sintió diferente, como si algo en ese lugar hubiera cambiado.

Crucé el patio silencioso con los hombros tensos y el saco ya desabotonado. La corbata aflojada colgaba como una soga en mi cuello. El viento nocturno soplaba entre los árboles del jardín con una precisión calculada, como si fuera parte de un escenario diseñado para ocultar grietas.

El suelo de piedra bajo mis zapatos se sentía más frío. Más hostil. Todo en ese lugar permanecía perfectamente en su sitio: estático, rígido, intocable, como si el mundo allá afuera no existiera. Como si sentir fuera un error de diseño.

Aun así, yo… yo estaba empezando a cambiar algo que, en esta familia, rozaba la blasfemia.

Empujé la puerta principal con fuerza contenida. El mármol pulido del vestíbulo reflejaba mi silueta distorsionada bajo los candelabros de cristal. La luz amarillenta no daba calor, solo exponía. El aire olía a madera antigua y barniz. La mansión estaba en silencio, pero no dormida.

En la casa de los Arslan, el silencio nunca significaba paz. Era vigilancia.

Subí las escaleras con pasos controlados, cada uno más pesado que el anterior. Sabía que no iba a escapar de la conversación.

Burak Arslan ya me estaba esperando.

Estaba en la biblioteca. Siempre iba ahí cuando quería disfrazar un enfrentamiento de diálogo. El fuego de la chimenea crepitaba detrás de él, proyectando sombras largas sobre las paredes cubiertas de estanterías, como si incluso la luz supiera cuál era su lugar.

Mi padre estaba de pie, inmóvil frente a una de las ventanas, como un general contemplando su imperio. La corbata suelta, la camisa parcialmente desabotonada en el cuello, el vaso de whisky medio lleno entre los dedos, todo cuidadosamente planeado para parecer casual. Sin embargo, nada en Burak Arslan era casual. Ni el silencio con el que me recibió ni la forma en que sus ojos oscuros me cortaron apenas entré, como si intentara medir hasta qué punto yo aún pertenecía a la imagen que él había construido para mí.

—Ella lo hizo bien —dijo, sin girarse—. Mejor de lo que esperaba.

No respondí de inmediato. Me acerqué a la estantería, pasando el dedo por los lomos de los libros. Todo ordenado y meticulosamente catalogado. Tal como él esperaba que fuéramos.

—Gabriela sabe defenderse —dije al fin—. No se doblega fácilmente.

Burak dio un pequeño sorbo al whisky y se giró, analizando mi rostro como si buscara alguna grieta.

—Ojalá siga así. Ser subestimada es su mayor ventaja… y su mayor trampa.

Quiso decir más y amenazar, como siempre hacía, pero se contuvo.

Porque, por primera vez, yo ya no estaba completamente bajo su control.

—Estás diferente —murmuró—. Espero que no estés dejando que la debilidad te guíe.

Lo miré directo a los ojos. No necesité decir nada. Él lo supo.

Salí de la biblioteca con la sangre un poco más caliente de lo que me habría gustado. Los pasillos estaban vacíos, pero esa casa nunca estaba realmente vacía. Fue ahí, en el pasillo del segundo piso, donde apareció Nedja.

La hermana mayor. Esa que observaba más de lo que hablaba.

—Emir —me llamó, apoyada contra la pared, con los brazos cruzados—. ¿Podemos hablar?

Me detuve, impasible.

—Ya estamos hablando.

—¿Qué estás haciendo? —Su tono no era acusatorio. Era… curioso—. Siempre has sido frío. Distante. Incapaz de involucrarte —continuó—. Y ahora apareces con una mujer, una ceremonia apresurada, y una expresión en el rostro que no te pertenece. ¿Qué está pasando?

—Estoy protegiendo a la familia —respondí—. Como todos lo hacemos.

Ella entrecerró los ojos. Su silencio decía más que cualquier argumento.

—Esto no es solo protección —susurró—. Esto es… otra cosa. Te importa ella.

Respiré hondo.

—Me importa lo que debe hacerse.

—No me mientas, Emir —dijo antes de alejarse—. Reconozco cuándo algo se está saliendo de control. Y Gabriela… te está sacando de tu centro.

Me quedé quieto en el pasillo, observando el vacío donde ella había estado segundos antes.

Todo en ese lugar estaba hecho para moldear. Para endurecer. Para silenciar.

Pero algo… empezaba a resquebrajarse por dentro.

Al día siguiente, Cem y Baran, mis hermanos, se cruzaron conmigo en el jardín.

—Tu novia es guapa y parece tener más agallas que la mayoría aquí —comentó Baran, entre casual y provocador.

Cem, como siempre más contenido, solo me lanzó una mirada curiosa.

—Solo espero que sepas lo que estás haciendo.

No respondí, pero lo sabía: por primera vez, no se trataba solo de una misión. Era personal, y Gabriela, con su fuerza silenciosa, estaba abriendo grietas donde ni yo sabía que existían.



Gabriela KAYA

Capítulo 37

El sol apenas comenzaba a filtrarse por las persianas de la habitación del hospital cuando abrí los ojos. No porque hubiera dormido, sino porque mi cuerpo, agotado, me obligó a desmayarme por unas horas.

El cuarto estaba en silencio, excepto por el sonido constante y regular de los aparatos. Murat seguía dormido, con los bracitos afuera de la manta liviana, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo tranquilo.

Me acerqué y besé su frente caliente.

—Estás luchando, mi amor —susurré algo que ya se había vuelto un mantra.

Tomé mi celular de la mesa de noche, solo para ver la hora. Pero lo primero que me golpeó fue la avalancha de notificaciones. Llamadas perdidas. Mensajes acumulados. Y uno de ellos, de Derya, con el aviso: "Atiende. URGENTE".

El teléfono empezó a sonar de nuevo antes incluso de que pensara en responder.

—¿Derya? —atendí, con el corazón ya acelerado.

—¿¡TE VAS A CASAR CON EMIR ARSLAN!? —gritó desde el otro lado de la línea, tan fuerte que tuve que alejar el teléfono de la oreja.

—Derya, cálmate… —intenté decir, pero ella no paró.

—¡Abro el sitio de Gazete Istanbul y ahí está: 'Heredero de Arslan Holding anuncia compromiso con misteriosa periodista' y tu foto está ahí! ¡Vivimos juntas, Gabriela! ¿Y tuve que enterarme al mismo tiempo que el resto del país?

Me llevé una mano a la frente y cerré los ojos un momento.

El dolor de cabeza llegó como un puñetazo.

—No podía contártelo. No era seguro.

—¿Desde cuándo formas parte de la realeza del submundo? —exclamó, y luego soltó una risa nerviosa—. Dios mío, Gabi… ¿qué pasó?

Miré a Murat, al suero, al monitor, y a todo lo que había perdido por proteger lo poco que me quedaba.

—Pasó que hice lo que tenía que hacer —respondí, firme—. Y ahora ya no hay vuelta atrás.

Derya guardó silencio por unos segundos. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja, pero llena de tensión.

—Esto es por Murat, ¿verdad?

Asentí, aunque ella no pudiera verme.

—Siempre es por él.

—Gabi, ¿qué hiciste?

—Acepté un acuerdo —susurré.

Pero era eso o perder lo único que me mantenía viva.

Del otro lado de la línea, Derya no respondió por un momento.

Luego dijo algo más despacio.

—¿Y ahora?

Suspiré, mirando de nuevo a mi hijo.

—Ahora finjo que pertenezco a un mundo que quiere tragarme viva.

Del otro lado de la línea, Derya aún respiraba hondo, asimilando todo lo que acababa de decirle. Su silencio dolía más que cualquier grito.

Sabía que tenía mil preguntas, que intentaba encajar las piezas, llenar los huecos entre lo que creía saber de mí y lo que veía en los titulares. Sin embargo, tenía que decírselo antes de que ella preguntara.

—Derya… —Mi voz salió más baja de lo que quería—. No puedes contarle a nadie de Murat.

—¿Qué?

—Nadie puede saber que él existe. No por ahora.

Otro silencio. Pero este era más tenso. Más alarmante.

—¿Estás escondiendo al hijo de él de la prensa?

—Estoy protegiendo a mi hijo del mundo de los Arslan —corregí, firme—. Ellos hicieron un acuerdo. Un juego. Un matrimonio de fachada. Pero Murat… él es real y no puede formar parte de eso. No va a ser portada de revista. No va a ser arma política. Es solo un bebé y lo único que quiero es que viva.

Del otro lado de la línea, escuché a Derya soltar el aire lentamente. Como quien entiende. Como quien siente.

—¿Y Emir? ¿Estuvo de acuerdo con eso?

—Estuvo de acuerdo con lo necesario —respondí, cansada—. Y el resto finge que no lo ve. Tal vez sea mejor así.

—Gabi… —Su voz estaba llena de cuidado—. No tenía idea… te lo juro… ¿Estás cargando todo esto sola?

Tragué saliva. Mi mirada volvió al rostro dormido de Murat, con su mejilla rosada y el sonido suave y constante del monitor cardíaco.

—No estoy sola —susurré—. Lo tengo a él y eso me basta.

—Está bien —dijo Derya, más suave ahora—. Tu secreto está a salvo conmigo. Lo juro.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo cómo el aire escaso llenaba mi pecho.

—Gracias —respondí—. No sé qué va a pasar de ahora en adelante. Pero si algún día todo esto estalla, necesito que alguien recuerde quién soy en realidad.

—Yo voy a recordarlo —dijo, con una firmeza que casi me hizo llorar—. Siempre.

Cuando la llamada terminó, dejé el celular sobre la mesita y fui hasta la cuna.

Toqué los deditos de Murat con la punta de mi índice. Se movió levemente, como si reconociera el contacto incluso dormido.

Ese mundo allá afuera podía tragarme con tacones, maquillaje y contratos.

Pero aquí… Aquí yo era solo madre, y ese era el único papel que nadie iba a obligarme a interpretar.

El hospital parecía más silencioso que de costumbre esa noche.



Emir
ARSLAN

Capítulo 38

La oficina de Arslan Holding estaba inquieta, más de lo habitual.

Las puertas de vidrio se cerraban con demasiada fuerza. Los pasos resonaban en el pasillo como un compás de ansiedad contenida, y cada mirada lanzaba preguntas silenciosas que nadie se atrevía a verbalizar, al menos no frente a mí.

Pasé la mañana inmerso en informes de riesgo y actualizaciones informáticas. Había señales claras de una posible filtración de datos, alguien interno, cercano o lo bastante imbécil como para pensar que podía meterse con los Arslan sin pagar las consecuencias.

Pero el tiempo era limitado, y había que redirigir el enfoque, al menos por unas horas.

El celular vibró sobre la mesa. La notificación era de la Revista Estilo & Sociedad:

"¿El compromiso más inesperado del año? Emir Arslan, el heredero impenetrable, ¿por fin se rinde al amor?".

Rodé los ojos. La foto era reciente. Un montaje de la noche de la cena en la mansión. Gabriela a mi lado, con el rostro en alto, expresión neutra. Yo, como siempre, inmutable. Pero el titular era perfecto. Exactamente como lo habíamos planeado. O casi...

Suspiré, cerré la laptop y acomodé el saco antes de salir de la oficina. Galip me seguía, como de costumbre, con la mirada alerta y ese andar silencioso de quien conoce el juego tanto como yo.

—La prensa está bajo control —comentó al entrar conmigo al ascensor—. Les dimos lo que querían. Fotos, detalles ensayados, frases con gancho. Van a masticar esto durante semanas.

—Mientras no lo mastiquen más de lo necesario —respondí—. Gabriela no puede exponerse más allá de lo que marca el guion. Ni una línea fuera de control.

—Ella va a seguirlo. Ya entendió su papel.

No respondí. Porque sabía que no era tan simple. Ella lo entendía, sí, pero Gabriela no estaba hecha para la obediencia ciega, y ese era justamente el problema y mi maldita fascinación.

El auto me esperaba en la entrada. Subí sin ceremonias, protegido por los vidrios polarizados que me aislaban del mundo que sentía tener derecho a observarme.

El trayecto hasta el hospital fue breve, pero el corazón me latía como si me dirigiera a un campo de batalla. No por el evento, ni por las cámaras.

Sino porque sabía que la mujer a la que iba a recoger no era solo un nombre en un contrato. Era Gabriela, y ella nunca dejaba nada sencillo.

Cuando me detuve frente al hospital, respiré hondo, ajusté los puños de la camisa y salí del auto.

Hoy, el mundo tendría su primera dosis pública de eso que querían llamar amor. Pero para mí… era guerra. Gabriela, aunque no lo supiera, era mi única aliada y también mi mayor amenaza.

Las luces frías de los pasillos iluminaban los rostros cansados de médicos y enfermeras que pasaban apresurados, cada uno sumido en su rutina de emergencias y pequeñas victorias diarias.

Las puertas del área pediátrica se abrieron con un leve chasquido. Caminé con paso firme, como si quisiera pasar desapercibido, lo cual era imposible. La recepcionista me miró con esa mezcla de respeto y tensión incómoda.

Sabía quién era yo. Todo el mundo lo sabía.

La habitación de Murat era la misma desde que Gabriela había llegado a Estambul: discreta, monitoreada y protegida. Galip se había encargado personalmente de eso.

Empujé la puerta con cuidado, casi en silencio. No sabía si Gabriela ya estaba lista o si todavía se estaba arreglando para el evento. Lo que me golpeó primero, sin embargo, fue el sonido constante y delicado de los aparatos.

Y ahí estaba él, envuelto en cables y mantas claras, dormido.

Murat… pequeño y frágil, pero absurdamente presente.

Me acerqué a la cuna sin apuro, sin palabras, solo con ese peso extraño en el pecho que no sabía cómo nombrar. Mi mirada recorrió sus rasgos. Y ahí estaba, otra vez, esa maldita semejanza que yo insistía en ignorar: la forma de la mandíbula, la curva de los labios, la sombra en la mirada, incluso dormido. Era mío. No necesitaba pruebas. La sangre que corría por sus venas era la misma que corría por las mías.

Tragué en seco. Por un instante, el sonido de la ciudad, de los negocios, de toda mi vida pareció demasiado lejano.

Estiré la mano con duda, deteniéndola a centímetros de su pequeño brazo. Podía tocarlo. Pero no lo hice. No todavía.

Porque el simple hecho de estar ahí, parado frente a ese ser diminuto, vulnerable, y mío, ya se sentía más íntimo que cualquier otra cosa que hubiera hecho en los últimos años.

Yo era un Arslan. Entrenado para liderar, dominar y vencer. Pero frente a ese bebé, no era nada de eso. Era solo un padre. Y aunque no quisiera admitirlo, me estaba encariñando...

El sonido de pasos me hizo volver a la realidad. Giré el rostro y la vi.

Gabriela llevaba un vestido oscuro de tela fluida, elegante sin esfuerzo, maquillaje suave pero impactante. El cabello recogido en un moño bajo. Pero lo que más me atrapó fue su mirada. Me había visto ahí, parado frente a nuestro hijo, y no dijo nada. Solo nos observó por un segundo, sin armadura.

Carraspeé, me acomodé el saco y disimulé.

—¿Estás lista? —pregunté, con la voz demasiado ronca.

Ella asintió.

En ese silencio cargado de todo lo que aún no sabíamos cómo decir, salimos de la habitación. Sin embargo, dejé un pedazo de mí ahí dentro, junto a la cuna, y no quise recuperarlo.



Gabriela KAYA

Capítulo 39

El auto se deslizó en silencio por la larga alameda de mármol blanco hasta la entrada principal del hotel. Afuera, los flashes no dejaban de dispararse, como una tormenta de luz, cada clic era más insistente que el anterior. El sonido amortiguado de las voces, de periodistas y socialités intentando espiar detrás de los guardias de seguridad, se colaba por el vidrio polarizado de la limusina.

Mi corazón latía con fuerza.

La pulsera de diamantes que Emir había mandado a diseñar más temprano brillaba en mi muñeca con una elegancia que se sentía irónica. Pesaba más de lo debido, como si me recordara todo el tiempo que yo no era parte de ese mundo. No de verdad.

A mi lado, Emir ajustaba los puños de su camisa con la precisión de alguien que había nacido bajo la mirada de todos. El traje oscuro le quedaba con una perfección brutal. Parecía hecho de

mármol y acero, y lo entendí: en ese mundo, así era como se sobrevivía.

Me miró de reojo.

—¿Lista?

Tragué saliva. Respiré hondo.

—Como alguien a punto de entrar al matadero.

Esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Es más o menos eso, sí.

La puerta se abrió y el mundo explotó en luz.

Bajé con cuidado, manteniendo la cabeza erguida, como él me había enseñado. Su mano apretaba la mía: firme, pero nada cariñosa. Una conexión ensayada.

El vestíbulo del hotel era un templo del lujo, compuesto por columnas de mármol blanco que se elevaban hasta un techo de cristal, reflejando las luces de los candelabros dorados como si fueran estrellas alineadas. El piso brillaba tanto que casi podía verme en él. Había arreglos florales tan altos como árboles. Meseros con bandejas de plata se deslizaban entre mujeres deslumbrantes y hombres en trajes hechos a medida.

Pero lo que realmente me golpeó… fueron las miradas.

Cientos de ojos. Algunos curiosos, otros con sonrisas plásticas pegadas al rostro. Sin embargo, la mayoría cargada de juicio, desprecio y pura discriminación social.

Sentí un escalofrío en la espalda. Se me revolvió el estómago.

Yo era la extraña. La "intrusa". La mujer que nadie conocía y todos querían descifrar.

—Me están desnudando con la mirada —murmuré a Emir, aún con la sonrisa ensayada en los labios.

—Acostúmbrate —respondió él, sin mirarme—. Ahora eres una noticia. Eres de interés público.

—Esto parece más un tribunal que una fiesta.

Se inclinó levemente, sus labios casi rozaban mi oído.

—En los círculos en los que vivimos, Gabriela, es exactamente eso. Fiesta y juicio van de la mano.

Caminamos por el salón como dos generales en desfile. La prensa era mantenida a distancia y los invitados se acercaban con cautela, como si quisieran probar mi resistencia al primer contacto.

Una mujer rubia con un vestido rojo carmesí apareció con una sonrisa digna de un comercial, junto con un periodista pegado a ella.

—¡Señor Arslan, felicidades! ¡Qué agradable sorpresa! —dijo ella, girándose hacia mí con un entusiasmo cuidadosamente calculado—. Y tú, Gabriela... la novia que nadie vio llegar. Encantadora.

Sonreí. Estaba aprendiendo a dosificar simpatía con frialdad.

—Un placer.

—¡Y con mucho estilo! —exclamó, tocándome levemente el brazo mientras me analizaba el vestido de arriba abajo.

Era un Elie Saab original: negro, fluido, con un escote sutil en la espalda, la silueta delineada como una escultura en movimiento. No me sentía yo misma con él, pero estaba aprendiendo a interpretar un papel.

—Gabriela se adapta rápido —dijo Emir, con una calma impecable—. Más rápido de lo que esperaba.

¿Había orgullo en su voz? ¿O solo era una observación?

No supe decifrarlo.

Caminamos unos pasos más, y sentí que el peso aumentaba. Las miradas nos seguirían toda la noche. El juicio no terminaría con

las sonrisas. Pero me mantuve firme.

Porque lo que ellos veían era a la mujer del contrato. A la novia Arslan. Pero lo que nadie veía era que, detrás de cada gesto elegante y cada palabra bien colocada, había una madre con el corazón hecho pedazos, una mujer que luchaba con uñas pintadas y tacones altos por una vida pequeña en una cuna blanca. Yo iba a hacer esto hasta el final. Aunque todo eso me destrozara por dentro.

El sonido de los tacones sobre el mármol del salón resonaba como un recordatorio de dónde estaba y de lo que acababa de ocurrir.

La fiesta había terminado.

Las últimas copas tintineaban entre sonrisas falsas. Los fotógrafos guardaban sus flashes, satisfechos con el banquete de imágenes. El perfume caro de las mujeres aún flotaba en el aire, mezclado con olor a champán y ambición.

Había sobrevivido. Sin embargo, algo dentro de mí seguía temblando.

Salimos por las puertas doradas del salón bajo las miradas de los curiosos y los calculadores. El chofer nos esperaba, parado junto a la limusina negra. Emir me abrió la puerta, en un gesto demasiado caballeroso como para parecer genuino.

Entré en silencio, con el vestido deslizándose como una sombra a mi alrededor. Él subió enseguida, y la puerta se cerró con un clic que me sonó al inicio de otra cosa.

El auto arrancó.

Cerré los ojos por un momento, sintiendo la vibración del motor contra el asiento. El calor de la noche era atrapado dentro del coche. Traté de concentrarme en la imagen de Murat. En su carita dormida. En el sonido constante del monitor al lado de su cuna.

Lo único que quería era verlo.

—¿Podemos ir directo al hospital? —pregunté, abriendo los ojos y mirando a Emir.

No respondió de inmediato. Miraba por la ventana, con los ojos fijos en algún punto indefinido de la ciudad.

—¿Emir?

Finalmente, giró el rostro.

—No. Todavía no.

La tensión subió como un rayo por todo mi cuerpo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Vamos a otro lugar. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Trabajo? —repetí, con la voz tensa—. ¿Qué clase de trabajo te exige que me alejes de mi hijo en plena noche?

Respiró hondo, luego soltó el aire despacio.

—Gabriela… el tiempo está en nuestra contra. Murat necesita un hermano compatible. Tenemos un plan. Sabes cuál es. —Su voz era fría—. Y ya no podemos darnos el lujo de dudar.

Mi estómago se revolvió.

El significado de cada una de sus palabras se clavó en mi piel como astillas invisibles.

Miré por la ventana. Las luces de la ciudad pasaban rápido, como manchas borrosas de una realidad que ya no controlaba. Entonces entendí que no íbamos al hospital. Íbamos a un hotel discreto y lujoso. Una fachada perfecta para secretos bien guardados.

Sentí que el vestido me apretaba el pecho. De pronto, el aire parecía más escaso.

—¿Quieres que pase hoy? —pregunté, casi en un susurro.

—Quiero asegurarme de que él tenga una oportunidad de vivir —respondió—. Y tú dijiste que estabas dispuesta a hacer lo que fuera por eso.

Aparté el rostro, mordiéndome el labio para no gritar.

No por rabia. Sino por el dolor de sentirme empujada al borde de mí misma.

No se trataba de deseo, sino del precio del amor de una madre.

El auto se detuvo.

Emir bajó primero. La puerta se abrió para mí como una trampa delicada.

Bajé, y las luces suaves del vestíbulo me cegaron por un segundo. El suelo era de mármol pulido, las flores frescas en los arreglos exhalaban opulencia, y el recepcionista ni siquiera nos miró a los ojos. Solo entregó la llave. Discreción absoluta.

Subimos en silencio, y cada piso que atravesaba el elevador se llevaba un pedazo de mi resistencia.

En el reflejo del espejo, vi a una mujer alta, elegante, con el maquillaje perfecto y la mirada llena de dolor contenido.

Era yo, pero también ya no lo era.

Cuando la puerta de la suite se abrió, el olor era de madera fina y sábanas limpias. El lugar era amplio, claro y lujoso, como si intentara suavizar lo que estaba a punto de ocurrir.

Me quedé en la entrada por un instante.

Emir entró, se quitó el saco y lo dejó sobre un sillón.

—¿Te vas a quedar ahí?

Respiré hondo y pensé en Murat. En su cuerpito, su llanto débil y su futuro deslizándose entre los dedos. Entonces, entré.



Emir
ARSLAN

Capítulo 40

La puerta se cerró detrás de ella con un clic suave.

La suite estaba sumida en una penumbra elegante, diseñada para seducir sin esfuerzo. Unas cortinas gruesas ocultaban la ciudad allá afuera, amortiguando el ruido del mundo. La lámpara encendida junto a la cama arrojaba un resplandor ámbar sobre las sábanas blancas e impecables. Había olor a madera pulida y a lavanda tenue. Un lugar pensado para ocultarlo todo, menos lo que sentimos.

Dejé el saco sobre el sillón de cuero con un gesto automático, como si me quitara algo más que solo la tela. Gabriela seguía parada en el mismo lugar, cerca de la puerta. El vestido se ajustaba a su cuerpo con una naturalidad que irritaba.

Parecía fuera de lugar allí y, al mismo tiempo, más presente que todo lo demás.

Dije lo único que me quedaba por decir.

—Si quieres detenerte, dímelo ahora. Pero entiende lo que está en juego. —Mi voz sonó firme. Calculada. Pero por dentro, esa rigidez ya empezaba a resquebrajarse.

Ella respiró hondo, con un gesto casi imperceptible, pero que sentí como un cambio en el aire. Entonces entró del todo, sin decir una palabra, como quien cruza una línea de la que ya no se puede volver.

Por un segundo, aparté el rostro. Como si mirarla demasiado me hiciera perder la razón, aunque era inevitable.

Gabriela se quitó los zapatos con movimientos tranquilos, meticulosamente contenidos. Caminó hacia la ventana y apoyó la mano en el marco de la cortina. La luz de la ciudad se filtraba en finos haces entre la tela, y su silueta se delineó ahí: firme, melancólica… casi demasiado hermosa.

Hermosa…

No en el sentido convencional de la palabra, sino de ese tipo de belleza que te desarma cuando menos lo esperas. Me descubrí observándola más de lo que debía. El mismo cabello suelto que me atrajo aquella primera noche, la mirada desafiante que me lanzó cuando le ofrecí dinero, y el cuerpo que bailó conmigo como si el mundo no existiera.

No era amor, era deseo imposible de ignorar.

Apreté la corbata con un gesto brusco, como si pudiera quitarme de encima el peso de lo que estaba a punto de pasar.

Es por Murat, repetí mentalmente. *Solo por él.*

Pero cada curva que recorrían mis ojos, cada movimiento sutil que ella hacía, gritaba algo distinto.

Gabriela giró el rostro hacia mí, pero no dijo nada, ni le hacía falta. Había decisión en cada línea de su cuerpo. Y algo más: un rencor resignado. Como si estuviera allí no como mujer, sino como escudo.

Aun así, era imposible no verla. Gabriela no era solo la madre de mi hijo. Era la mujer que me desafiaba en silencio, que no pedía nada, pero exigía todo con la mirada.

Acorté la distancia entre nosotros despacio. El sonido de la alfombra bajo mis pasos amortiguaba la tensión, pero dentro de mí, todo latía con fuerza.

Estábamos por hacer algo que, aunque tuviera todas las excusas del mundo, no podía fingirse como una simple estrategia.

Ella no retrocedió y, en ese silencio denso de una suite demasiado cara para lo que realmente importaba, lo entendí: *entre lo que quiero proteger y lo que quiero poseer está Gabriela.*

Se estaba volviendo peligrosa de una forma que ni siquiera el poder de los Arslan podía controlar.

La tensión entre nosotros era palpable, como un cable eléctrico a punto de reventar. Gabriela mantenía la mirada fija en mí, desafiante, incluso cuando me acerqué lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo. Su perfume, algo suave y ligeramente dulce, se metía en mis sentidos, impidiéndome pensar con claridad.

Extendí la mano, toqué su mentón con los dedos y levanté su rostro hasta que nuestras miradas se encontraron de lleno.

—¿Estás segura? —pregunté, con la voz más ronca de lo que hubiera querido.

Ella no dudó.

—Tú ya sabes la respuesta.

Era todo lo que necesitaba oír.

Mis dedos se enredaron en su cabello, atrayéndola hacia mí con una urgencia que ya no podía controlar. Nuestros labios se encontraron en un beso que no fue suave ni gentil, fue posesión, furia y la confirmación de algo que ambos llevábamos evitando mucho tiempo.

Gabriela respondió con la misma intensidad, sus dedos se aferraron a mi pecho, sus uñas se clavaron ligeramente en mi piel, incluso a través de la camisa. La empujé contra la pared, eliminando cualquier espacio entre nosotros.

Ella arqueó la espalda y un suspiro se escapó de sus labios cuando mi boca descendió hasta su cuello, mordisqueando su piel, dejando una marca que yo quería que recordara.

—Emir… —murmuró mi nombre, y algo dentro de mí se estremeció.

Mis manos descendieron por su cuerpo, explorando cada curva, cada línea que ya había imaginado tantas veces. Su vestido se deslizó fácil bajo mis dedos, y en un movimiento rápido, lo empujé hacia abajo, revelando la suavidad de su piel.

Gabriela no se escondió. Me sostuvo la mirada, respirando agitada, sus tetas subiendo con cada exhalación entrecortada. No pude resistirme, bajé la cabeza y atrapé uno de sus pezones con la boca, lamiendo y mordiendo hasta hacerla gemir.

Ella apretó mi cabello, tirando de mí hacia arriba otra vez, buscando mis labios con los suyos, con una necesidad que igualaba la mía.

La levanté, sus piernas se enroscaron de inmediato en mi cintura, y la llevé hasta la cama. La recosté sobre las sábanas blancas, cubrí su cuerpo con el mío y entrelacé nuestras piernas.

—Quiero verte —gruñí en voz baja—. Toda entera.

Gabriela no se opuso. Me ayudó a quitar lo que quedaba de su ropa, y yo hice lo mismo, arrojando mi camisa y deshaciéndome del pantalón con movimientos impacientes.

Cuando por fin no quedaba nada entre nosotros, me detuve un segundo, mi mirada recorrió cada centímetro de su cuerpo, como si fuera la primera y última vez. La luz ámbar de la lámpara acentuaba sus curvas, los pechos firmes con los pezones ya

endurecidos por la excitación, la cintura estrecha que se abría en caderas generosas, los muslos suaves entre los que apenas podía esperar para perderme. Ella respiraba rápido, con la piel enrojecida, los labios húmedos y entreabiertos.

—Eres peligrosamente hermosa —murmuré, con un gruñido cargado de deseo.

No respondió con palabras. En su lugar, extendió la mano y me atrajo hacia abajo, sus dedos se enredaron en mi cabello mientras nuestros labios se encontraban otra vez. El beso fue profundo, nuestras lenguas se enredaron con una mezcla de lujuria y rabia, como si ambos estuviéramos intentando demostrar algo. Mis manos bajaron por su cuerpo, tomaron sus tetas, froté sus pezones con los pulgares hasta sentirlos aún más duros bajo mis caricias.

—No te lo pienses demasiado —susurró contra mi boca, con una voz temblorosa pero desafiante.

No pensé.

Mi cuerpo se hundió sobre el suyo y mi verga, ya palpitando de necesidad, presionó su entrada. Un gemido escapó de sus labios cuando la penetré con lentitud, sintiendo cada centímetro de ella adaptarse a mí, cálida, apretada y perfecta. Contuve la respiración, luchando contra la urgencia de hundirme por completo de una vez.

—Oh… me vas a matar —gruñí, retrocediendo mis caderas antes de volver a avanzar, más profundo esta vez.

Gabriela arqueó la espalda, clavó los dedos en mi espalda, sus uñas dejaron marcas que sabía que iban a doler después, y yo quería que dolieran. Sus gemidos se volvieron más altos, más desesperados, mientras establecía un ritmo lento y torturante. Cada embestida era calculada para arrancarle todo el placer posible.

Mi mano bajó entre nuestros cuerpos sudorosos, mis dedos encontraron su clítoris hinchado. Froté círculos precisos, sintiéndola contraerse a mi alrededor con cada caricia.

—Emir… —gimió, con su cuerpo temblando.

—Quiero oírte —ordené, acelerando el movimiento de mis dedos mientras mis muslos golpeaban contra los suyos—. Quiero que grites.

Y gritó.

Su orgasmo la sacudió como un rayo, haciendo que su cuerpo se curvara bajo el mío. Sus músculos internos me apretaron con una fuerza casi dolorosa. No pude resistirlo. El calor, la contracción, y el sonido de mi nombre en su boca fueron demasiado. Mis caderas perdieron el control, me hundí en ella una última vez, mientras mi propio placer explotaba, tan intenso que mi vista se oscureció por un instante.

Nos quedamos así, pegados, jadeando, con los cuerpos aún unidos mientras las olas del orgasmo se desvanecían poco a poco. Me desplomé sobre ella, hundiendo el rostro en su cuello, respirando su aroma: lavanda, sudor y sexo.

Por un momento, no existía nada más allá de ese cuarto, de ese silencio denso, de nuestros corazones latiendo con fuerza y al mismo ritmo.

Entonces, cuando finalmente me aparté, rodando hacia un lado pero manteniendo un brazo sobre su cintura, Gabriela no dijo nada. Solo se quedó ahí, mirando al techo, con los labios entreabiertos y los ojos brillando en la oscuridad.

En ese instante supe que eso no había sido solo sexo. Fue una rendición. Y no estaba seguro de que alguno de los dos saliera entero de esto.



Gabriela KAYA

Capítulo 41

El pasillo del hospital estaba sumido en ese silencio clínico y artificial que solo los edificios médicos logran tener en plena madrugada. Las paredes blanquecinas, los susurros apagados tras las puertas cerradas, el zumbido constante de las luces frías: todo parecía cuidadosamente diseñado para anestesiar el caos de la vida. Aun así, mientras caminaba hacia la habitación de Murat, sentía que cada paso pesaba como si estuviera cruzando un desierto emocional interminable.

El vestido de diseñador parecía pegado a mi piel, como si no quisiera dejarme olvidar lo que había pasado horas antes, y la pulsera en mi muñeca, la misma que brillaba en el evento como símbolo de un supuesto cuento de hadas, latía contra mi cuerpo como un recordatorio cínico del precio que acepté pagar.

Cuando entré a la habitación, la luz azulada de las máquinas fue lo primero que me envolvió. Murat seguía en el mismo lugar, bajo la supervisión de la enfermera. Dormía tranquilo, con los

bracitos expuestos fuera de la manta ligera, con su respiración rítmica y suave como el aleteo de un pájaro. Los monitores parpadeaban con sus números y gráficos tranquilizadores, como si el mundo no se hubiera hecho pedazos allá afuera. Había una calma casi cruel en esa escena. Todo en él parecía en paz, estable, ignorando que la mujer a la que un día llamaría mamá acababa de atravesar una noche que la cambiaría para siempre.

Me acerqué despacio, me arrodillé junto a la cuna y deslicé los dedos entre los finos hilos de su cabello, tratando de anclarme a esa fragilidad valiente, intentando recordarme por qué hice lo que hice.

Me quedé ahí unos segundos, hasta que el olor de mi propia piel me alcanzó. Aún había perfume en mí, mezclado con sudor, con el tacto, con la presencia de Emir. Era como si él todavía estuviera ahí, impregnado en mi cuerpo de forma invisible, pero implacable.

Me levanté de golpe, como si alguien me hubiera empujado. Fui al baño, cerré la puerta y giré la traba con un chasquido que sonó como un grito ahogado. Miré el espejo con más valentía de la que pensaba tener. La mujer reflejada ya no era la misma. El maquillaje corrido creaba sombras alrededor de los ojos, el labial había desaparecido casi por completo y el cabello caía en mechones desordenados. Un reflejo íntimo del caos que hervía por dentro.

Había algo en mis ojos que gritaba que lo que había pasado no era solo físico. Esa era la parte más difícil de aceptar.

Abrí la ducha al máximo y dejé que el agua caliente llenara el espacio de vapor antes de entrar. El calor me envolvió como una película asfixiante. Me quité el vestido de un tirón, dejé que se deslizara por mis caderas hasta caer al suelo en un susurro de seda. Me metí bajo el chorro y dejé que me golpeara de lleno, como si pudiera arrancarme todo: el sudor, el perfume, el sabor, el sonido apagado de mi propio nombre en los labios de Emir.

Me froté los brazos, los hombros, el vientre, entre las piernas. Lavé cada rincón de mi cuerpo con fuerza, hasta que la piel comenzó

a arder. Pero no servía de nada. Él seguía ahí. En cada recuerdo vívido de su tacto, de sus besos, de la forma en que me miró entre el placer y el control.

Emir no solo me había poseído; atravesó una parte de mí que ni siquiera sabía que seguía viva.

Quería jurarme a mí misma que eso fue solo una estrategia, un trato, un medio necesario para alcanzar un fin. Quería convencer a mi mente de que cada caricia tuvo un propósito, que cada gemido fue ensayado dentro de mí con la frialdad de quien vende su cuerpo por un amor más grande: el amor de madre. Pero era mentira. Lo sabía. Porque cuando me sostuvo por las caderas, cuando dijo mi nombre con esa voz ronca, cuando me miró con un deseo que parecía más herido que poderoso... mi cuerpo respondió. Y lo peor: mi alma tembló.

Me senté en el suelo mojado, abracé mis rodillas y dejé que las lágrimas se mezclaran con el agua caliente. Lloré en silencio, sin sollozos, solo dejando que el peso saliera por algún lado. No por vergüenza ni por arrepentimiento, sino por la certeza cruel de que había cruzado una línea. Una que ya no se podía deshacer y que me haría pagar un precio que ni siquiera sabía calcular.

Cuando por fin cerré la ducha, me puse una camisa vieja, una de esas que usaba en las noches agotadoras cuando dormía en el hospital, y regresé a la habitación.

Murat seguía dormido, el sonido de su respiración era el único compás que me quedaba para mantener el mundo en orden. Me acerqué a la cuna y me quedé ahí, observándolo durante largos minutos. Luego, bajé la cabeza y susurré, con la voz casi temblorosa, pero firme.

—Lo hice por ti. Solo por ti. Y voy a seguir haciéndolo, aunque eso me destruya.

Bajé la mirada hacia mi propio cuerpo, todavía caliente por el baño, sensible e invadido por todo lo que viví. Sin embargo, en el

fondo, una parte de mí lo sabía: ya había pedazos que se habían roto, y el nombre que quedó grabado en ellos, en silencio pero con fuerza, era el de Emir.



Capítulo 42

La mañana se desplegaba gris sobre Estambul, como si hasta el cielo supiera que ciertos días no deberían brillar demasiado. Desde la pared de vidrio de mi oficina, observaba el movimiento pulsante de la ciudad allá abajo: autos corriendo apurados, vidas entrelazándose en rutinas indiferentes al peso que yo llevaba sobre los hombros.

Ahí dentro, en el corazón de Arslan Holding, todo seguía el ritmo que yo había impuesto: puntualidad absoluta, silencio en los pasillos, obediencia envuelta en respeto. Y aun así, incluso en el centro de lo que construí, sentía que el control se me escurría entre los dedos.

Sobre mi escritorio reposaba la carpeta de resultados que Galip había dejado más temprano. Los artículos impresos, organizados con esmero, mostraban los titulares de la noche anterior con un entusiasmo casi cómico. La prensa, hambrienta de historias vendibles, había devorado el asunto con gusto: "El heredero de la

dinastía Arslan finalmente se rinde al amor", "Un romance improbable une mundos opuestos", "La bella periodista y el imperio de las sombras". Los títulos variaban, pero el fondo era siempre el mismo: el público se lo creía. La ilusión estaba funcionando.

Las imágenes elegidas rozaban la perfección. Gabriela a mi lado, los ojos delineados con precisión, el vestido moldeando su cuerpo como si hubiera nacido para él. Su sonrisa contenida, su postura elegante, la distancia justa entre el encanto y la frialdad. Ella había entendido su papel, y yo, junto a ella, vistiendo mi traje como una armadura, manteniendo la mirada austera que esperaban de mí. La historia estaba contada con una puesta en escena impecable. Eso era lo que les gustaba a los inversionistas. La estabilidad emocional sugería solidez en los negocios.

Cerré la carpeta con más fuerza de la que pensaba usar, y el chasquido seco resonó en la sala silenciosa. Me levanté y caminé hacia la ventana. Fijé los ojos en el horizonte turbio, pero mi mente ya estaba en otro lugar. El reflejo de mi propio rostro apareció en el vidrio como una sombra severa, un recordatorio de lo que tuve que convertirme. La postura rígida, la mandíbula tensa y los ojos que aprendieron a no mostrar nada. Siempre fui bueno en eso. En mantener la máscara. En fingir control. En aplastar cualquier desvío emocional con estrategia. Pero esa mañana, había algo que ni la frialdad más calculada lograba borrar.

Gabriela...

Por más que intentara mantenerme concentrado en los números, en los contratos, en el problema interno de la Holding -porque claro que había uno: la fuga sutil y persistente que Galip ya rastreaba con mirada de halcón-, era su rostro el que regresaba. El olor de su piel, la textura cálida de su cuerpo bajo el mío, y el sonido ahogado de mi nombre escapando de sus labios en plena madrugada. Por más que me repitiera que todo eso no había sido más que parte del plan para salvar a Murat y proteger el nombre Arslan, mi cuerpo insistía en recordar que había sido algo más...

Esa noche no se iba de mí.

La habitación del hotel parecía aún pegada a mi piel. Las luces ámbar filtradas por la cortina, el calor sofocante entre las sábanas, el silencio tenso después del orgasmo, cuando ella se apartó como quien carga un pedazo de sí que ya no quiere compartir. La imagen de ella mirando al techo, el rostro aún encendido por el placer, pero con los ojos fríos como el acero, me perseguía con una claridad absurda.

Me preguntaba qué pensaba en ese instante. Si me odiaba o si, como yo, había sido arrastrada a un lugar donde ni los contratos, ni las promesas, ni la lógica alcanzaban...

Intenté alejar todo eso con un gesto, volviendo al escritorio, abriendo un nuevo informe sobre movimientos sospechosos en el sistema interno de la empresa. Era más fácil enfocarse en los números. Más seguro. Pero incluso ahí, entre líneas de código y registros de acceso, mi mente volvía a la curva de su cintura, a la forma en que sus uñas rasgaron mi espalda cuando perdí el control, al silencio de ella al final. No dijo nada. Pero no hacía falta.

Eso nunca fue solo sexo. Y esa certeza era como una piedra molesta en el zapato: pequeña, pero imposible de ignorar.

La narrativa pública estaba bajo control. La prensa, satisfecha. Los accionistas, tranquilos. Las sonrisas falsas de la élite, domesticadas. Sin embargo, dentro de mí, algo no estaba bien.

Gabriela, con su postura firme y esos ojos que siempre parecían ocultar un dolor antiguo, estaba abriendo espacios que yo no había autorizado. Estaba haciéndome recordar partes que enterré. Y lo más peligroso era que no sabía si quería detenerla.

El control siempre había sido lo que me definía.

Pero en ese momento, mirando mi propio reflejo frente a toda la ciudad, la única cosa que realmente sentía era que ella se estaba escapando de todo eso. Y me estaba llevando con ella.



Gabriela KAYA

Capítulo 43

El sonido de las ruedas de la camilla en el pasillo era algo que ya había aprendido a reconocer desde lejos. Cada chirrido, cada frenada suave y ese rechino del metal contra el piso encerado me provocaban un nuevo frío en el estómago.

Murat estaba acostado sobre el colchón angosto de la camilla, con los bracitos estirados, el rostro enfocado hacia mí, los ojos grandes y cansados tratando de fingir valentía.

El enfermero acomodaba los tubos que conectaban su cuerpo al equipo móvil de transfusión, mientras la doctora, con voz tranquila, volvía a explicarnos los pasos del procedimiento, como si no fuera la quinta vez que hacíamos eso en el mes.

Yo escuchaba, asentía, agradecía, pero todo en mí estaba concentrado en el pequeño cuerpo frente a mí. Su piel demasiado pálida, los labios resecos, y la fuerza con la que apretaba mis dedos, como si supiera que ese gesto era lo único que me mantenía en pie.

La sala de transfusión olía a alcohol, a metal y a algo indefinido. Tal vez era el olor de la esperanza mezclado con el cansancio. Las paredes blancas, los muebles estándar, la luz fría sobre nuestras cabezas, todo ahí parecía diseñado para recordarnos que estábamos librando una guerra silenciosa y metódica. Aun así, había una dulzura en la forma en que Murat intentaba sonreír cuando la máquina pitaba, como si quisiera consolarme en lugar de recibir consuelo. Solo era un niño. Pero, de algún modo, ya era más grande que yo.

Mientras los minutos se arrastraban y la sangre goteaba dentro de él con un ritmo constante, mi mente intentaba escapar y siempre terminaba en el mismo lugar.

En la noche anterior.

En la habitación del hotel.

Emir sobre mí.

Dentro de mí.

Cerré los ojos por un segundo. Quería apartar eso. No por arrepentimiento, sino porque ahora el peso de la duda era distinto. Un silencio sutil se expandía dentro de mí, y con él llegaba una pregunta que no me dejaba respirar por completo: *¿habrá sido suficiente?*

Sabía que era demasiado pronto para tener síntomas. Pero no era demasiado pronto para intuir. Mi cuerpo, agotado y sensible, se sentía distinto desde que desperté. El calor bajo la piel, el latido involuntario en el vientre, ese ligero mareo que me seguía desde el desayuno... tal vez fuera psicológico. O tal vez... ya hubiese una nueva vida dentro de mí.

La idea me golpeaba como una marea traicionera. Me había dicho a mí misma que haría todo. Que lo daría todo. Que soportaría el peso de llevar otra vida si era necesario para salvar a la que ya tenía. Y no mentía. Pero decirlo y vivirlo eran cosas distintas.

Volver a quedar embarazada del mismo hombre. Después de todo. Después de esa noche en la que mi cuerpo cedió y mi alma gritó en silencio.

Quería creer que había logrado separar los sentimientos del acto. Quería creer que había sido lo bastante fuerte como para mantener las barreras, para cumplir con mi propósito sin permitirme sentir. Pero no era cierto. No del todo.

La forma en que Emir me tocó, la manera en que lo permití y el placer me arrancó de la lógica. Todo eso seguía grabado en mi carne. Y, tal vez, también estuviera impreso en las células de algo nuevo.

La doctora me llamó por mi nombre, y desperté del pensamiento como si saliera de un buceo profundo. Murat ya tenía los ojos cerrados, dormido por el efecto de la medicación, mientras los aparatos seguían su trabajo silencioso. Me acerqué, acomodé la manta sobre sus pies y besé su frente helada.

—Va a estar todo bien —murmuré—. Mamá está aquí. Siempre va a estar.

Pero por dentro, otra voz susurraba.

¿Y si estoy gestando al hijo de un hombre que me lastima y me protege en la misma medida?

¿Y si ese niño es el lazo que nos va a atar para siempre?

¿Y si, a pesar de todo, no quiero dejarlo ir?

Salí de la sala con los ojos secos y el pecho inundado.

Entre el sonido de las máquinas y el silencio de lo que aún no sabía, había una certeza: lo que empezó como un sacrificio estaba volviéndose parte de mí.

Y, con o sin embarazo, ya no era la misma mujer que entró a aquella habitación con Emir.



Capítulo 44

Semanas después...

El salón estaba silencioso.

Había cientos de ojos dirigidos hacia mí, pero ninguno más intenso que mi propio pensamiento. Las columnas del salón ceremonial reflejaban el dorado de las tapicerías otomanas que cubrían parte de las paredes, entre arabescos, lámparas ornamentales y grandes arreglos florales en tonos blancos y rojos profundos. El ambiente exhalaba tradición. Cada detalle había sido meticulosamente diseñado por expertos que se aseguraron de que la ceremonia representara exactamente lo que debía: respeto a las raíces y al poder de los Arslan.

Estaba de pie en el centro, junto al imán y al representante de nuestro registro familiar, vistiendo el traje ceremonial oscuro con el chaleco bordado a mano que mi madre insistió en que usara, herencia del matrimonio de mi abuelo. El reloj en mi muñeca

marcaba un tiempo que parecía arrastrarse, como si el momento nunca fuera a llegar. Mis manos estaban entrelazadas detrás de la espalda, en una postura firme como lo exigía el papel que representaba. Pero dentro de mí, un torbellino se formaba, sofocado e invisible, pero real.

La música tradicional comenzó a resonar, con sus acordes melancólicos y solemnes que mezclaban cuerdas y flautas. Las puertas se abrieron al fondo del salón, revelando la figura que sabía que llegaría, pero para la cual, aún así, no estaba preparado.

Gabriela...

Ella apareció envuelta en velos ligeros que caían desde sus hombros hasta el suelo, teñidos de un tono perlado que se confundía con la luz de las lámparas suspendidas. El vestido era de un blanco opaco con bordados en hilos de plata y un leve toque de brillo sobre el busto y los puños, lo justo para captar la atención sin resultar vulgar. La cola larga arrastraba sobre la alfombra roja, cosida con símbolos tradicionales turcos en formas circulares que representaban unión, protección y linaje. Sobre su cabeza, una fina tiara con pequeños rubíes sostenía el velo, y sus manos sujetaban el tradicional ramo de jazmín y rosas blancas, entrelazado con cintas azules y doradas: los colores de la casa Arslan.

Caminaba con pasos lentos, decididos, el mentón erguido y los ojos fijos al frente. No parpadeaba demasiado ni sonreía en exceso. Era como si hubiera entrenado cada paso, cada respiración, como si estuviera a punto de enfrentar no un altar, sino un tribunal. Tal vez, de alguna manera, eso fuera exactamente lo que estaba haciendo.

La gente murmuraba a su alrededor. Las mujeres evaluaban cada bordado, los hombres medían el valor de la alianza que estábamos usando. Había senadores, empresarios, embajadores extranjeros, representantes de la élite que se mezclaban con miembros de nuestra comunidad religiosa y familiares de ambos lados. Mi madre estaba sentada al lado de Burak, elegante y firme

como siempre, con los labios apretados en una línea de contención. Mirelle cruzaba las piernas con desdén contenido, y Nedja observaba con ojos calculadores.

Pero en ese momento, toda mi atención estaba puesta en Gabriela.

Cuando finalmente se detuvo frente a mí, su perfume llegó primero: lavanda y jazmín, ligero y delicado, como un recuerdo antiguo que no quería ser olvidado. Nuestros ojos se encontraron. Por un instante, sentí que el tiempo realmente se detenía, no como una metáfora, sino como algo físico. Todo pareció aquietarse. En ella veía no solo a la mujer que atravesaba esa ceremonia conmigo, sino también a la madre de mi hijo. Allí estaba: fuerte y hermosa.

El imán[2] comenzó a hablar, pronunciando palabras que reconocí de memoria, sobre compromiso, protección, deber, respeto mutuo. Mis respuestas llegaron automáticas, firmes, como exigía el protocolo. El contrato fue sellado, como estaba planeado. Gabriela respondió en el momento justo, con voz segura, sin vacilaciones. Las testigos firmaron. Nuestras manos se tocaron y los anillos se deslizaron por los dedos del otro.

La ceremonia estaba terminada.

La esposa Arslan estaba frente a todos.

Pero cuando me incliné para besar su frente: el gesto que simbolizaba respeto, aceptación y posesión ante la tradición; noté algo más. Su piel estaba fría. Pero sus ojos ardían.

Cuando descendimos del altar y los invitados comenzaron a seguirnos hacia el gran salón del banquete, supe, en el fondo, desde ese lugar que siempre había mantenido sellado, que la historia que comenzaba allí era mucho más que una representación pública.



Gabriela KAYA

Capítulo 45

El salón estaba inundado de oro. No oro literal, sino el brillo cálido de los candelabros de cristal reflejado en copas de champán, en bandejas pulidas, en telas sedosas. Había una opulencia ensayada en cada rincón, como si todos los presentes estuvieran en un escenario grandioso donde la trama no podía fallar. Las mesas resplandecían bajo arreglos florales en blanco y carmín profundo, y los músicos al fondo tocaban melodías tradicionales turcas con un ritmo elegante, delicadamente amortiguado por conversaciones en voz baja y sonrisas contenidas.

Entre todo eso, sonreía. Porque era lo que esperaban de mí.

Mis dedos envolvían suavemente la base de la copa, mientras mi otra mano descansaba sobre el brazo de Emir. Caminábamos entre las mesas con la precisión de quien ha ensayado la coreografía de su propio matrimonio.

Él saludaba con reverencia contenida, y yo respondía a cada gesto con una ligera inclinación de cabeza, un "gracias" pronunciado en el tono justo, lo suficiente para ser escuchada sin parecer demasiado. Las lentes de los teléfonos móviles nos seguían y las palabras elogiosas caían como miel envenenada.

—Estás deslumbrante, querida —dijo Hande Arslan, con una sonrisa que no alcanzaba los ojos.

La madre de Emir llevaba un caftán azul oscuro con detalles bordados en plata y mantenía la copa suspendida con la gracia de quien sabe exactamente cuándo brindar y cuándo observar.

—Espero que comprendas la responsabilidad de llevar el nombre de nuestra familia.

—Lo comprendo, señora Arslan. Haré lo mejor que pueda. — Mi voz salió tranquila, firme, como si fuera parte de una oración ensayada. Por dentro, una parte de mí temblaba.

Mirelle, la hermana de Emir, apareció a nuestro lado segundos después, ajustándose el collar que llevaba en el cuello.

—Y pensar que mi hermano era el que menos probabilidades tenía de casarse de todos nosotros —comentó con un sarcasmo leve —. Y, aún así, aquí estamos.

—La vida está llena de sorpresas —respondí, sosteniendo su mirada con la misma elegancia—. Algunas lo cambian todo.

Ella sonrió de un lado. Desafiante. Pero no respondió.

Nedja, más reservada, se acercó después. Su mirada parecía más curiosa que hostil.

—Oí que eras periodista —dijo, inclinándose ligeramente hacia mí—. Imagino que este matrimonio te dará un buen material. O al menos, una historia imposible de publicar.

Reí delicadamente, ocultando el peso de sus palabras.

—Algunas historias son tan personales que merecen ser guardadas.

Hubo un breve silencio entre nosotras. Ella retrocedió sutilmente, y Emir tocó mi brazo para indicarme que era hora de avanzar hacia otra mesa.

En el camino, un diputado influyente, partidario público de Burak Arslan, nos interceptó con entusiasmo.

—Emir, ¡mi buen amigo! Por fin estás resolviendo tu vida. Y con una esposa que honra la tradición con tanta belleza. Felicidades, Gabriela.

—Gracias, señor Demir —respondí, con una leve sonrisa—. Espero estar a la altura de todo esto.

—Si has llegado hasta aquí, niña, es porque ya lo estás —dijo él, y su risa se perdió entre el bullicio general.

La fiesta era un mar de etiquetas sociales. Manos estrechadas, promesas dichas entre tragos de vino, intercambios de afecto calculado. Sin embargo, mientras la fiesta seguía con su impecable coreografía, dentro de mí, el verdadero movimiento era otro.

Mis pensamientos vagaban hacia Murat. Era imposible no verlo allí, entre una canción y otra, entre un brindis y otro. Su imagen flotaba en cada intervalo de silencio. Pensaba si había comido bien, si estaba despierto, si los medicamentos no lo estaban debilitando más...

Mis pies caminaban sobre alfombras de terciopelo, pero mi corazón corría por pasillos blancos, fríos, iluminados por lámparas fluorescentes. No importaba cuántos flashes me rodearan, mi centro gravitacional era uno solo: el cuarto del hospital donde mi hijo luchaba por seguir respirando con la ligereza que todas esas personas parecían haber olvidado que existía.

Mientras Emir conversaba con un ministro internacional, escuché, sin querer, un fragmento de la conversación.

—Fue un golpe maestro —decía el hombre—. Después de tanto tiempo evitando este tipo de involucramientos, elegiste bien. Ella tiene presencia. Silencio y postura. Es lo que se necesita para consolidar un imperio.

Como si fuera parte de una estructura: piedra, no carne. Estrategia, no emoción.

Giré el rostro para no mostrar nada. Sonreí a una señora mayor que me observaba con ternura sincera y comentó algo sobre cómo mi vestido era digno de una princesa otomana. Agradecí con reverencia y seguí.

Porque allí, en el centro de ese salón de oro y política, de convenciones familiares e intereses estratégicos, había solo una verdad guiándome: ese matrimonio era necesario.

Cada palabra, cada gesto, cada paso con Emir bajo los reflectores…

Todo formaba parte del acuerdo que había hecho por Murat y, mientras el mundo me veía como Gabriela Arslan, recién casada, perfecta, pulida, yo lo sabía.

Era, antes que nada, madre. Y ese contrato con la familia más poderosa de Estambul era la factura más alta que jamás tendría que pagar.

El salón se calentaba más, no por la temperatura, sino por la mezcla de voces, risas forzadas y el tintineo ininterrumpido de copas. La orquesta había cambiado las melodías clásicas por un repertorio más festivo, aún tradicional, pero con acordes que hacían que algunas de las invitadas movieran levemente los hombros en sus sillones de terciopelo. La fiesta había entrado en esa fase en la que todos se sienten autorizados a decir un poco más de lo que deberían, regados por alcohol, vanidad y la ilusión de que pertenecen a la élite.

A mi lado, Emir mantenía la compostura como un pilar de mármol. Los ojos calculaban cada movimiento alrededor, como si fuera posible anticipar no solo intenciones, sino futuros. Podía ver, incluso en su postura controlada, que ya estaba cansado de la actuación. Pero él era Arslan y retroceder no formaba parte de su identidad.

—Se van a tener que acostumbrar a esto —dijo una voz grave, con un toque de risa. Giré el rostro y me encontré con Cem, el hermano de Emir. Vestido con un impecable traje de gala, él emanaba esa aura de disciplina y protección que solo los que han vivido la guerra saben llevar sin decir palabra.

—Las cenas interminables, las preguntas invasivas, los ojos que nunca parpadean… —continuó, levantando la copa en un gesto simbólico—. Pero si puedo darte un consejo, Gabriela, es este: nunca dejes que te vean sangrar.

—Qué reconfortante —respondí con una sonrisa leve, pero los ojos fijos en los suyos.

—A veces peor —dijo él, brindando con un gesto seco antes de alejarse.

Hubo un breve silencio entre Emir y yo, que siguió mirando al frente, como si ese comentario ya fuera una verdad que se había aprendido de memoria. Cuando di un paso para moverme con él, sentí una presencia detrás de mi hombro derecho. Un olor más fuerte a tabaco y ámbar quemado llegó antes de la voz.

—Entonces, eres tú —dijo el hombre, con un tono arrastrado, casi perezoso, pero cargado de una tensión que me erizó la piel—. La mujer que cambió la curva de los Arslan. No pensé que tendría ese rostro.

Giré lentamente y vi a Baran. El otro hermano.

Llevaba el traje de manera casi desordenada, los botones desalineados, la camisa abierta en el cuello y el cabello ligeramente despeinado, como si lo hubieran lanzado allí por accidente y, a la

vez, con una intención aguda. Los ojos eran oscuros, intensos, y no cargaban juicio, sino curiosidad. Como si me estuviera estudiando no por lo que era, sino por lo que podría llegar a ser.

—Espero que eso sea un cumplido —respondí, sin bajar la mirada.

Él rió, un sonido bajo y casi íntimo, como si ya supiera más de lo que debía.

—Es una advertencia —respondió, y luego miró a Emir—. Cuídala bien, hermano. O alguien más podría acabar haciéndolo por ti.

Emir ni se movió. Solo lo miró con esa frialdad que era más elocuente que cualquier palabra. Baran levantó las manos en señal de rendición y se alejó, riendo solo, como si supiera un secreto que nadie más conocía.

—¿Siempre ha sido así? —susurré, mientras volvíamos al centro del salón.

—Baran no se comporta. Él manipula lo que quiere hasta hacer que parezca que está en control. Y lo peor es que casi siempre lo está —respondió Emir, sin girar el rostro.

El baile comenzó. Una secuencia de parejas ocupó el espacio en el centro. Pero nosotros, los recién casados, no bailamos. Nuestra coreografía ya había sucedido en el altar, en el intercambio de alianzas, en las sonrisas meticulosamente contenidas. En ese momento, todo era solo política y exhibición.

Las luces comenzaron a atenuarse poco a poco, las despedidas empezaron entre besos al aire y palabras ensayadas. Las mujeres de la alta sociedad nos abrazaban como si fuéramos viejos amigos; los hombres apretaban la mano de Emir con más fuerza de lo necesario, como si estuvieran probando quién imponía más dominio.

Al final, después de que el último grupo de invitados se retirara, un guardia de seguridad se acercó.

—El auto está listo, señor Arslan.

Salimos del salón bajo el cielo nocturno de Estambul. La brisa era más fresca, como si el mundo allá afuera estuviera ajeno a la burbuja de la ceremonia. La limusina negra esperaba con las puertas abiertas, el conductor estaba posicionado con reverencia.

Emir me extendió la mano y, una vez más, hice lo que esperaban de mí: la acepté. Entré al auto sintiendo el vestido deslizar por el cuero claro del asiento, con el perfume de jazmín aún danzando a mi alrededor.

Él entró poco después y la puerta se cerró tras nosotros, sellando el silencio.

Permanecí con los ojos fijos en la ciudad a través del cristal ahumado. Los edificios se extendían a lo lejos como centinelas iluminados. Los flashes ya se habían detenido y las cortinas se habían cerrado, sin embargo, dentro de mí, el espectáculo aún no había terminado. La noche apenas comenzaba y el precio de cada paso se cobraría con intereses...



Emir
ARSLAN

Capítulo 46

Los destellos de las cámaras estallaban como disparos silenciosos desde fuera de la limusina. El cristal oscuro me protegía de las miradas invasivas, pero no del peso que cada clic arrastraba consigo. Sabía que esas fotos ya estaban en manos de editores y columnistas, listas para ilustrar la narrativa que habíamos construido con precisión quirúrgica: el matrimonio del heredero Arslan con la mujer improbable, pero perfecta a los ojos de la opinión pública. Ella era el contraste necesario. Yo era el poder inquebrantable. Juntos, formábamos el escudo que mi apellido exigía.

Gabriela se acomodó en el asiento de cuero a mi lado, sujetando el vestido con los puños cerrados, como si estuviera a punto de huir, pero sin saber a dónde. La tensión entre nosotros, aunque parecía silenciosa, era espesa.

Pasamos por los portones bajo las miradas de los fotógrafos y los aplausos falsos de los pocos invitados restantes, hasta que, finalmente, el coche aumentó su velocidad por las avenidas bien

iluminadas de la ciudad. Las luces de Estambul proyectaban reflejos rítmicos sobre el techo del vehículo, casi como un metrónomo de un silencio cada vez más insoportable.

—¿A dónde vamos? —preguntó, sin mirarme.

Tardé medio segundo en responder.

—Al lugar donde debemos estar esta noche.

Ella giró el rostro hacia mí, con las cejas ligeramente fruncidas.

—Eso no responde mi pregunta.

Vacilé, y luego respondí.

—Al Palacio de Çırağan[3].

Ella se congeló.

—La clínica no es el Palacio de Çırağan —respondió, y esta vez había algo más en su voz: frustración, rabia y desprecio contenido.

—Y el matrimonio no termina en el altar —repliqué—. Esa parte de la noche es tan importante como la ceremonia. La prensa sigue alerta. Necesitamos terminar el espectáculo que comenzamos.

—Esto no es teatro para mí, Emir —dijo, apartándose y cruzando los brazos—. Mi hijo está solo, en una cama de hospital. Yo debería estar con él.

—Murat está bien atendido. La asistencia se duplicó esta noche. Galip se encargó personalmente de eso.

—¿Y eso debería calmarme? —Rió, sin humor—. Acabo de casarme con el hombre que me rechazó embarazada, que intentó pagarme para desaparecer, ¿y ahora quieres que sonría ante el lujo mientras mi hijo… mientras nuestro hijo depende de una máquina?

Contuve el impulso de responder en el mismo tono, apretando con fuerza el descansabrazos.

—Tú misma aceptaste este acuerdo. Sabes lo que está en juego.

—Acepté esto para salvar a Murat. No para jugar a ser el príncipe y la princesa otomana. —Su voz bajó, pero cada palabra era un ataque afilado—. No necesito palacios. Necesito garantías. Garantías reales.

—Gabriela —dije, finalmente, girando hacia ella—. Estás luchando en el lugar equivocado. Esta noche tiene que suceder. Esta imagen debe construirse. Porque cuando esté lo suficientemente sólida, nada, ni siquiera la verdad sobre Murat, podrá alcanzarnos.

Ella no respondió. Giró el rostro de nuevo hacia la ventana. La ciudad pasaba afuera en sombras doradas y puntitos de luz. No lloraba, pero había un silencio pesado en ella. Un silencio que no sabía cómo manejar y que me irritaba precisamente por eso.

Quince minutos después, la limusina desaceleró bajo los arcos de piedra de la antigua entrada del Palacio de Çırağan. La entrada al palacio, iluminada por antorchas modernas y candelabros disimulados, se abría como una cortina dorada. Mayordomos con guantes blancos esperaban en la escalera. La fachada de mármol blanco reflejaba la luna como un espejo sagrado. Era un lugar construido para impresionar a los reyes. Esa noche, el trono era nuestro.

Al bajar, los flashes ya no nos perseguían, pero las miradas seguían evaluándonos.

El gerente del hotel hizo una leve inclinación.

—Bienvenidos al Palacio de Çırağan. La suite imperial está lista, señor y señora Arslan.

Caminamos por el vestíbulo silencioso, hundiendo nuestros pasos en una alfombra persa de cincuenta metros. Gabriela caminaba a mi lado, con el mentón en alto y los ojos vacíos de expresión. Aún así, había algo indomable en ella. Algo que ni los

palacios, ni los anillos de oro, ni el apellido Arslan parecían ser capaces de doblegar.

Llegamos a la suite. Las puertas se abrieron con reverencia. El espacio era digno de una dinastía: techo ornamentado con arabescos dorados, candelabros de cristal veneciano, una cama con dosel de madera tallada y un balcón que se asomaba al Bósforo. La brisa marina se mezclaba con el perfume de las rosas blancas recién puestas en jarrones de cerámica otomana.

Gabriela se detuvo en el centro de la habitación y giró ligeramente el rostro.

—Espero que todo este lujo valga tu paz mental —dijo—. Porque la mía… la dejé en el hospital.

Se dirigió al cuarto sin esperar respuesta.

Me quedé allí, de pie, rodeado por siglos de grandeza y paredes decoradas con oro. Pero ninguna tapicería escondía lo que sentía.

Gabriela tenía razón. Todo eso era solo una fachada, y lo únicamente real lo habíamos dejado atrás. Durmiendo solo, esperándonos...



Gabriela KAYA

Capítulo 47

El sonido de mis pasos resonaba suavemente en el piso de mármol, pero dentro de mí todo parecía gritar. La habitación de la Suite Imperial era demasiado vasta, demasiado alta, demasiado dorada, y todo en ella me recordaba que no pertenecía a ese lugar.

El dosel de la cama estaba tallado con arabescos minuciosos, las sábanas bordadas con hilos de seda pura, la cabecera acolchonada en terciopelo crema. Una mesa con frutas exóticas reposaba junto a una botella de champán francés con etiqueta dorada. En una esquina de la sala había una bañera de mármol blanco, empotrada en el suelo, rodeada de velas, esencias, toallas suaves y pétalos de rosa dispuestos como si alguien hubiera leído un manual de romanticismo clásico y decidiera aplicarlo con total intensidad.

Todo eso parecía tan ensayado como la fiesta de la boda y tan vacío como el silencio entre nosotros dos.

Caminé hasta el balcón.

La noche en Estambul exhalaba mar, sal y distancia. El Bósforo estaba tranquilo, reflejando las luces de la ciudad al otro lado del estrecho. Un lugar donde los sultanes soñaban con poder eterno y yo solo soñaba con que mi hijo respirara mejor.

Sujeté la barandilla e inspiré el viento frío como si pudiera limpiar mi mente. Todo ese lujo y esa puesta en escena me ahogaban más de lo que me impresionaban. Era como si cada detalle gritara una verdad incómoda: no era la reina de ese palacio. Era la prisionera del acuerdo que lo sostenía.

Cuando regresé al interior, Emir estaba recargado en el marco de la puerta que conducía al baño. Las mangas de su camisa estaban dobladas hasta el antebrazo, y sus ojos me seguían con esa intensidad silenciosa que tanto me irritaba y que temía no poder ignorar por mucho tiempo.

—El baño está preparado —dijo, como si eso fuera una oferta cordial.

Asentí, caminando hasta el borde de la bañera. El vapor subía suavemente, mezclado con el aroma de lavanda y sándalo. Me quité las sandalias y me senté en el borde de mármol. El silencio entre nosotros crecía con cada segundo.

—¿Vas a quedarte mirando? —pregunté, sin disimular la irritación.

—¿Te molesta? —Su voz era baja, casi desafiante.

—No me molesta. —Mentí—. Pero me incomoda, que es muy diferente.

Emir se acercó con pasos firmes, hasta detenerse detrás de mí. Pude sentir su presencia: cálida, atenta e intrusiva.

—Pensé que después de todo ya te habrías acostumbrado.

Giré el rostro lentamente, mirando por encima del hombro.

—Acostumbrarse no es lo mismo que aceptar.

Sus ojos brillaron brevemente a la luz ámbar de la lámpara.

—¿Y qué exactamente estás rechazando ahora? ¿El agua caliente? ¿La comodidad? ¿O la idea de que, por una noche, tenemos que seguir con la farsa que tú misma firmaste?

Las palabras me golpearon como puños invisibles. Me levanté lentamente, quedando frente a él. La bañera aún burbujeaba detrás de mí, perfumada e incitante como una trampa.

—La farsa la acepto. —Mis palabras salieron duras y controladas—. Lo que no acepto es que finjas que esto es algo más que una puesta en escena. No uses a Murat como excusa para cruzar límites que ni tú sabes si quieres romper.

Él dio un medio paso atrás, no por miedo, Emir no conocía esa emoción, sino como quien reorganiza una estrategia.

—Pensé que estábamos haciendo esto por el mismo motivo —respondió—. Pero tal vez me equivoqué. Tal vez estás empezando a confundir necesidad con deseo.

—No tienes ese poder sobre mí —dije, pero mi voz falló al final. Porque parte de mí temía que sí lo tuviera.

El silencio volvió. Me miró durante largos segundos, luego se dio la vuelta y salió del baño, dejando solo su sombra atrás.

Me quedé allí un momento, sintiendo el corazón latir fuerte en mi pecho, mientras el vapor me envolvía como una niebla cálida. Después, solté un suspiro, me quité el vestido con manos temblorosas y me metí en el agua, sumergiéndome hasta que el calor me cubrió por completo.

Cerré los ojos.

—Quiero que esto sea solo un papel y poder interpretarlo hasta el final —susurré para la nada misma.

El agua caliente abrazaba mi cuerpo, pero no era suficiente para calentar lo que por dentro parecía hecho de hielo roto.

Apoyé la cabeza en el borde de mármol, intentando contener el temblor que no venía del frío, sino de todo lo que estaba fuera de mi control. Cerré los ojos. Respiré hondo. Quise creer que ese baño era solo eso: un momento para aliviar la tensión, desconectarme, huir por un rato del peso que el nombre Arslan descargaba sobre mis hombros. Sin embargo, la puerta crujió y todo en mí reaccionó antes incluso de que la razón lo comprendiera.

Abrí los ojos y vi a Emir parado allí. Aún con la misma expresión contenida de antes, pero con los puños apretados y la mirada más oscura que de costumbre. Sin palabras ni peticiones de permiso. Solo ese silencio cargado de algo denso y peligrosamente familiar. Ese tipo de silencio que siempre precedía a una explosión.

—Pensé que te habías ido —murmuré, intentando parecer indiferente, pero mi voz sonó más baja de lo que pretendía.

Él se acercó despacio, quitándose el reloj de la muñeca y dejándolo sobre la mesa de mármol a un lado. Luego, se quitó la camisa, botón por botón, revelando su pecho firme, los hombros anchos, la piel cálida que parecía llamar a la mía. Debería haber desviado la mirada. Debería haberme encogido, decir "no". Pero todo en mí gritaba lo contrario.

—Si realmente vamos a seguir con este plan —dijo con voz ronca—, entonces no tiene sentido huir de lo que hay que hacer.

¿Tiene sentido?

Eso era.

Solo eso.

Necesitaba creerlo.

Asentí. O algo similar a un movimiento de cabeza. Porque la verdad es que mi cuerpo ya había respondido antes que mi boca.

Entró a la bañera con calma, sin tocarme de inmediato. El agua se movió y se calentó. El vapor subió entre nosotros como una cortina a punto de desvanecerse. Durante algunos segundos, solo nos quedamos allí. Nuestros ojos se estudiaban, mientras el sonido de nuestras respiraciones era más fuerte que cualquier pensamiento.

Entonces, un toque...

Primero su mano deslizándose por mi pierna bajo el agua, desde el tobillo hasta la parte interna del muslo. Luego, sus dedos encontrando mi cadera, tirándome lentamente, como si quisiera darme tiempo para huir. Pero no huí. Me dejé llevar...

Sus labios vinieron enseguida.

La rabia de antes aún ardía en su boca, y sentí cada chispa cuando nuestras lenguas se tocaron. Besar a Emir era como caer de un acantilado en cámara lenta. Sabes que te vas a destrozar, pero aún así, no puedes evitar saltar.

El agua tibia envolvía nuestros cuerpos, pero nada era más caliente que la palma de su mano deslizándose por mi pierna, subiendo por la parte interna del muslo con una lentitud que me revolvía el estómago. Sus dedos no pedían permiso, tomaban, explorando cada centímetro como si ya me conocieran de memoria. Cuando su mano se cerró sobre mi cadera, tirándome hacia él, sentí todo su cuerpo: duro, caliente, perfecto.

Sus labios encontraron los míos con una furia que aún llevaba el amargo de la rabia de antes. Su lengua invadió mi boca, dominando, exigiendo, y me rendí con un gemido ahogado. Sus dientes mordieron mi labio inferior, y respondí, arañando su espalda con las uñas mientras él me acercaba aún más.

Una de sus manos agarró mi culo, hundiendo los dedos en la carne, apretando con una posesividad que me hizo gemir. La otra subió hasta mi pecho, girando el pulgar en círculos lentos sobre el pezón ya erecto antes de pellizcar, haciendo que un choque de placer recorriera mi cuerpo.

—Te pones tan mojada cuando te toco así —gruñó en mi oído, con la voz rasposa, y sentí cómo mi vulva latía como si me hubiera tocado solo con las palabras.

No me dejó esperando. Sus dedos bajaron, recorriendo mi abdomen hasta encontrar mi clítoris, ya hinchado, y me contorsioné cuando frotó justo en el punto exacto.

—Emir… —gemí, pero él calló mi protesta con otro beso, invadiendo mi boca con su lengua, con una hambre que me dejó atontada.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, sus manos fuertes me levantaron como si no pesara nada y, en un movimiento fluido, me sentó al borde de la bañera, apoyando mi espalda contra el borde frío de mármol. El agua caía por mi cuerpo, pero apenas la sentía: todo lo que existía era él, sus ojos oscuros ardiendo en los míos, mientras sus dedos abrían mis muslos con autoridad.

—Quédate así —ordenó, con la voz áspera y ronca, y temblé cuando se arrodilló entre mis piernas. Sus manos agarraron mis caderas y me tiraron hacia el borde, hasta que mi vulva estuvo justo frente a su rostro.

Sus dedos volvieron a explorarme, dos de ellos se adentraron en mí mientras el pulgar presionaba mi clítoris en círculos tortuosamente lentos.

—Eso es… Aprieta mis dedos… —murmuró contra mi piel, siguiendo con sus cálidos labios el camino del agua que fluía entre mis tetas, bajando por mi abdomen hasta llegar exactamente donde más lo necesitaba.

Me sacudí, aferrándome al borde de la bañera, pero él solo rió, antes de reemplazar sus dedos con su boca.

Su lengua era demasiado lenta, lamiendo mi clítoris con una precisión que me hizo gemir, rozándome ligeramente con los dientes, y cuando sus labios me succionaban, mis rodillas temblaban,

tratando de cerrarse, pero él sujetó mis muslos con fuerza. Sus brazos musculosos impedían cualquier escape.

—Emir… por favor… —supliqué, enterrando mis manos en sus cabellos mojados, tirando de ellos con fuerza.

Él obedeció, pero no de la manera que esperaba. Sus dedos volvieron a entrar en mí, más profundo, mientras su boca seguía su trabajo cruel, alternando entre succionar y morder, hasta que ya estaba gimiendo, contorsionándome, suplicando...

—Acábame... —ordenó, con su voz vibrando contra mi piel y no tuve opción.

Mi orgasmo me golpeó como una ola, haciendo que mi cuerpo se arqueara hacia adelante, temblando violentamente mientras él no paraba, prolongando cada segundo hasta que casi lloraba de tanto placer.

Solo entonces se apartó, con los ojos brillando y una mirada triunfante.

—Ahora es mi turno...

Antes de que pudiera recuperar el aire, me levantó, girándome hacia él y metiéndose en mí en un movimiento profundo, que me hizo ver las estrellas. Sus caderas golpearon las mías, salpicando agua fuera de la bañera mientras comenzaba a moverse con un ritmo que era pura tortura.

—Mírame —ordenó, y obedecí.

Cada embestida estaba calculada, cada impacto dentro de mí me acercaban más al límite. Sus manos apretaban mis tetas, pellizcando, apretando, mientras su boca encontraba la mía en besos que eran más dientes y lengua que cualquier otra cosa.

—¿Es solo por Murat? —provocó, rugiendo contra mis labios.

No respondí... no podía. Mi cuerpo traicionaba a mi mente, mientras mis caderas se movían al mismo ritmo frenético que las

suyas.

Cuando su mano bajó nuevamente, frotando mi clítoris en círculos rápidos, me derrumbé. Mi segundo orgasmo llegó como un rayo, y Emir gruñó mi nombre como una maldición antes de explotar dentro de mí.

Quedamos allí, pegados, con el agua cayendo entre nosotros. Su frente tocando la mía, mientras nuestra respiración aún era irregular.

Me aparté primero, evitando su mirada.

—Fue solo por Murat...

Pero cuando sentí sus dedos tirar de mi mentón, forzándome a mirarlo, supe que él no creía en esa mentira.

Y, en el fondo, yo tampoco.



Emir
ARSLAN

Capítulo 48

La luz entraba por las rendijas de las cortinas de lino grueso, difusa, dorada, esparciéndose lentamente por la habitación de la suite imperial, como si hasta ella dudara en atravesar el silencio. El día comenzaba del lado de afuera, con el frío resplandor de un mundo que seguía girando, indiferente a quienes dormían, o intentaba dormir, bajo sábanas bordadas a mano.

Me desperté antes que ella.

Era un hábito que nunca dejé. El sueño siempre fue un lujo que rara vez me permitía por completo. Aún más con un imperio que sostener y una mentira perfectamente representada que se transformaba, lenta y peligrosamente, en algo que no sabía manejar.

Ella estaba allí, acostada a mi lado.

El cabello esparcido sobre la almohada, la espalda desnuda parcialmente cubierta por la sábana, los labios entreabiertos, el ceño levemente fruncido como si hasta en sueños luchara contra su

entorno. Era hermosa. Pero no solo eso. Había una fuerza cruda en ella, una resistencia que me atraía y me desafiaba al mismo tiempo. Dormida, parecía más vulnerable, aún así... intocable.

La observé por largos minutos, sintiendo el pecho oprimido por una inquietud que no quería reconocer.

La noche anterior debía haber sido solo una repetición más de lo que habíamos acordado: sexo con un objetivo clínico, lógico y necesario... pero había algo en sus ojos y en mis propios gestos que me incomodaba. La manera en que tembló bajo mis manos. El sonido que hizo cuando toqué su piel. No fue solo físico, y eso me molestaba.

Porque en mi mundo, los sentimientos complicaban todo.

Ella se movió. Soltó un suspiro leve. Luego sus ojos se abrieron lentamente. Encontraron los míos por un breve instante. Había cansancio, frialdad y una chispa oculta de algo que se negaba a dejar ver.

—Quiero ir al hospital —dijo, con la voz aún rasposa por el sueño, pero con firmeza suficiente para ser una orden.

Asentí.

Se sentó, tirando de la sábana hasta los hombros. No dijo nada más. Ni un buenos días, ni un "gracias", ni una palabra que rompiera lo que había entre nosotros. Sin embargo, la distancia, esa que parecía haberse disuelto la noche anterior, ya volvía a levantarse como un muro. Tal vez más alto que antes.

Me levanté, tomé mi celular y llamé a Galip con instrucciones rápidas. El auto estaría listo en diez minutos. Gabriela se vistió en silencio, y yo también.

No hubo besos, ni caricias...

Solo el sonido de las ropas acomodándose y su respiración, demasiado contenida para alguien que estaba por ver a su propio hijo.

En el camino hacia el ascensor, mantuvo la mirada al frente. Los tacones resonaban en los pasillos como pequeños martillos. Cuando entramos en la limusina, no esperó a que le cerrara la puerta. Cuando el auto arrancó, se recostó contra el vidrio, como si el mundo de afuera fuera lo único real.

La observé por el reflejo. La línea de la mandíbula era firme. Los ojos húmedos, pero demasiado orgullosos para llorar. Los dedos entrelazados sobre su propio regazo, como si intentaran sostener algo por dentro.

Quería decir algo. Cualquier cosa. Pero no lo dije. Porque ella tenía razón, Murat estaba esperando y yo, por primera vez, ya no sabía si eso solo era por él o por lo que ella hacía conmigo cada vez que decía que no me necesitaba.

Y aun así… no podía dejarla.



Gabriela KAYA

Capítulo 49

El sonido de los monitores era constante. Un bip rítmico, preciso, como un metrónomo que contaba los segundos, no de mi ansiedad, sino de la vida de mi hijo. La habitación estaba en silencio, iluminada por la luz suave de las primeras horas de la mañana, pero aún así parecía demasiado fría, incluso con los calefactores encendidos.

Murat dormía. O algo cercano a eso.

El cuerpecito pequeño descansaba sobre el colchón blanco, los brazos delgados con curitas y sensores, cables que se extendían desde el pecho hasta los equipos que controlaban casi todo: temperatura, saturación, latidos. La respiración era ligera, pero irregular. De vez en cuando, fruncía el rostro, como si soñara con algo que jamás podría alcanzar para protegerlo.

Me acerqué despacio, como siempre lo hacía.

Bajé la cabeza y besé su frente sudorosa.

—Mamá está aquí, mi amor —susurré.

Pero no despertó. Solo dejó escapar un suspiro entrecortado y eso fue suficiente para desmoronarme por dentro.

Me senté en la silla junto a la cama y me hundí allí, cruzando los brazos sobre el regazo, observando los pequeños pies de él, cubiertos por medias de colores. Medias de niño. Medias de una infancia que aún no había tenido.

Cuando levanté la mano para acomodarme el cabello, sentí el contacto con algo metálico. La alianza.

Observé el brillo bajo la luz y por un segundo, me sorprendí preguntándome: ¿cuántas mujeres habrán soñado con usar ese símbolo al lado de Emir, aunque sea por horas o días? ¿Y cuántas de ellas sabían que esto no era amor, sino que era un acuerdo?

Suspiré profundo y cerré la mano, escondiendo el anillo en la palma. No significaba lo que se suponía. Pero tampoco era solo actuación. Era la única manera de mantener a Murat cerca de una oportunidad.

La puerta se abrió con un leve chirrido. La doctora Halide entró, acompañada de una enfermera. Ambas llevaban los batas ligeramente arrugadas, una señal clara de que no habían dormido mucho.

—Gabriela —dijo la doctora en voz baja, suave—. ¿Podemos hablar un minuto?

Asentí y me levanté, caminando hacia el rincón de la habitación, donde la luz no pegaba tan fuerte.

—Los parámetros de él se han mantenido estables en las últimas horas —comenzó ella, mirando la tableta con los registros—. Pero los signos muestran que estamos acercándonos al límite. Aún tenemos recursos para sostenerlo y una respuesta inmunológica, pero todo esto es para ganar tiempo.

Sus palabras flotaron en el aire como humo espeso.

Para ganar tiempo.

No era una cura, ni una mejora.

Solo era el reloj corriendo más despacio.

—La médula de él se está desgastando demasiado rápido —continuó—. Y las transfusiones están siendo menos eficaces. El trasplante ya no es una posibilidad: es la única chance concreta de darle una infancia normal.

Asentí, sin desviar la mirada.

—Y él necesita un hermano… —dije, resignada.

La doctora respiró hondo.

—La probabilidad de compatibilidad entre hermanos biológicos es alta.

Volví a asentir, aunque mi corazón ya estaba gritando.

Me acerqué a Murat y me arrodillé junto a la cama. Tomé su pequeña mano entre las mías y la sostuve con cuidado.

Ya había tomado muchas decisiones difíciles, pero ninguna como esta. Crear una vida para salvar otra. Aceptar un matrimonio que no era amor para proteger el amor más puro que jamás existió.

Miré la alianza una vez más y, finalmente, apoyé la frente sobre los dedos de Murat, jurando algo en silencio.

—Nada va a apartarte de mí.



Emir
ARSLAN

Capítulo 50

Las ventanas de mi oficina dejaban entrar la luz clara de la mañana, reflejada en los altos cristales de los edificios de alrededor. El cielo de Estambul estaba despejado, azul como pocas veces lo veía en esa época del año, pero la paz afuera no encontraba refugio dentro de mí.

El monitor frente a mí parpadeaba con titulares abiertos:

"El matrimonio del año: Emir Arslan y la misteriosa Gabriela Kaya".

"¿Unidos por amor o por conveniencia?".

"¿Quién es la mujer que conquistó al heredero de la dinastía Arslan?".

Había imágenes nuestras desde todos los ángulos posibles: Gabriela sonriendo con esa elegancia que fingía no tener, pero que parecía demasiado natural. Yo, con traje, con la mirada impasible que aprendí a sostener desde joven. Una pareja impecable. Una historia perfecta. Los medios estaban satisfechos.

Entonces, ¿por qué me sentía así?

Desalineado por dentro.

Irritado con algo que no sabía nombrar.

Cerré la laptop. El chasquido del metal resonó en el silencio como un golpe. Caminé hasta la barra y me serví un dedo de whisky. Tal vez era demasiado temprano, pero el sabor amargo en mi boca no se iba con café. El líquido bajó quemando. Sin embargo, no dolía tanto como el pensamiento recurrente que insistía en infiltrarse: *¿y si esto no es solo apariencia?*

Pensé en Gabriela.

En la forma en que me miraba: con rabia, dolor, orgullo. Pero nunca con miedo.

Pensé en las noches silenciosas en las que ella permanecía junto a Murat, con sus manos firmes sujetando las de él como si pudiera impedir que se le escapara. Pensé en la forma en que pronunció mi nombre por primera vez sin desafiarme y cómo eso me desarmó más que cualquier insulto.

Pensé en Murat.

En su pequeña mano sujetando mi dedo. En la forma en que sonreía, aunque fuera débilmente. En la pregunta que nunca hice en voz alta: *¿se parece a mí? Y si se parece... ¿en qué me convierte eso?*

El matrimonio debería haberlo resuelto todo. Imagen limpia y acuerdo sellado, pero Gabriela no era solo parte del plan y Murat no era solo una consecuencia. Y yo... Yo ya no era el mismo hombre

que firmó ese contrato, convencido de que podría controlar todo, incluso mis propios sentimientos.

Solté el vaso sobre la mesa de vidrio con más fuerza de la que debía. El sonido del impacto me devolvió a la realidad.

Galip apareció en la puerta poco después, como si supiera que mi silencio estaba demasiado cargado para ser ignorado.

—Está todo bajo control, señor. El hospital, la prensa, el comité de inversión... —Hizo una breve pausa—. Y Gabriela está con el niño. Como ella lo pidió.

Asentí, pero no dije nada.

Como ella pidió.

Como si eso fuera todo.

Volví a mi lugar y miré el cuadro colgado frente a mí: una pintura al óleo que mi padre eligió para representar visión y gloria. Sin embargo, en ese momento, todo lo que veía era un reflejo distorsionado de mí mismo.

Excepto por dentro. Porque el contrato que me unió a Gabriela estaba hecho de cláusulas frías. Sin embargo, cada vez más, lo que me mantenía unido a ella tenía calor, voz, nombre y dormía en una cama de hospital con los ojos cerrados y toda una vida esperando por mí.

Tal vez, al final, lo que me asusta no es lo que Gabriela significa, sino lo que eso me hace a mí.

—Él está esperando —dijo Galip, en cuanto entré a la sala de reuniones privada, en el último piso de la holding.

El ambiente estaba más oscuro de lo habitual. Las cortinas estaban parcialmente cerradas y la luz artificial lanzaba largas sombras sobre la mesa de roble. Un espacio diseñado para enfrentamientos disfrazados de estrategia.

Me senté al borde de la mesa, sin decir una palabra. Galip ocupó la silla a mi lado, con los ojos firmes, pero había tensión en sus hombros.

Algo no estaba bien.

—Recibimos un informe del equipo de seguridad cibernética. La rutina de rastreo detectó un acceso no autorizado a la carpeta de contratos internacionales de la sede en Viena. —Abrió una tableta, girando la pantalla hacia mí—. Y ese acceso vino de aquí, de Estambul.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Quién?

Galip dudó. Un segundo más de lo que hubiera querido.

—Las autorizaciones estaban enmascaradas, pero logramos rastrear los patrones de inicio de sesión, la IP local y... —Respiró hondo—... apunta al sector del director financiero.

Me quedé en silencio un momento.

La tensión creció como una ola a punto de estallar.

—¿Haluk? —pregunté, en voz baja.

—Sí.

El nombre cayó como un peso muerto sobre la sala.

Haluk Aydin. Director financiero de Arslan Holding por más de quince años. Un hombre de voz suave, ojos cansados y lealtad ciega a mi padre. Me vio crecer. Solía traerme regalos del extranjero cuando era niño. Era discreto y tradicional. Un sobreviviente en un ambiente predador, o al menos, eso era lo que siempre pensé.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

—Los datos indican tres meses de movimientos sospechosos —respondió Galip—. Comenzó discretamente. Primero, accesos inusuales fuera del horario laboral. Luego, archivos cifrados copiados

a servidores externos. Ahora sabemos que parte de esa información llegó a manos de un consorcio extranjero con conexiones indirectas con uno de nuestros principales competidores en el sector inmobiliario en Catar.

Cada palabra de él calentaba más mi sangre.

—¿Y nadie sospechó antes?

—Él es bueno, antiguo y confiable. Usaba los accesos que ya tenía como director. Solo conseguimos detectar los desvíos ahora porque el equipo de seguridad triplicó el nivel de cifrado en los archivos después de la compra de la minera del este de Europa.

Mi puño se cerró sobre la mesa.

La traición desde afuera era una amenaza esperada. Pero la traición desde dentro… De alguien que conoció los entresijos del imperio Arslan, que trabajó codo a codo con mi padre, que cuidaba las finanzas como si fueran las suyas… Era diferente. Era personal.

—¿Crees que actúa solo?

Galip me miró.

—No. Alguien lo está ayudando. O protegiendo.

Asentí, ya sabiendo lo que venía a continuación.

—Necesito pruebas irrefutables. Quiero el nombre de todos los que se comunicaron con él en los últimos seis meses. Todos. Internos y externos.

—Ya estamos cruzando los datos.

Me levanté de la silla, cruzando la sala hasta la ventana. Afuera, Estambul parecía demasiado tranquila para un día como ese. Odiaba esa paz fingida.

Haluk…

El viejo Haluk.

Mi padre confiaba en él como un perro guardián silencioso. *¿Será que lo sabía? ¿Será que cerró los ojos? ¿O será que Haluk solo estaba haciendo lo que siempre hizo: sobrevivir de la forma que exigiera el momento?*

—Si esto se confirma... —dije, sin girarme—. Quiero que sea el primero en caer. Públicamente. Sin oportunidad de regresar. Vamos a cortar esta podredumbre de raíz.

Galip asintió, discreto.

Volví a mi mesa y puse nuevamente la mano sobre la alianza. Un gesto casi involuntario. Gabriela y Murat parecían lejanos, por un instante, pero no lo estaban. Ellos eran la razón por la que todo estaba cambiando. Por la que yo estaba cambiando.

Si quería mantener este mundo en pie, con todo lo que importaba, necesitaba limpiarlo primero.



Gabriela KAYA

Capítulo 51

El silencio de la habitación solo era interrumpido por el sonido del suero goteando en el catéter, gota a gota, con un ritmo cruel que me recordaba que el tiempo pasaba.

Murat dormía, con su rostro pálido aún marcado por el cansancio que no correspondía con sus pocos meses de vida. Era tan pequeño... pero llevaba el peso de una batalla que ningún cuerpo debería librar solo.

La médica había sido clara: el trasplante era la única alternativa. El tiempo se estaba agotando.

Esa frase resonaba desde la noche anterior como un susurro áspero en el fondo de mi mente. Cuanto más intentaba ignorarla, más se pegaba a mi piel.

Estaba exhausta.

No físicamente, eso ya era constante, sino de la lucha interna entre el valor y la desesperación. Sabía lo que debía hacer. Sabía lo que estaba en juego. Pero la pregunta que me consumía era: ¿acaso ya llevaba dentro de mí esa oportunidad?

Pasé los dedos sobre mi vientre aún plano, como si pudiera escuchar una respuesta de mi propio cuerpo. Era extraño imaginar que, en medio de tanto caos, tal vez otra vida ya estaba creciendo allí, en silencio, sin que tuviera el valor de enfrentarlo.

En mi bolso, la prueba de embarazo aún estaba intacta. La había comprado más temprano, volviendo del comedor del hospital, con pasos lentos, como si el simple acto de caminar hasta la farmacia hubiera requerido más fuerza de la que debía.

Me levanté despacio y fui al baño de la habitación. La luz fría se reflejaba en el espejo empañado. El rostro que me miraba de vuelta era el de una mujer que apenas reconocía: ojeras profundas, el cabello recogido apresuradamente y los labios resecos. Pero los ojos... Los ojos aún cargaban la misma promesa que le hacía a mi hijo todas las noches: *te voy a salvar.*

Abrí el paquete con las manos temblorosas. Sostuve la prueba como si fuera un arma, o una llave. Tal vez ambas cosas.

Pero no pude seguir. Bajé la mano. Respiré hondo. Me apoyé en la fría pared de azulejos, y dudé. Porque una parte de mí temía el resultado tanto como lo deseaba. Porque si daba positivo, no habría vuelta atrás.

Sería dos veces madre. Dos veces prisionera de decisiones imposibles. Y, tal vez, dos veces más atrapada por un hombre que decía odiar, pero que ya vivía donde juraba mantener vacío.

Probablemente lo más aterrador no era la idea de tener otro hijo, sino la de estar, poco a poco, cediendo ante el padre de ellos.

Volví a la habitación con la prueba guardada y la mano presionando el bolso como quien oculta un secreto al mundo.

Me senté junto a la cama de Murat. Tomé su manito y recosté mi cabeza allí, en silencio.

Aún no sabía la respuesta, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. Por él.

Volví a respirar hondo, pero no era aire lo que mis pulmones parecían buscar. Era coraje.

Mi mano seguía sobre la de Murat, tan pequeña, tan cálida a pesar de su fragilidad. Quería quedarme allí. Fingir que el tiempo se había detenido y que ninguna decisión debía tomarse. Sin embargo, él merecía más que mi miedo.

Levantándome despacio, cerré la puerta con cuidado y volví al baño. La luz blanca parecía aún más cruel, revelando las marcas del cansancio en mi rostro, las líneas que el espejo insistía en exponer. Mis manos temblaban mientras abría el envoltorio. El sonido del plástico al romperse parecía más fuerte de lo que debería.

Seguí las instrucciones en el reverso del paquete como si estuviera leyendo un tratado demasiado delicado para interpretarlo mal. Hice todo en silencio. Como si hablar fuera romper lo que fuera que existiera dentro de mí.

Dos minutos…

El tiempo más largo de mi vida.

Miré fijamente la prueba apoyada en la mesa. Una línea apareció rápido. La segunda tardó... y cuando apareció, casi no lo creí.

Positivo.

Mi respiración se detuvo por un instante. El suelo pareció ceder bajo mis pies.

Estaba embarazada.

De nuevo.

Cerré los ojos. Dejé la prueba caer en el lavamanos. Me apoyé con ambas manos en el borde y me quedé allí, tratando de mantenerme en pie. El mundo no giraba. Yo me había convertido en el propio centro del huracán.

Eso era lo que los médicos querían. Eso era lo que Murat necesitaba. Una nueva vida para salvar la suya. Pero la pregunta que no dejaba de sonar, aquella que latía más fuerte que cualquier alivio, era: ¿en qué momento esto dejó de ser solo sobre él?

Porque en ese momento había otro cuerpo creciendo dentro de mí, y la sombra de Emir estaba en cada parte de esta historia.

Guardé la prueba en el bolso con manos firmes y salí del baño.

Volví al lado de Murat como quien carga un nuevo secreto. Uno que cambiaría todo.



Emir
ARSLAN

Capítulo 52

El hospital tenía olor a éter y angustia. Un silencio pesado flotaba en los pasillos, interrumpido solo por el sonido amortiguado de pasos apurados y el ocasional bip de las máquinas escondidas tras puertas cerradas. Era como si la vida, allí dentro, se midiera en decibelios y en coraje.

Subí los pisos sin escolta. Galip había insistido en acompañarme, pero lo rechacé. No quería que nadie fuera testigo de algo con lo que ni siquiera yo sabía cómo lidiar.

El pasillo de la sala pediátrica estaba iluminado por ventanas altas y pálidas. Un matrimonio pasaba con un niño en brazos, y yo me vi desviando la mirada, como si viera algo que no me pertenecía. Pero me pertenecía. De una manera que aún me desgarraba por dentro.

La puerta de la habitación estaba entreabierta. Reconocí a Gabriela de espaldas, sentada al lado de la cama. El cabello recogido

en un moño suelto, los hombros encorvados, el cuerpo entero inclinado, como si quisiera proteger a Murat de todo, incluso de lo inevitable.

Toqué levemente la puerta con los nudillos. Ella se giró, sorprendida. Luego, bajó los ojos por un segundo, como quien recoge una emoción antes de que se escape.

—Viniste —dijo, simplemente, pero sin ironía.

Asentí. No sabía qué responder.

Entré despacio. La sala estaba silenciosa, pero viva. Monitores a compás, cables alineados, una televisión apagada en la esquina y el leve sonido de la respiración de Murat. Estaba dormido. Se lo veía tan pequeño. Tan indefenso. Pero también… tan fuerte.

Me acerqué a la cama. Vi su rostro. Las largas pestañas, la piel fina estirada sobre sus mejillas, los deditos diminutos descansando al lado de un osito de peluche desgastado. Parecía estar en paz, pero era una paz frágil. Un suspiro. Una línea tenue entre estar aquí y no estar más.

Entonces algo dentro de mí se rompió. No con estruendo. Pero como el vidrio que se agrieta por dentro.

—¿Puedo...? —pregunté, señalando la silla al lado de él.

Gabriela asintió, retrocediendo un paso. Me senté. Mis rodillas dolían, mis manos parecían demasiado grandes para ese momento. Por un segundo, tuve miedo de tocarlo. De hacerlo mal. De que fuera demasiado tarde. Pero extendí la mano. Toqué con la punta de los dedos su piel, tan caliente y fina que parecía de papel de arroz. Se movió. Frunció el ceño. Luego, como si sintiera algo reconocible, abrió los ojos lentamente. Grandes y oscuros como los míos. Nuestras miradas se cruzaron y el mundo se detuvo.

En ese instante, era como si él dijera: llegaste tarde.

La garganta se me cerró. Tuve que parpadear rápido para alejar lo que amenazaba con escapar. Ese no era solo mi hijo. Era mi

fallo, mi oportunidad, mi espejo y el eco de todo lo que nunca fui, pero aún podía intentar ser.

—Hey, chico... —murmuré, con la voz rasposa—. Todavía tenemos mucho por hacer, tú y yo. Así que, recupérate.

Gabriela guardó silencio. Pero había algo diferente en ella. Una quietud que no era frialdad. Era respeto. Me dejaba vivir ese momento sin invadir, aunque sabía lo mucho que me costaba a mí.

Murat estiró los dedos y agarró uno de los míos, y eso fue lo que me destruyó. El toque que no pedía nada y la confianza que no requería explicación.

Incliné la cabeza, apoyando la frente en el costado de la cama. Respiré profundo. La habitación olía a medicamentos, pero también olía a algo de él. Ese olor indefinible de un niño: cálido, real, vivo.

Gabriela se acercó, deteniéndose a mi lado. Sentí su presencia antes de verla.

—Le gusta que le hables —dijo suavemente—. Incluso dormido. Él escucha todo.

Asentí, sin poder responder.

Allí, sentado junto a mi hijo, sentí el peso de todos mis silencios.

Todas las decisiones tomadas desde la frialdad. Todos los muros que construí alrededor de mí. Pero Murat, con ese gesto tan pequeño, parecía capaz de derribarlo todo. Y por primera vez, quería dejar que cayera.

La mano de Murat seguía sujetando mi dedo cuando Gabriela se agachó a mi lado. Sentí el calor de su cuerpo acercándose, el perfume sutil que ya había memorizado: no por el olor, sino por el efecto que causaba. Paz y caos, al mismo tiempo.

—Emir... —dijo con voz baja, vacilante, como si las palabras pesaran antes de ser pronunciadas—. Necesito contarte algo.

Me aparté lentamente de la cama, aún con los ojos fijos en Murat, pero consciente de la tensión que existía entre ella y yo. Giré la cara hacia ella y, cuando nuestros ojos se cruzaron, supe que no era un asunto menor.

—Estoy embarazada —dijo, sin rodeos.

Mi cuerpo se congeló.

Por un segundo, todo dentro de mí quedó suspendido, incluso el aire.

Mi corazón latió una vez, dos, como si necesitara confirmar que aún sabía qué hacer con noticias así.

Ella siguió allí, inmóvil, esperando una reacción. No había expectativas en sus ojos. No había súplica. Había algo más peligroso: vulnerabilidad verdadera y, aún así, firmeza. Gabriela era eso. Siempre lo fue. Aunque estuviera herida, nunca se derrumbaba delante de nadie.

La miré. Luego miré a Murat. Después, de nuevo a ella, y antes de que pudiera pensar, antes de que cualquier lógica volviera a funcionar, me acerqué y la besé.

Fue instintivo. Un impulso que rompió las paredes que yo mismo había levantado a mi alrededor. Mi mano sujetó su nuca, acercándola con firmeza, como si necesitara asegurarme de que ella era real. Sus labios respondieron antes de que mi pensamiento pudiera alcanzarlos. No hubo resistencia. Hubo sorpresa. Y luego... entrega.

El beso no fue largo. No podía serlo. Pero fue lo suficientemente intenso como para dejar algo marcado entre nosotros.

Cuando me aparté, vi sus ojos abiertos de par en par, los labios entreabiertos, la respiración ligeramente acelerada y, aun así,

no dijo ni una palabra.

Mi mano bajó hasta posarse sobre su vientre.

No había cambios visibles aún, pero allí, bajo esa tela, había una vida.

Otra más.

Una segunda oportunidad.

Gabriela puso su mano sobre la mía, aún sin hablar. No hacía falta.

Nunca supe lo que era la esperanza de verdad hasta que tomé la manito de Murat. Y allí, con la palma de mi mano sobre la promesa de un futuro, quise creer. Por ellos. Y, por primera vez, también por mí.



Gabriela KAYA

Capítulo 53

Volver a la mansión Arslan después de todo lo que viví, después del hospital, de la revelación que guardé para mí, del beso que Emir me dio como si, por un momento, olvidáramos todo lo que nos separaba, debería haber sido un regreso triunfal. Sin embargo, lo que sentí al atravesar los portones de hierro forjado fue más cercano a la cautela. Como si pisar de nuevo allí fuera cruzar un territorio de guerra donde las sonrisas eran escudos y los cubiertos, armas.

—Es solo por hoy —dijo Emir, mientras el coche entraba por la avenida flanqueada por árboles perfectamente podados—. Necesitamos mantener la imagen. Esta familia no sobrevive sin ella.

Asentí. No tenía energía para discutir.

El vestido que me cubría era simple, pero elegante. Mi cabello estaba recogido con precisión y el maquillaje era sutil. Todo en mí

gritaba moderación. Estaba lista para ocupar mi lugar en la mesa, aunque aún no supiera qué significaba ese lugar.

El vestíbulo de la mansión parecía el mismo: las flores recién cortadas, el discreto aroma a madera encerada, las luces cálidas que colgaban del techo como si fingieran ser acogedoras. Pero había algo diferente. No en los objetos, sino en la forma en que los ojos me seguían. Esta vez, no era solo una presencia tolerada. Era la esposa de Emir. La mujer que, oficialmente, formaba parte de la maquinaria Arslan.

El comedor estaba perfectamente dispuesto. La mesa larga, el centro decorado con velas finas y un arreglo de lirios blancos. Los lugares marcados con pequeños carteles en relieve. Todo calculado e impecable.

Burak Arslan ya estaba sentado en la cabecera. Su mirada se posó sobre mí con la misma frialdad habitual, pero había una ligereza cínica que no pude ignorar. Hande estaba a su lado, vestida con sobriedad impecable, y su sonrisa forzada no me engañó, pero tampoco me hirió. Empezaba a entender el juego.

La que me sorprendió fue Mirelle.

Se levantó con una copa en la mano y se acercó hacia mí con una mirada afilada, pero curiosa.

—Así que la señora Arslan sobrevivió a la primera ceremonia —dijo, con una sonrisa a medias—. Pensé que serías más frágil.

—No suelo desmayarme en público —respondí, sosteniendo su mirada.

Ella soltó una risa corta, casi genuina.

—Es bueno saber que puedes mantenerte en pie.

Nedja se acercó poco después, discreta. Sus ojos mantenían la dureza de siempre, pero había algo menos opaco en ellos esa noche.

—Espero que te estés adaptando —dijo, sin emoción—. La casa exige más de lo que parece.

—Lo imaginaba. Pero me está yendo bien —respondí, sin titubear.

Nos sentamos todos a la mesa. Emir a mi lado, callado, pero presente. El toque de su mano en mi espalda cuando me acomodé en la silla fue sutil y más significativo que cualquier gesto formal. Un aviso silencioso: estás protegida, por ahora.

La comida comenzó. La cena transcurrió como un teatro pulido. Platos de fina porcelana, cubiertos de plata, sonrisas contenidas y observaciones tan sutiles que no podían sonar ofensivas, aunque siempre llevaban un toque de amenaza.

Mirelle habló de viajes. Nedja contó sobre un evento de caridad. Cem permaneció en silencio, como observando y juzgando a todo el mundo. Baran parecía reírse de una broma que solo él había escuchado, y Hande quiso saber si extrañaba "una vida más sencilla". Y yo… sonreí. Respondí con ligereza. Hice lo que se esperaba.

Pero cada palabra dicha en esa mesa fue medida.

Al final, con el postre servido y el té humeante en porcelana clara, me di cuenta de que algo había cambiado.

Ellos aún no me aceptaban, pero me reconocían, y en esa casa, ese era el primer escalón de cualquier conquista.

Mirelle levantó la copa en mi dirección.

—Bienvenida a la familia, Gabriela.

—Gracias —respondí, con el mismo tono irónico.

Y por primera vez en esa casa, supe que ya no solo estaba resistiendo. Estaba ganando. Silenciosamente. Pero ganando.

Subimos por la escalera con los pasos marcados por el silencio del hogar. Pero, en el segundo piso, ya lejos de las miradas

de su padre, de las sonrisas tensas de su madre y de las observaciones veladas de Nedja, el aire parecía menos denso.

Nuestra habitación era amplia, con detalles en dorado antiguo y un toque moderno en los muebles de líneas limpias. La ventana daba al jardín trasero, donde las luces suaves de la mansión proyectaban sombras recortadas sobre la hierba. Las cortinas estaban parcialmente cerradas y una brisa cálida entraba por la rendija.

Emir se quitó el saco y lo dejó sobre la silla. Aflojó la corbata, deslizando los dedos con precisión, como si quisiera desarmar su propia armadura poco a poco.

Luego me miró durante un largo rato. Después se acercó, despacio.

—¿Te sientes bien?

Asentí con un gesto breve, pero aún así me estudió con esa mirada penetrante que parecía ver más de lo que yo quería revelar.

Su mano tocó mi rostro, con una delicadeza que contrastaba con todo lo que sabían sobre Emir Arslan. Luego, sus dedos bajaron hasta mi hombro y se detuvieron en mi vientre, con un gesto más vacilante.

Apoyó la palma sobre mi barriga y se quedó allí, por unos segundos que parecieron demasiado largos.

—Ya está diferente —dijo en un susurro casi inaudible—. Aún no se ve, pero se puede sentir.

Mis ojos se cerraron.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —murmuré, sin alejarme—. ¿Todo esto?

No respondió. En lugar de eso, me besó.

Sin previo aviso. Sin dudar. Sin ensayo. Emir me empujó contra la pared, con su cuerpo caliente y sólido aprisionándome en

su lugar.

Sus labios encontraron los míos con una hambre que me quitó el aliento, sin advertencia ni permiso. Sus manos grandes recorrieron mi cuerpo como un hombre hambriento: una mano agarrando mi cadera mientras la otra se enterraba en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás para tener mejor acceso a mi cuello.

—Emir... —Intenté protestar, pero él acalló mi gemido con otro beso voraz, con su lengua invadiendo mi boca como si le perteneciera.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, me levantó como si no pesara nada, y mis piernas se envolvieron automáticamente en su cintura mientras me cargaba hasta la silla cercana. Se sentó pesadamente, colocándome de rodillas sobre él, manteniendo nuestros cuerpos tan cerca que podía sentir cada músculo rígido bajo su camisa.

—Quítate esto —ordenó, tirando de mi vestido por el cuello hasta rasgar la tela. El sonido de los botones cayendo al suelo se perdió cuando sus labios encontraron mi escote, mordiendo la piel suave encima del sujetador con sus dientes.

Mis manos temblaban mientras intentaba desabotonar su camisa, pero él resolvió el problema arrancándola de un solo tirón, revelando los músculos definidos de su torso bajo mis palmas.

De repente me giró, poniendo mi espalda contra su pecho desnudo. Una de sus manos agarró una de mis tetas por encima del sujetador, apretando con suficiente fuerza como para hacerme jadear, mientras la otra bajaba hacia mi pantalón, abriendo el botón y el cierre con movimientos rápidos.

—Estás temblando —murmuró contra mi cuello, con una voz áspera de deseo.

No pude responder, sus dedos ya habían encontrado mi clítoris a través de las bragas mojadas, frotando círculos lentos y

torturantes. Mi cuerpo se contorsionó hacia atrás, contra él, pero él solo apretó más fuerte con el brazo que me sujetaba.

—No acabes —ordenó, mordiendo mi hombro mientras sus dedos seguían su trabajo cruel.

Cuando finalmente me quitó los pantalones y las bragas, lo hizo con movimientos bruscos e impacientes. Me giró de nuevo para quedar de frente, con sus ojos oscuros ardiendo con intensidad mientras me observaba completamente desnuda y vulnerable sobre él.

—Ahora te toca a ti —dijo, tirando suavemente de mi cabello y guiando mi rostro hacia abajo.

Entendí lo que quería.

—¡Me vuelves loco! Esos gemidos... Esa boca...

Mis dedos temblaban al abrir su cinturón. Cuando finalmente liberé su miembro palpitante, soltó un gruñido gutural.

—Quiero ver cómo me chupas la verga —ordenó.

Obedecí, envolviendo mis labios alrededor de él con devoción. Su mano se apretó en mis cabellos cuando profundicé el movimiento.

—Excelente, Gabriela... así... —Sus caderas se elevaron, metiéndose más profundo en mi garganta.

Cuando sentí que estaba cerca, me sacó con violencia.

—No tan rápido —gruñó—. No me conformo solo con tu boca.

En un movimiento fluido, me tiró de espaldas en el sofá. Sus rodillas abrieron mis piernas sin ceremonias.

—Mírame —ordenó mientras se posicionaba—. Quiero ver tus ojos cuando te la meta.

La penetración fue lenta, agonizante. Cada centímetro me llenaba, haciendo que mi cuerpo temblara.

—Dios... Eres perfecta —gimió, temblando de esfuerzo para no perder el control.

Cuando finalmente estaba completamente dentro, paramos por un momento, solo respirando, sintiendo...

—Muévete —supliqué, clavando mis uñas en su espalda.

Empezó a dármela con embestidas largas y profundas.

—¿Esto es lo que quieres? —provocó, agarrando mi cadera con una mano, mientras con la otra pellizcaba mi pezón.

—Más... Por favor...

Aceleró, cada movimiento calculado para llevarme al límite. Cuando su mano bajó entre nosotros para frotar mi clítoris, exploté.

—¡Emir! —Mi grito resonó en la habitación, mientras mi cuerpo se retorcía bajo él.

Siguió moviéndose, prolongando mi orgasmo hasta que su propio cuerpo se tensó.

—Gabriela... —Mi nombre salió como un gemido de sus labios cuando finalmente cedió.

Nos quedamos entrelazados durante largos minutos y él apoyó su frente contra la mía.

—Eso fue... —empezó, pero yo puse un dedo en sus labios.

—No arruines esto —susurré.

Me miró profundamente antes de girarse hacia un lado, atrayéndome contra su cuerpo sudado. Ninguno de los dos habló sobre lo que eso significaba.

Por ahora, era suficiente.



Emir
ARSLAN

Capítulo 54

La presencia del edificio del holding Arslan ante mí tenía el mismo brillo metálico de siempre, reflejando el cielo de Estambul como si fuera parte de él. Un símbolo de todo lo que habíamos construido y también de lo que habíamos escondido.

Sin embargo, esa mañana, a pesar del vidrio pulido y los pasillos impecables, algo traía una grieta silenciosa.

Yo había cambiado.

Aún sentía las caricias de Gabriela en la piel. El sabor de su beso aún estaba atrapado en mi boca. El calor de su cuerpo bajo el mío. La respiración entrecortada. Sus manos entrelazadas en mi cuello, como si no quisiera dejarme ir… o como si supiera que no podía tenerme de verdad. Eso me desconcertaba más de lo que debería.

Pero había un problema más viejo esperando ser aplastado. Y eso, al menos, sabía cómo manejarlo.

Subí los pisos sin llamar la atención. Galip ya me esperaba en la sala de reuniones B2, una de las más pequeñas del ala ejecutiva. La sala del enfrentamiento. Techo bajo, acústica perfecta, dos sillas frente a frente y una mesa estrecha entre ellas, como si hubiera sido diseñada para tensar encuentros.

Haluk Aydin ya estaba allí.

El hombre que durante años controló las arcas del holding como si fueran parte de su propia sangre. Leal a mi padre. Cordial conmigo. Uno de esos que se esconden tras la confianza que nadie más osa cuestionar.

En ese momento, me miró con la misma calma de siempre. Pero sus ojos temblaban.

Me senté sin prisa, crucé los brazos y dejé que el silencio creciera como una cuerda tensa.

—Hace quince años, entras por esas puertas todos los días como si fueras parte de esta familia —comencé, con voz baja—. Y quizás lo fuiste. En algún momento. Pero eso se acabó, Haluk.

Abrió la boca. La cerró. Luego dijo algo, con tono medido.

—No sé de qué estás hablando.

Deslicé la carpeta de documentos sobre la mesa. Se detuvo frente a él con un sonido seco y preciso.

—Contraseñas, inicios de sesión, registros de transferencias de datos, copia de las comunicaciones con agentes de una empresa fantasma vinculada al consorcio de Catar. Firmas digitales, incluidas las hechas desde tu terminal personal después del horario laboral.

Haluk tragó saliva.

—Eso no prueba nada. —Su voz vaciló.

Sonreí, frío.

—Prueba lo suficiente para destruir tu carrera. Y más que eso... para enviarte a prisión. ¿Pero sabes qué es lo peor de todo? —

Incliné el cuerpo hacia adelante—. No necesito de la justicia turca para eso. Soy un Arslan, Haluk. Y lo que robaste no fue solo dinero. Fue confianza.

Guardó silencio, pero sus ojos ya confesaban lo que su boca intentaba negar.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté finalmente.

Suspiró, cansado.

—Porque nunca fue mío. Nada de esto. Di todo por este lugar: años, familia, salud, y sigo siendo un simple empleado.

—No —interrumpí—. Eras un hombre de confianza. Pero preferiste ser una rata.

Haluk bajó la mirada.

—Ellos me ofrecieron una salida. Un futuro.

—Y yo te voy a ofrecer el final. —Me levanté—. Estás despedido. Tu cuenta será congelada. El apartamento será embargado. Pero no te preocupes. Podrás vivir. En algún rincón. Desaparecido. Porque si osas usar el nombre Arslan como moneda, aunque sea en un susurro, te garantizo personalmente que no verás el sol salir de nuevo.

La frase cayó como una piedra.

Él supo que no estaba bromeando.

Me di la vuelta, llamé a Galip con un gesto seco y salí de la sala sin mirar atrás. Ya en el pasillo, mi respiración seguía firme, pero algo en mí temblaba.

Problema resuelto.

Traidor eliminado.

Orden restaurada.

Pero el caos que realmente me preocupaba no estaba en ninguna sala de reuniones.



Gabriela KAYA

Capítulo 55

Las semanas habían pasado como si el tiempo estuviera desfigurado, a veces arrastrándose como si me torturara, otras veces corriendo demasiado rápido, sin dejarme respirar.

El embarazo finalmente había sido revelado y yo era observada desde todos los ángulos. Por los médicos. Por la prensa. Por la familia Arslan. Incluso por las paredes de la mansión, que parecían guardar susurros en cada rincón. Sin embargo, a diferencia de lo que imaginé, no fue la exposición lo que me quitó el sueño.

Era Murat, el nuevo bebé y la espera por los resultados. Ese maldito silencio antes de la noticia que podía cambiarlo todo.

Esa mañana, estaba de la mano con Emir. Un gesto que ya se había vuelto más natural de lo que habría podido prever. Él estaba sentado a mi lado, en el consultorio de la doctora Halide, con la mandíbula tensa y los ojos fijos en la pared de enfrente.

El aire tenía olor a desinfectante y papel impreso. Las luces parecían más fuertes de lo normal. Todo brillaba y me empujaba hacia el borde de un abismo de ansiedad.

Mi otra mano descansaba sobre mi vientre, donde ya se notaba una ligera curva.

—¿Estás bien? —preguntó Emir en voz baja, sin mirarme directamente.

—No —respondí—. Pero aquí estoy.

Él asintió. No dijo nada más. Pero su mano apretó la mía con más fuerza.

La puerta se abrió y la médica entró, acompañada por uno de los hematólogos. El sonido de la perilla girando fue como un estruendo. Sentí que mi cuerpo entero se tensaba.

—Gabriela... Emir... —Asintió ella con un gesto profesional. Pero sus ojos tenían calidez. Un aviso silencioso de que esa conversación era diferente.

Mi corazón se aceleró. La respiración se me atrapó en la garganta. Sentí que Emir se movía a mi lado, su cuerpo también en alerta.

—Recibimos los resultados completos del mapeo genético del feto —comenzó la médica, con cautela—. Y la compatibilidad con Murat es total.

Por un segundo, no entendí.

O tal vez entendí, pero no lo creí.

—¿Total? —repetí, con la voz quebrada—. ¿Eso significa...?

—Que el bebé podrá ser el donante ideal. La recolección de sangre del cordón umbilical y de células madre se podrá hacer durante el parto. Con seguridad. Y con altísimas probabilidades de éxito para Murat.

El aire volvió a mis pulmones como un suspiro violento. Puse la mano sobre mi boca y sentí cómo las lágrimas escapaban antes de intentar detenerlas.

—Eso es —susurré, con los ojos llenos de lágrimas—. Es su oportunidad...

Sentí a Emir a mi lado. Él seguía rígido, como si no supiera cómo reaccionar. Pero su mirada estaba fija en mi vientre, y había algo diferente en su rostro: gratitud... o tal vez fe.

—Vamos a salvar a nuestro hijo —dijo, finalmente.

Fue la primera vez que escuché esa palabra en plural salir de su boca con tanta convicción.

Nuestro hijo...

Cerré los ojos por un momento, sintiendo la mano de Emir descansar sobre mi barriga con un toque sutil, casi reverente.

No importaba lo torcido que hubiera comenzado, con contratos, juegos y heridas. Esta nueva vida llevaba la cura y, tal vez, la redención de todos nosotros.



Emir
ARSLAN

Capítulo 56

Meses después...

El pasillo del hospital estaba demasiado iluminado para ser de madrugada. Cada lámpara parecía pulsar sobre mí, al ritmo de mi pecho. Los pasos apresurados, las voces bajas, las instrucciones técnicas en turco e inglés. Todo se mezclaba con el sonido rítmico de mi respiración.

Yo estaba allí. En el límite entre la desesperación y la esperanza, y no había nada en el mundo que me hubiera preparado para eso.

Gabriela estaba acostada en la camilla, ya en trabajo de parto, y yo sujetaba su mano con fuerza, como si pudiera, de alguna manera, compartir con ella el dolor que estaba sintiendo. Su rostro sudado, los ojos entrecerrados, la respiración acelerada. Estaba exhausta. Pero firme. Como siempre.

—Quédate conmigo —susurró, entre una contracción y otra.

—No me voy a ningún lado —le prometí.

Porque, por primera vez en la vida, no quería huir. No quería esconderme detrás de cargos, imperios, contratos.

Quería estar allí. Con ella. Por ella. Y por ellos.

La médica se acercó. Había urgencia en sus gestos, pero calma en su voz. Todo estaba bajo control, pero el tiempo era crucial. Tan pronto como el bebé naciera, el equipo neonatal comenzaría la recolección de sangre del cordón, y cada segundo sería valioso.

—Ya casi, Gabriela. Necesito que respires profundamente y concentres toda tu fuerza ahora —dijo la médica.

Gabriela asintió, apretando los dientes, con el rostro contorsionado. Yo apreté su mano, sintiendo cómo sus músculos se tensaban. Y entonces, con un último grito que rasgó el aire, él nació.

Un llanto agudo llenó la sala y, en ese sonido, lo supe: él estaba vivo y fuerte.

El médico se lo llevó inmediatamente, sin hacer caso a los pedidos de Gabriela para verlo, y el equipo neonatal comenzó el proceso de recolección con una precisión quirúrgica. Gabriela, sudada, jadeando, me miró como si buscara confirmación. Fui hacia ella, me incliné y besé su frente.

—Lo conseguimos —dije, pero la voz me salió ahogada—. Lo lograste.

Ella cerró los ojos y las lágrimas corrieron por sus sienes. En ese instante, entre los latidos de mi corazón y el zumbido de los monitores, supe que no podía seguir guardando lo que me consumía por dentro.

—Gabriela... —Mi voz salió baja. Pero firme—. Necesitas saber esto antes de que el mundo nos devore de nuevo.

Ella abrió los ojos lentamente. Débiles, pero atentos.

—Te amo —confesé, sin rodeos, sin máscaras—. No porque me hayas dado dos hijos. O porque soportaste esta guerra por Murat. Sino porque eres lo único real que ha existido en este mundo lleno de mentiras y apariencias. Y yo... yo no quiero huir más de esto.

Ella lloró en silencio.

No respondió de inmediato. Pero apretó mi mano, y en ese contacto, lo supe: me había escuchado.

Minutos después, el equipo regresó con el bebé envuelto en una manta blanca. El procedimiento de recolección había sido un éxito. Y la médica lo confirmó.

—La compatibilidad es perfecta. El trasplante se iniciará en las próximas horas.

Cerré los ojos por un momento, con la cabeza agachada.

Era como si el peso del mundo se deslizara de mis hombros.

Dos hijos y una mujer. Y por primera vez, no se trataba de poder. Se trataba de amor.

Estaba listo para luchar por eso. Por ellos. Por nosotros.



Gabriela KAYA

Epílogo

Dos años después...

El sonido de la risa de Murat resonó por el jardín como música. Una risa ligera, pura, que hacía que el pecho doliera de lo dulce que era. Él corría descalzo por la hierba, los pies aún torpes como los de un niño pequeño, pero el corazón libre, como el de quien ha vencido batallas que ni siquiera debía haber conocido tan pronto.

Detrás de él, su hermano, el pequeño Kaan, intentaba seguirlo, tropezando, cayendo y levantándose, como si el mundo fuera una aventura que apenas había comenzado.

El sol doraba el atardecer con un calor suave. Los árboles se balanceaban lentamente, meciendo los sonidos de la vida que comenzaba de nuevo. La brisa traía el perfume de las flores que Emir había plantado con sus propias manos meses antes: margaritas

y lavandas, *"porque son resistentes y bonitas, como tú"*, había dicho él.

Observé a los niños por un momento, sentada en el banco de madera bajo la pérgola. El vestido de algodón acariciaba mi piel, el cabello suelto caía por mis hombros, y por primera vez, en tanto tiempo, me sentía ligera.

Habían pasado dos años desde el día en que Murat fue salvado. Desde que aquel pequeño bebé, nacido entre el dolor y la esperanza, se convirtió en el vínculo definitivo entre el pasado y el futuro.

Dos años desde que dejé de correr.

Sentí los brazos fuertes rodeando mis hombros desde atrás. El aroma inconfundible de Emir -sutil, amaderado, seguro- me envolvió antes de que dijera cualquier cosa.

—Van a hundir todo el jardín si siguen así —murmuró, con una voz baja y sonriente cerca de mi oído.

Incliné la cabeza y me apoyé en su pecho, sintiendo el calor, el latir de su corazón que alguna vez me pareció tan inaccesible.

—Que lo hundan —murmuré—. Lo reconstruiremos.

Él rió suavemente y se sentó a mi lado, jalándome hacia su regazo con un gesto tan natural que aún me sorprendía. El anillo en su dedo brilló bajo la luz dorada. Lo miré por un instante: el hombre que alguna vez fue una amenaza, luego una duda, y ahora… amor.

—Están bien —susurré, observando a los niños jugar—. Murat está curado. De verdad.

Emir asintió, con la mirada fija en los hijos.

—¿Y tú?

—Yo… —Respiré profundo, acurrucándome contra su pecho—. Yo también.

Él me apretó más fuerte. Besó la parte superior de mi cabeza.

—Te amo —dijo, simplemente. Como si fuera lo más natural del mundo. Y lo era.

—Yo también...

Cerré los ojos, dejando que el momento me envolviera por completo.

No había promesas en ese instante, ni pactos. Solo nosotros y nuestros hijos corriendo por el jardín.

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, "Eternamente Minha", en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/4Y1kSzT

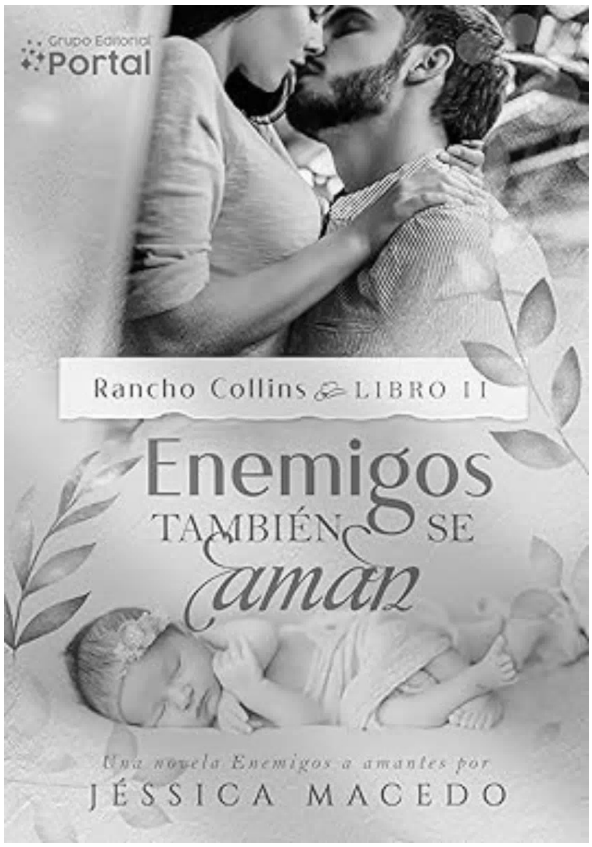
Sinopsis:

Atractivo, seductor e irresistible, el multimillonario Jackson Collins es el gobernador del Estado de Texas. Criado en un enorme rancho en el interior, este cowboy proviene de una familia influyente y pronto se destacó en la política. Sin embargo, un escándalo sexual estuvo a punto de arruinarlo todo.

Después de que se filtrara un video en internet, perdió varios partidarios y su carrera quedó en riesgo. Solo había una forma de salir de esa situación: casarse.

Tatiana Williams creció en el rancho de los Collins y siempre vio a Jackson como su mejor amigo, a pesar de ser hija de empleados. Con los años, su vínculo se mantuvo fuerte. Lo que nunca imaginó fue que él le pediría que aceptara un matrimonio falso. Sin embargo, ella siempre estuvo dispuesta a hacer cualquier cosa en nombre de su amistad.

Se suponía que sería un acuerdo temporal, una farsa con fecha de caducidad, cuyo único propósito era restaurar la imagen de Jackson. Pero ninguno de los dos estaba preparado para enfrentarse a la intensa atracción que sentían el uno por el otro… ni para lidiar con un embarazo inesperado.



Link: https://amzn.eu/d/d9BSBaD

Sinopsis:

Un médico viudo y arrogante.

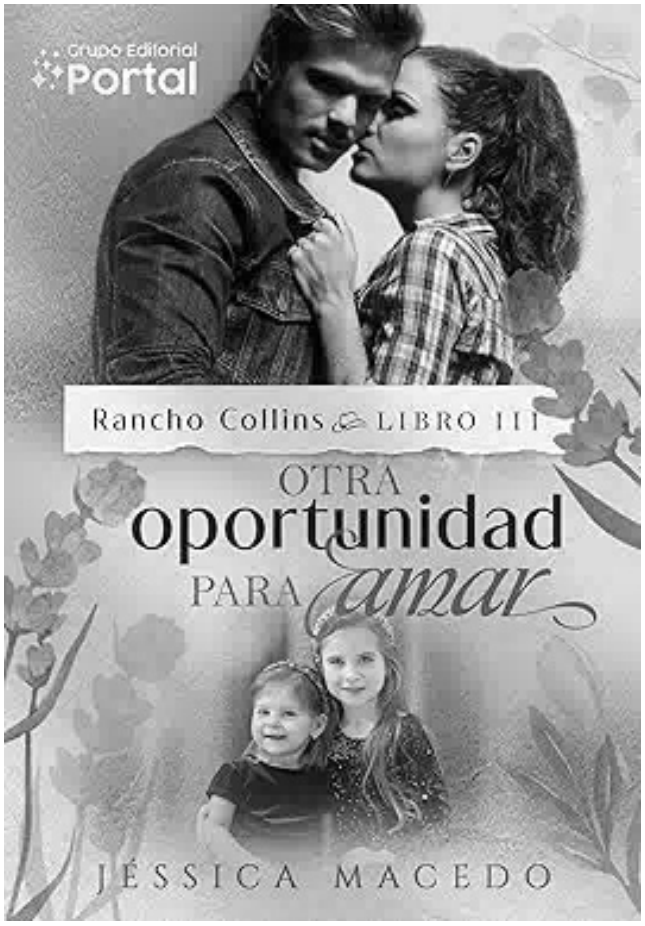
Una enfermera decidida.

Una bebé adorable para tocar el corazón de un padre.

El neurocirujano Brandon Hanks sufrió una pérdida terrible que lo llevó a alejarse de Dallas y hacerse cargo de una pequeña clínica en el campo.

El viudo solo quería escapar del dolor, pero la enfermera del pueblo lo volvía loco. Enemigos desde el primer momento, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, pero la atracción los llevó a entregarse al deseo.

Cora Collins no imaginaba quedar embarazada de ese médico arrogante, mucho menos ser abandonada cuando él se fue. Dispuesta a superar la situación, iba a criar a la hija sola y no esperaba que Brandon regresara.



Link: https://amzn.eu/d/dFDBPda

Sinopsis:

Un sheriff protector.

Una mujer en apuros.

Dos niñas adorables, fruto de un amor improbable.

El sheriff Malcon Collins siempre fue un ejemplo a seguir en el pequeño pueblo del interior donde creció. A pesar de ser heredero de la familia más rica e influyente de la región, este vaquero dedicó su vida a proteger a todos. Nadie imaginaba que terminaría involucrado con una mujer problemática... y mucho menos ser padre soltero.

Jennifer Dias fue vendida por su propio padre a un hombre peligroso, y desde entonces ha vivido huyendo, luchando por

sobrevivir. En su vida no había espacio para nadie, ni siquiera para un hombre rudo dispuesto a protegerla. Era un riesgo que no quería correr, porque no soportaría ver a nadie más salir herido.

Nadie puede huir para siempre. El destino la llevaría de regreso al hombre que siempre amó… Pero eso no significaba estar libre de su peor demonio.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal





---

[1] El nombre "Murat" tiene un origen árabe y turco, y significa "deseado" o "anhelado".

[2] Persona que dirige la oración colectiva en una mezquita y en una comunidad musulmana entre los musulmanes suníes.

[3] El Palacio de Çırağan (en turco, Çırağan Sarayı), antiguo palacio otomano, es en la actualidad un hotel de cinco estrellas de la cadena Kempinski. Se encuentra en la costa europea del Bósforo, junto al barrio de Ortaköy de Estambul, Turquía.